

LA SOMBRA DEL HMS ROSALIE

ISRAEL GUTIERREZ
COLLADO



VUELO 19



“A Morrongo, porque tú fuiste el primero. Demasiado jóvenes para entenderlo”

LA SOMBRA DEL HMS ROSALIE

Israel Gutiérrez Collado

PRÓLOGO

LOS PASAJEROS DEL ROSALIE

1 de noviembre de 1840

LA PARTIDA

6 de noviembre de 1840

EL MAR

8 de noviembre de 1840

SOMBRAS EN EL BARCO

15 de noviembre de 1840

LA ORDEN DE TRITÓN

21 de noviembre de 1840

EL TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

2 de diciembre de 1840

1980

27 de agosto de 1980

PREÁMBULO

Cuaderno de Bitácora:

In Nomine Domini Nostri Jhesu Christi...

Viernes 4 de abril. —Y atravesé yo un mar misterioso, infinitamente más grande que cualquiera. Y horrorizado, porque nunca tan furioso al mar yo había visto, poco después de que se ocultara el sol, navegué en martes, del mes de marzo, del mismo año de 1492, y vine a parar a un océano, ahora de vuestras altezas, que no aparecía en la carta de navegación. Fuere entonces cuando volví a descubrir a aquella sombra que había seguido a la Gallega, desde el mar misterioso.

Sábado 5 de abril. —¡Nuestro Señor! ¡En mitad de la noche! ¡A setenta millas! ¡Mirad! ¡Ved! ¡Están cayendo rayos del cielo! ¡Llamad a Dios! ¡Orad porque está castigando al mar por querer privar el paso de las carabelas! He salido yo, a cubierta, con la lluvia pintada en la cara, para pedir a Dios por tierra. Llorando, me arrodillé, viendo pasar ante mí una gran turbación huyendo del miedo, entre altísimas olas, que golpeaban el casco. Vi al contraмаestre, Diego de Arana, en la misma creencia que yo.

Domingo 6 de abril. —De repente el mar se volvió como de plata. Desde el castillo de la carabela descubrí, siempre en media noche, que el mar hervía de mil maneras. A mí entender, Dios era la razón de todo. Pero creí oportuno escuchar las opiniones que me llegaban. Yáñez Pizón, gobernador de la carabela Niña, en demanda de los hechos, ha solicitado un encuentro al amanecer. La tempestad retorna. La sombra no se ha movido del timón de popa. Es mayor de lo que pensaba.

Lunes 7 de abril. —Hay una extraña luz en el horizonte, a poniente. Creo que es antigua. Todos los capitanes han salido a verla. Es una tenue luz en la oscuridad que no asemeja a sol ni estrella. Era redonda, entorno a un ovillo centelleante. Traía algo viejo, de en tiempos de Dios. Una brisa que no se detenía. Era preciso renunciar a la idea de que aquella fuera obra del Señor. La tempestad. Otro día con lluvia hasta que regrese la medianoche.

Martes 8 de abril. —Hasta cuatro horas de noche el mar estuvo en calma. A la quinta, las aguas comenzaron a agitarse. Yo salí, había una gran cantidad de estrellas sobre mí. Ninguno de ellos vio la señal. Me apresuré hacia la proa sin tener que responder. La sombra estaba delante, era muy honda. Vi su forma. Los brazos y las piernas eran inmensos, los más grandes que he visto nunca, parecían tener el color de las ostras. Subido en el castillo de proa, agarrado al mástil de la cebadera, lo entendí. Iba a ocurrir algo. Mandé navegar contracorriente, hacia el este. Así se lo hice saber a todos a gritos. Tiré de la nao capitana, y los llevé de nuevo a las profundidades, en nombre de Dios, esperando sorprender a toda aquella oscuridad que me había seguido desde el mar

misterioso. La carabela Niña y la velera Pinta, me siguieron, al ver volverse a la nao capitana. Luego de esto, todo terminó. Entonces corrí hacia popa y ante mis ojos vi que habíamos dejado a la sombra a más de setecientas leguas. Así, de repente, todo en un soplo. Sabe Dios lo que hubiera pasado si nos hubiera alcanzado. Esto no puede ser jamás contado...

Del Almirante D. Cristóbal Colón

PRÓLOGO DE ROSALIE CHEVRÉ

Tor zur Welt

1840

Mirando a través del catalejo— «Ya está aquí el día, otra vez. Ahora, a no desfallecer», pensarían los obreros. «Trabajar y trabajar». Todos en la misma dirección. Se levantan con lo puesto, aún con la suciedad y las heridas de la fábrica; dejan las sábanas ennegrecidas y caminan sonámbulos hacia la pica. No demoran en acicalarse frente al espejo roto ni reparan en los cortes —¿para qué?— si ya lo han visto demasiadas veces, cada mañana, de lunes a domingo. Accionan la bomba a toda prisa y recogen el agua con las manos, sin tiempo siquiera para mirarse. Son familias acostumbradas a la «funcionalidad de sus costumbres». Habitan ordenadamente en colmenas; el patrón les alquila un espacio que deberán pagar con parte de su sueldo. Hacia final de mes se les descontará a los tres. Sería bueno que tuvieran más hijos para juntar peniques; es más importante comer. Los matrimonios lo intentan en la madrugada, poco antes de que claree. El marido se pone encima y tensa los músculos para que los muelles de la vieja cama no salgan disparados mientras consuma el acto. Esto le hace sudar y descentrarse. La mujer se impacienta porque tiene a sus hijos al lado. Pero a ellos no parece molestarles; es más, se zambullen en un silencio bochornoso y, ante el ritmo excesivamente lento del padre, sueltan de vez en cuando alguna tímida carcajada burlona. El varón es codiciado; la hembra, no tanto. La mujer percibe la mitad del sueldo de un hombre; el niño, hasta que no crezca, un cuarto. Quien tiene suerte y trabaja solamente trece horas en vez de quince, busca otro empleo. Trabajar sin pausa, fluyendo la instrucción sin perder el paso hacia la fábrica. Es el día a día: Thomas está sentado a la sombra de Gerda. Ella tiene el tiempo justo para coger el peine y desenredarse rápidamente el cabello. Tienen un único hijo, Albert, de seis años. La luz no entra por ningún lado. Cocina y letrina son compartidas; no hay hora en que no estén ocupadas. Thomas y Gerda aguantarán. Albert tendrá que buscar un trabajo. Se ponen en marcha doscientos pares de botas. Los barrios obreros despiertan. La multitud escapa de los edificios de entre tres y cinco plantas, contruidos especialmente para albergar a la mano de obra. A lo largo del suburbio estrecho se oyen miles de ruidos bajo las nubes negras que sueltan las chimeneas industriales, las cuales complementan esta frenética actividad. En la calle del muelle, Heinrich lleva a su hijo Matthias, de diez años, sobre los hombros. Matthias señala el camino de las nubes negras. Doscientos mil pares de botas abriéndose paso entre la basura que la muchedumbre arroja a la calle. A nadie le parece raro, ninguno se queja. El trabajo no da tregua; si ocurre un accidente, se le deja de lado lamentándolo profundamente. Los obreros son el espectáculo de ricos y marineros. Los ricos los observan, engalanados, desde lo alto de sus casas; a través de la ventana, con sus sombreros de copa y ese té inglés, tan de moda, tiritando en una mano. Observan desde la lejanía, señalándolos como una «subespecie». Ponen la lente sobre el ojo y exhalan comentarios cínicos que provocan las carcajadas atronadoras de sus orondas esposas. Todo lo que no puede ir a parar al estómago de los «decrépitos» acaba en sus carnosas bocas.

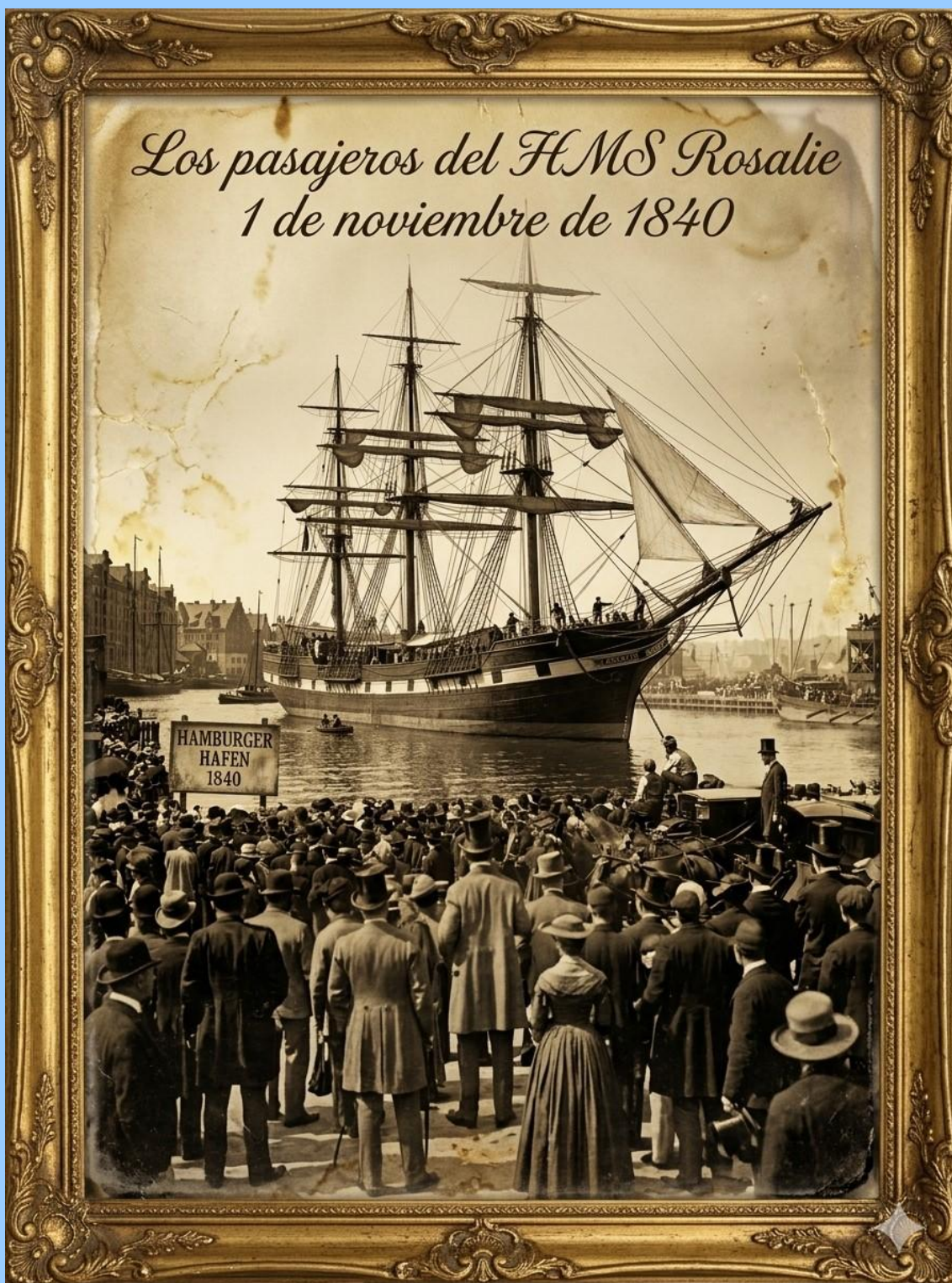
Cualquier día las veré por el muelle recogiendo las perlas del collar que no pudo resistir a su cuello. «En fin». El obrero ahora se arrastra triste, atrapado en la agónica corriente seseante que lo empuja al trabajo; en la calle del muelle, poco antes de pisar la nieve compactada, a la izquierda de nuestro barco. Dietlinde piensa en ello: «Otra vez», «otro día más». Es muy atractiva, mayor que yo. Me mira fugazmente, como envidiándome. Sus ojos me recuerdan a lo profundo del mar en la noche, cuando está en siniestra calma. Es rubia, como casi todas las mujeres de aquí. A mí me gusta este color porque parece haber sido tocado por la luz del sol. Marcha apresurada, sin tiempo para pensar. Está falta de dinero; las sucias lenguas de los marineros ya no la incomodan, sencillamente no puede escucharlas. No tiene tiempo. *Tic-tac*.

De pronto se pone a correr porque llega tarde. Toda su casa depende de esa carrera. No muy lejos de allí, los obreros se precipitan para entrar en las fábricas; se dan empujones, gritan enojados; algunos incluso se vuelven, preparados para la pelea. Fritz entra en el matadero con un ojo morado. A Jürgen le faltan varios mechones cuando se presenta ante la puerta de la fundición. Los que trabajan en las hélices salen peor parados, porque su fábrica solo tiene una puerta de acceso. Un segundo tarde es motivo suficiente para el despido. Todo sucede así, del mismo modo, cada mañana. Dejan abiertas las puertas de las fábricas. El estrépito se escucha dentro: hombres, mujeres, niños, esclavos engranados; sucios de la cabeza a los pies; todos en estricta disciplina y «rezando» para no hacerse daño o caer enfermos.

Hora de bajar el catalejo. La rutina se encadena. A los veinte segundos, turno para «La Puerta al Mundo». Aquí la llaman *Tor zur Welt*; siguiendo el curso del Elba hasta su estuario, sostenida por el gran número de barcos que vienen a comerciar; como nosotros, por ejemplo, que exportamos tejidos de horrible calidad para los barrios de Sankt Pauli, Altona y Sankt Georg. Podría decirse que mi padrastro es un verdadero pirata. Basta con ponerse una de esas andrajosas prendas de invierno —sobre todo en invierno— para comprobarlo. Ahora sopla el viento. Llega desde algún lugar desconocido. Pienso en ello, pues nadie se atrevía siquiera a mencionar su nombre, ya que aterrorizaba. Era lo peor del viaje, sin duda, de Hamburgo a La Habana. Los marinos le daban la espalda emborrachándose. Sabían lo que allí rondaba, pero jamás pudieron creerlo. Yo me despertaba siempre al pasar por su centro. Una vez creí escuchar al mar reclamándome:

—Rosalie, Rosalie... —insistía.

Me llamaban igual que al barco.



Capítulo 1: SAMUEL Y EBERHARD VAN DER PLANKE

Samuel abrió de repente los ojos y respiró tranquilo. Volvía a hallarse en el cuarto viejo, entre paredes agrietadas y el eco que procedía del gruñido de los cerdos. Había seguido a la ballena surcando los cielos, eso fue lo que le despertó: Un océano desde lo alto, el cual, iba cambiando a tonos más blancos según se aproximaba. Al final, era reemplazado por la ballena azul, sacándolo así del sueño. Recordaba sus sonidos: el canto para comunicarse, el largo silbido hasta desaparecer. «No tenía sentido», se dijo, mientras el frío invierno de la madrugada le calaba los huesos. En el momento de despertarse, pudo escuchar su nombre: «Samuel, Samuel». «Otra vez», pensó. Aquel extraño mar que aparecía en sus sueños con forma de triángulo estaba reclamándole.

—¡Demonios! —exclamó Samuel, desde su pensamiento.

Miró a su alrededor. Un frío gélido le sobrevino de golpe. Sintió que la cama estaba empapada de sudor rancio. Entonces bajó los ojos. Vio que las sábanas se habían atado a sus pies; le pareció ver en aquella forma rugosa zigzagueante los tentáculos de un pulpo. Inmediatamente notó que el aire apenas entraba. Aquel espacio, reducido por unos muebles de roble carcomidos, resultaba claustrofóbico. Así que irguió las casi setenta y cinco pulgadas que medía su cuerpo —una estatura inusual que lo obligaba a encorvarse bajo las vigas del techo— y se dirigió a la puerta. Poco le faltó para caerse.

Recién levantado, parecía una criatura surgida de la imaginación de los hermanos Grimm; nacido en una página olvidada: gruñón, arisco, con poco pelo y de apariencia inquietante. Tenía treinta y ocho años, pero representaba muchos más; la piel pálida fijada en una expresión adormilada, la nariz aguileña sobre una Barba hirsuta, la postura echada hacia adelante un tanto deprimida y apagada, cargaba con un ligero tic en la comisura del labio superior que se disparaba con cada muestra de incredulidad; algo muy característico en la familia Van der Planke. Así era el hijo primogénito de «Mata-Cerdos»: un tipo frío, sin alma y silencioso, con una expresión de continuo hundimiento de la que no había podido desprenderse desde que enterrara a su mujer e hijo. Una profunda pérdida para los Van der Planke. Bernd, el marido de Frieda, tampoco había podido escapar del cólera que había bajado por los ríos contaminados a través de las curtidurías. Fueron los peores años de una familia que no le había tomado el pulso a la Revolución Industrial, estancada en un campo embarrado que ya no daba fruto. Calculaban que en pocos años tendrían que deshacerse de todo aquello y mudarse al barrio obrero, siguiendo la corriente industrial bajo el yugo de la baja nobleza del *Junker*. El otro, el segundo hijo de Conrado —apodado «Mata-Cerdos»—, Eberhard; hacía poco que había empezado a trabajar en la fundición de hélices para fragatas de madera. Samuel, en cambio, ocupaba un lugar más elevado. Había tenido infinidad de dificultades para encontrar trabajo, hasta que una noche de taberna se topó con Herr Krause, el barbero de la calle Wandrahm, quien, hasta ese día de junio de 1830, había tenido serios problemas con los chicos de Ademaro de Brito por culpa de una deuda.

Aquel día de 7 de junio de 1830, los chicos querían advertirle. Traían órdenes de propinarle una buena golpiza. Pero Samuel se encontraba en ese momento en el muelle con el añadido de que sabía manejar muy bien la navaja. Y había que saber manejarla para asustar a esos delincuentes que, por esos años, se encontraban en cada esquina, al doblarla, apoyados en el ladrillo rojo, mirando en dirección a la calzada con las manos en los bolsillos, vigilando todo lo que pasaba. Eran ingobernables, se habían forjado en lo más bajo de los suburbios. Corría el rumor de que, para controlarlos, la policía, vendida a los intereses del *Junker*, hacía la vista gorda a sus turbulentas acciones a cambio de que mataran para ellos de vez en cuando. «Zig-zag, zig-zag», resonaba en los oídos de Samuel todas las mañanas. Hora de vestirse y ponerse en marcha. Así que alargó el brazo, levantó de la vieja silla el traje del dandi de la época, y se lo enfundó allí mismo ignorando el polvo acumulado. Seguido, casi sin espacio, cogió una brocha de cerdas de jabalí para sacudirse la levita; se ajustó la camisa Spencer de cuello alto con el *cravat*, se abrochó los puños y salió del cuarto. Nada más poner las botas sobre el entablado del pasillo, vio a su padre, Conrado, «Mata-Cerdos». Estaba de pie, un paso por delante de la escalera que bajaba al salón, con todas las vergüenzas al aire y una escopeta de caza modelo Lefauchaux, con dos cañones de acero, en la mano.

—Haga el favor, vístase —le ordenó Samuel, frunciendo el labio.

—¿Vestirme? ¿Estás loco? ¿Y Cómo quieres que me enfrente a los fantasmas?

—¡No me importa! ¡Haga lo que le digo!

—¡Ni hablar! Si me visto, sabrán que estoy aquí y que puedo acecharlos. ¿Es que no los ves? ¡Están por todas partes! —respondió Conrado, totalmente enajenado.

—Haga lo que quiera —claudicó Samuel con un desabrido suspiro. Algunos años atrás aún se aguantaba lúcido, pero la huida de Frieda había dejado al viejo «Matacerdos» — al que todos habían temido alguna vez de niños, a pies de la locura. Por las noches se convertía en una especie de cazador de muertos. No se acostaba; estaba siempre alerta, aparecía por todos los rincones y terminaba la misión a eso de las cinco de la mañana, entre arbustos y castaños, preso de las alucinaciones.

—¡Diantre! ¿Has visto eso? —exclamó repentinamente Conrado, el Matacerdos.

—¿El qué?

—¡Es tu hermano! ¡Eberhard se ha ido! ¡Me ha abandonado, como Frieda! ¡Debes traerlo de vuelta! ¿Me oyes? ¡¿Me oyes, Samuel?! Pero... ¿quién eres tú?

Samuel no dijo nada. Se escurrió de la conversación. Aprovechó el hueco libre que dejaba su padre para rebasarlo. Bajó rápidamente las escaleras para acabar en un recibidor vetusto, con los muebles amontonados. Toda la casa parecía una cripta: las sillas estaban en mitad del camino; repletas de polvo y telarañas. Nadie limpiaba; tampoco lo había hecho en su momento la hija del «Matacerdos», Frieda, cuando habitaba la casa. Las paredes estaban húmedas y agrietadas; la gran mayoría mantenía todavía” la sombra de los muebles isabelinos” a su espalda. Resultaba imposible avanzar sin hacer ruido. De noche, todo aquello parecía enroscarse en un aciago laberinto.

Samuel abandonó la casa. Salió para ir a trabajar, como de costumbre. Eran las siete en punto de la mañana. Al salir, contuvo el aire en los pulmones, lo expulsó seguidamente por la boca y después cerró la vieja puerta chillona. Acto seguido, arrastró las botas frunciendo el ceño. Observó con expresión melancólica la casa de campo en la que habitaba. Pensó en Frieda; de repente, le sobrevino su dulce aroma a hojaldre. El gruñido de los cerdos lo sacó de su pensamiento. Se puso en marcha, anduvo primero un poco lento, a través del tortuoso camino que llevaba directamente hasta la calle del muelle. El aire allí era frío; su brisa congelaba. Con una fuerza constante, el viento arrastraba las nubes blancas que se agigantaban esa mañana sobre el campo. «Sin duda, es el invierno que se prepara para atacar», pensaba el bueno de Samuel mientras llegaba torpe al empedrado helado, caminando con el pie torcido, procurando mantenerse entre las crestas de barro heladas que iban surcando el camino. Samuel era un tipo reservado. No tenía relación con ninguna mujer; es más, cuidaba de no respirarlas demasiado por temor a que un nuevo impulso se desatara. Prefería no pensar mucho en ellas. Aprovechó la soledad del camino para peinar con los dedos en la medida en que podía sujetar aquel pequeño mechón que le pendía de la frente. En esto estaba cuando pisó sin querer el abrupto empedrado de la «Metrópoli del Mar» casi tambaleándose, esbozando una medio sonrisa que se deshacía desagradable cada vez que veía aproximarse una nariz de mujer respingona. Entonces actuaba como un forastero perdido y saludaba, desganado, a todo el que se cruzaba con él, en una hora en que las familias obreras se encontraban en las fábricas trabajando codo a codo con los esclavos a lo largo de la interminable zona portuaria. Los viandantes apreciaban cierta inseguridad en Samuel. Pensaban que era tonto; se dejaban engañar por su apariencia aburrida de enterrador de pueblo. Aunque nada de eso le importaba a Samuel, pues en su época lo único que contaba era descubrir la manera de subsistir dentro de aquel hermético mundo industrial: compacto, ruidoso y maloliente. En él, había optado por una apariencia humilde y, al mismo tiempo, castigada y, quizá, puede que, demasiado silenciosa. Por eso ahora se desplazaba de un modo escurridizo, al lento ruido de una carrera presurosa. La verdad era que andaba con el tiempo justo. Eran las siete y media de la mañana; su paso proseguía apresurado; sus talones rozaban el suelo: izquierdo, derecho, izquierdo. La burguesía de levita y chistera, de sombreros de flores y plumas, de faldas con polisón, le sonreía. Lo saludaban descubriéndose caballerosamente solo porque creían que andaba en un negocio importante. Samuel hacía el esfuerzo y les devolvía el saludo con una mueca siniestra. Los odiaba a todos ellos; no podía soportar sus engalanados aires de grandeza. Pero el negocio era el negocio, y Samuel trabajaba de ayudante en una respetable barbería que debía cuidar de cara al público. Así funcionaban las cosas en la «Metrópoli del Mar», que era Hamburgo.

—Guten Morgen, Herr Van der Planke, hermosa mañana —le saludó el banquero clásico, de chistera y traje acicalado.

—Guten Morgen —le correspondió Samuel mientras le rebasaba—. ¡Cretino! —escupió instantes después, cuando el banquero ya no podía oírle.

—Guten Morgen, Herr Van der Planke. Me encanta su traje, ¿es nuevo? —le saludó el sastre, un hombre pequeño, sonriente y saltarín que venía directamente hacia él.
—Guten Morgen. No —permitió que le rebasara—. ¡Estúpido!
—Guten Morgen, Herr Samuel, dígle a su padre que le echamos de menos en el club —dijo el tendero, acariciándose el largo bigote canoso.
—Guten Morgen. Seguro que él también a ustedes —respondió Samuel, torciendo el gesto con ironía—. ¡Borracho!

De repente, un frío recorrió su cuerpo mientras se adentraba en la calle Wandrahm. Se detuvo antes de continuar; apretó los puños y contrajo los músculos. La mirada del policía le hacía sentir agredido. Su enorme barriga intimidaba. El sudor le brotaba y le pesaba. No levantó la vista más allá del quinto botón del uniforme. El agente sacó del bolsillo una cajetilla de cartón: el último cigarro que le quedaba. Guardó después la cajetilla y se quedó con el cigarro y el fósforo. Lo encendió sin que le temblara la mano. Se trataba de Otis Feuchtwanger, un policía al servicio del *junker*, vendido a todos los intereses. En aquella época todos los policías lo estaban; sesentón, de espesa melena platinada y rizada. Esperaba un solo paso en falso de Samuel para darse un festín. No se contuvo; en cuanto lo vio pasar, le espetó:—Tienes mal gusto, raspamonedas. De la gente puedes ocultarte, pero no de mí; yo sé quién eres, hijo del «Matacerdos». Ándate con cuidado, mira bien a tu espalda, porque cualquier día me encontrarás a mí listo para esposarte. Samuel guardó silencio. Volvió la cabeza hacia otro lado como signo de precaución. Sabía que Otis esperaba una sola palabra, un solo gesto, para arrestarlo. Tenía claro lo que iba a ocurrir si le incomodaba. Bastaba una sola mueca para sacarle al policía el criminal que llevaba dentro. Por ello continuó, sin alardes, caminando sin prisa y manteniendo la calma. Se adentró en la estrecha calle Wandrahm. Se topó con mucha gente. Había allí unos treinta obreros, todos con la mirada perdida en el cielo humeante. Samuel empezó a abrirse paso a fin de abandonar cuanto antes aquel enjambre de personas que se había formado en la puerta. Alcanzó la barbería, entró rápidamente y cerró de golpe.

Los obreros esperaban fuera. La barbería, que en ocasiones hacía también de dentista, se hallaba a mitad de calle, bajo un taller de “vivir y morir”, de máquinas de coser cuya productividad era ciertamente baja. La controlaba Ademaro de Brito, como el taller de encima, como toda la calle Wandrahm, igual que el muelle del ladrillo. Era el dueño de absolutamente todo. En cuanto a la barbería, se trataba de una pobre estancia que no llegaba a los quince pasos de largo y por la que Ademaro cobraba la no despreciable cifra de once marcos a la semana. Samuel se fue directo hacia el perchero del rincón, sin levantar la mirada del suelo. Se quitó allí la chaqueta y la dejó colgada; luego, se volvió hacia Herr Krause. —¡Muchacho! ¿Acaso no sabes qué hora es? —dijo su jefe, un tanto molesto. —Lo siento mucho, Herr Krause —respondió Samuel fríamente, sin despegar los ojos del suelo.

Aquel sonriente y mofletudo gordinflón de piel rosada y cabello rubio ralo, que quería a Samuel como a un hijo, se ablandó. No lo acusaría ni aunque fuera culpable. Por aquel entonces, Herr Krause tenía sesenta y tres años y poseía una mirada brillante, en

ocasiones acuosa por la embriaguez. Era de cabeza estrecha, de pecho amplio y nariz chata. Su sonrisa se abría afable bajo un mostacho imperial. Cambiaba de humor con repentina facilidad. Había perdido a sus seis hijos en la guerra. A su amada esposa, Brunilda, se la había llevado años después el cólera. En ese instante, el reloj de la barbería dio las ocho: «Zig-zag, zig-zag», sonaba la navaja hipnótica al hacerla pasar por el afilador. «Zig-zag, zig-zag», se oían rotundas las voces déspotas de los capitanes en el muelle. «Zig-zag, zig-zag». Samuel se preparaba para recibir a los clientes con el oído atento a la voz que anunciaba los barcos anclados en la zona posterior a la calle Wandrahm:—¡El *Rossini*! ¡El *Hermann*! ¡El *Middleton*! ¡El *Victoria*! ¡El *Rosalie*!

Mientras resonaban los nombres, Samuel y Herr Krause se iban encontrando, cuidando de no tropezar el uno con el otro en el siguiente paso. Samuel puso la silla contra el espejo. Herr Krause cambió las sanguijuelas de lugar, comunes en aquellos años para practicar flebotomías. Inmediatamente volvieron a separarse. Samuel preparó el carbón y se lo dio de comer a la estufa de hierro. Herr Krause abrió la puerta. La tenue luz de la mañana entró e iluminó el banco «de la larga espera». Afuera aguardaban los obreros, frotándose los brazos de cuando en cuando. Iban de un lado a otro de la calle en silencio, reflexivos, inmersos en la rutina; sin murmullos, cabizbajos, intercambiando posiciones alternando de un modo frenético entre cuatro paredes que se caían a pedazos. Por fin, las ocho. Hora de abrir. Herr Krause vio que el grupo de hombres avanzaba hacia la puerta. Antes de que el más alto tocara el cristal, se adelantó y le invitó a entrar:—¡Un buen aspecto es fundamental para encontrar trabajo! ¡Afeitado por medio marco! —dijo Herr Krause con una reluciente sonrisa blanca. Samuel miraba la escena de reojo: «La mentira es buena para el negocio», pensaba. Los obreros en paro entraron felizmente engañados. Se quitaron las boinas, las sacudieron sobre manos y muslos, fueron saludando a Samuel con una tímida sonrisa cargada de esperanza, se sentaron, dóciles, esperando que un buen afeitado y un correcto corte de pelo les salvara la vida.

La mesa preparada; la jarra llena de agua caliente; el plato hondo junto a la navaja y la brocha; la estufa crepitando; paso firme y consolidado; el delantal sucio en cada cintura.



A la misma hora, en la fábrica de hélices del barrio obrero, un grano de luz se posó sobre una de las mesas de montaje. Eberhard Van der Planke mantenía la mirada fija en aquel destello. Permanecía indiferente, sentado en mitad de todo aquel desparrame de piezas metálicas. De pronto, desclavó la vista del diminuto punto y miró a su alrededor. A izquierda, veía una cadena de rostros alicaídos, cubiertos de hollín; a la derecha de aquella misma interminable mesa roñosa, se extendía otra hilera de caras vencidas, ennegrecidas por el trabajo y la miseria. Había seis largas mesas de madera colocadas en modo vertical. Al entrar, uno se topaba con un auténtico cuadro herrumbroso de hombres, mujeres y niños, compactados en una oscura garganta de miseria.

Eberhard Van der Planke, el mediano de tres hermanos, tenía diecinueve años. Se mantenía soltero, algo que llamaba la atención a pesar de su juventud; y es que no resultaba fácil encontrar esposa siendo hijo del «Mata-Cerdos», a quien todos rehuían

por su locura y alcoholismo. A diferencia de su hermano Samuel, Eberhard era un hombre apuesto: alto, rubio, de ojos azules y complexión espigada. Era, en definitiva, un joven de los que llamaban «de buen ver», mucho más moderado y simpático que su hermano mayor. Su problema era que no se adaptaba a la monotonía del taller. La odiaba. Sentía que había nacido para algo más grande. «No puedo permanecer aquí más tiempo», se repetía mientras peleaba contra la grasa incrustada en una arista metálica. Los niños introducían los dedos entre el hierro; limpiaban los bordes con las yemas y, finalmente, rascaban la suciedad con las uñas. Eran empleados, sobre todo, en la fabricación de armamento, pues sus diminutos dedos entraban por cualquier resquicio: eran los más eficientes puliendo el ánima de los cañones. Los esclavos, encadenados a las máquinas, sufrían terriblemente. Más de uno estaba convencido de que aquello era el mismísimo infierno. Eberhard también lo creía. El trabajo no permitía un solo respiro. A Eberhard se le daba condenadamente mal la cadena de montaje. Tardaba demasiado en quitar la grasa de las piezas. Estas se le caían constantemente de las manos. Cuando esto sucedía, se protegía de inmediato de las miradas curiosas interponiendo el codo; pero eso no le libraba del ruido, lo que provocaba que, en mitad de aquella maraña de carne humana, se sintiera profundamente ridículo. Alimentaba la esperanza de que todo aquello cambiaría algún día; imaginaba que cabalgaría sobre un nuevo mundo, dueño de su propia finca, donde echar raíces con una mujer hermosa. De pronto, la arista que manipulaba volvió a golpear la mesa. Miró rápidamente a su lado y descubrió que un desconocido le observaba: había sido testigo de su demoledora torpeza. Eberhard levantó la cabeza y observó con altivez al niño que tenía enfrente. El crío, que tendría entre seis y ocho años, tenía el rostro marcado por el fuego; un antiguo incendio le había devorado parte de la mejilla izquierda. La fábrica nunca descansaba. Masticaba al obrero antes de tragárselo para siempre. En ese momento apareció Herr Müller, el implacable capataz, un hombre tan firme como un ancla de mar:

—¡Trabajar y trabajar! —gritaba, mientras realizaba la rutinaria inspección de las nueve.

Se detuvo frente a Eberhard. Le miró fríamente por detrás del niño. Se llevó la mano a la mandíbula. Movi6 su quijada romana de un lado a otro. Esper6 unos segundos, sin pronunciar palabra. En un abrir y cerrar de ojos, se arranc6 hacia el siguiente. No le dijo nada, pero todos sabían que Müller planeaba despedir a Eberhard antes de Navidad; lo había ido pregonando por el taller.

—¡Shhh! ¡Aquí, muchacho! —susurró una voz difusa.

Eberhard hizo caso a la voz. Asomó la cabeza entre la marea humana y divisó una figura rechoncha, también asomada, unos diez pies más abajo en dirección a la salida. El hombre tenía una expresión magnetizada, con los ojos radiantes, cargados de ilusión. Eso era precisamente lo que Eberhard buscaba: «Esperanza». Se quedó mirando al desconocido. Era un tipo fuerte, de larga barba blanquecina y cabellos ensortijados.

—Soy Fritz —se presentó con tono precavido. «Pensándolo bien, la barba de aquel tipo parece la del mismísimo Neptuno», se dijo Eberhard para sus adentros, echando la cabeza hacia atrás con fingida indiferencia. Pero el hombre de la barba mitológica insistió:—Te conozco, hijo de «Mata-Cerdos». Quizá no me recuerdes, pero yo a ti sí. Soy Fritz, el hijo del alfarero. Le tiraba piedras a tu casa cuando era pequeño.—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Eberhard con claro desaire, asomando de nuevo el rostro entre los obreros.

Fritz estiró su grueso cuello de marinero y rebuscó con sus ojos hundidos en la lejanía. Cuando se aseguró de que el capataz andaba lejos, sacó un panfleto del pantalón, lo estrujó con la mano izquierda hasta hacer una pelota de papel y la lanzó hacia Eberhard como si el papel le quemara.

—Tu padre fue uno de los nuestros —dijo el hombre de la larga barba— antes de volverse loco. Los tejedores se están reuniendo. La revolución ha empezado —concluyó.

Todos allí callaban. Nadie pretendía oír nada; saber demasiado era peligroso. La cadena de montaje seguía alimentándose de un escrupuloso silencio. Eberhard alargó el brazo frenéticamente. Recogió aquel papel mal impreso que había caído entre los brazos del niño de la cara quemada. No pudo esperar a la noche: se la jugó. Alguno que tenía cerca arqueó las cejas al verle. Deshizo la bola con sumo cuidado. Al contrario que Samuel, él sí sabía leer; Frieda le había enseñado. Se topó con una especie de grabado que no necesitaba mayor explicación. Era un dibujo simple en el que se advertía una tiara y un cetro.

—El Predicador —susurró.

—Él te guiará —se oyó la voz de un Fritz entusiasmado.

Eberhard guardó enseguida el panfleto. Miró el reloj que colgaba de la viga: daban las nueve y media de la mañana. La cadena de montaje no se detenía; hierro y grasa se iban amontonando en las mesas, formando un amasijo verdoso cuyo hedor repelía al olfato.



Samuel salió de la barbería con permiso de Herr Krause a las nueve y media de la mañana. Había quedado con Ralf. Se dirigió hacia el muelle. Los viandantes lo vieron caminar sin delantal, de nuevo con el traje polvoriento. Anduvo a lo largo de la calle Wandrahm durante unos cinco minutos, bajo el alboroto que formaban las gaviotas en el cielo. Iba deprisa, con paso vacilante, como si estuviera enfadado; impulsándose calle abajo en modo frenético. Segundos después aminoró el paso. Dobló una esquina. La corriente marina impactó de pronto contra su estirado rostro. De inmediato, la calle contigua al muelle sobrevino. Reflexionaba, pensando sobre todo en el paradero de Frieda. Se abrigó. Aún se sentía culpable de su marcha. Continuó por una calle

empedrada cuyos edificios no se habían convertido aún al modernismo. A esas horas, la calle estaba despoblada. A su derecha, asomaban al menos una veintena de barcos que, en ese momento, estaban siendo sobrevolados por cardúmenes de aves. Aquella era la vieja calle Fleet, adosada al muelle; sus puentes enlazaban las barriadas de pobres con la catedral, haciendo evidente la impactante disparidad entre los siglos: El modernismo estaba devorando a la época medieval. Samuel continuó yendo hacia el puente, caminando entre fachadas de épocas opuestas, cuando, de pronto, subió a la acera y entró rápidamente en el Grolsch, una antigua taberna incrustada en un ruinoso edificio propiedad de Ademaro de Brito. Se trataba de un lugar apacible y silencioso, apenas iluminado por la luz tenue que se filtraba por los ventanales. El aire estaba saturado de un penetrante aroma a cebada y lúpulo. En aquella época, el lugar gozaba de una gran popularidad entre los hombres del muelle. Ya dentro, Samuel se topó con un imponente número de personas: un buen número de obreros que habían sido repudiados por las fábricas. Aquellos miserables se gastaban lo último que les quedaba en apurar jarras de la espumosa *Lager dorada*. Samuel se abrió paso entre ellos, superando al grupo principal. Encaró el camino hacia Ralf, quien permanecía de espaldas, haciendo oídos sordos a todo lo que le resultaba ajeno. Vestía completamente de blanco y llevaba un sombrero tradicional cubano. Era alto, de complexión fuerte, robusta, y ancho de hombros. Un tipo con aparente calma. Samuel miró a izquierda y derecha, como buscando algo. Finalmente se detuvo. Había localizado a un hombre oculto en la penumbra. Se trataba, probablemente, de un «lobo de mar», el astuto depredador de las gélidas aguas del mar del Norte. No podía dejar de mirarlo. Era imposible no sentirse atraído por su mística: aquella figura encorvada que parecía querer decir algo, aquel rostro castigado y cubierto de cicatrices...El viejo lobo no estaba tomando nada. Permanecía sentado con los hombros echados hacia adelante, fumando en pipa, en estricta calma. Llevaba puesto un impermeable color oscuro.

—¡Samuel! —escuchó de súbito.

Samuel parpadeó dos veces. Tenía a Ralf delante, saludándolo de manera muy efusiva.

—¿Cómo está la cosa? ¡¿Qué es de tu vida?! —dijo Ralf mientras estrechaba la mano de Samuel—. ¡Ah, socio, cómo echaba de menos este lugar! —reflexionó, saboreando cada palabra.

—Gracias por responder —dijo Samuel.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó Ralf.

—Vi el coche en el hotel, esperándote —contestó Samuel.

—Has pasado por mi casa. ¿Por qué no entraste?

—Lo sabes bien.

Ralf asintió ante la respuesta de Samuel con un amago de sonrisa.

—Tú no tienes la culpa. Hiciste lo que ningún otro se atrevió a hacer: te enfrentaste a ellos.

—Me enfrenté a De Brito —contestó Samuel, serio.

—No debería preocuparte; él te respeta. Eso es bueno, amigo. Es lo que debería importarte, no el haber dejado en mal lugar a mi padre.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó Samuel.

—Cinco días. Tengo asuntos que me esperan en La Habana.

Samuel guardó silencio mientras observaba a Ralf detenidamente.

Pensó en el pasado. Ralf tenía su misma edad, pero ya no era aquel muchacho enojado que pululaba por los muelles buscando trabajo con una mano delante y otra detrás. Ahora, siete años después, era un hombre de negocios en La Habana; alguien de perfil bajo que jamás hablaba de política, y que sabía medir sus palabras. En resumen: un «nuevo rico». Ralf era rudo, de complexión fuerte, cabello rubio peinado hacia atrás, coronado por un seductor bigote perfilado. En ocasiones, mostraba una inquietante expresión violenta que incomodaba a cualquiera que lo mirara.

—¿Sigues con el viejo? —preguntó Ralf, refiriéndose a Herr Krause.

—Sí. Sigo siendo el ayudante de Herr Krause en la calle Wandrahm.

—¿Cómo está Eberhard?

—Bien. Ya es un hombre.

—¿Trabaja?

—En la fábrica de las hélices.

—Eso no es un trabajo, Samuel. Podría llevármelo conmigo.

—No. Él está bien aquí, en su casa. Con su familia.

En ese momento apareció el dueño del local, Joseph Grolsch, un hombre de semblante serio y corta estatura, con una espantosa frente repleta de surcos.

—¿Qué toma el caballero? —preguntó aquel hombre menudo tras la barra.

—Agua —respondió Samuel.

—¿Agua? —inquirió Joseph Grolsch, estirando aún más su grimosa frente.

—Tomará lo mismo que yo. Gracias, Joseph —se apresuró a decir Ralf.

—Ya no bebo —sentenció Samuel.

—Una no te hará daño, amigo. Por los viejos tiempos. Acuérdate de lo del hotel.

Samuel dejó escapar una tímida sonrisa.

—Eso es. Menudas borracheras nos cogíamos en el hotel —añadió Ralf, despertando los viejos recuerdos.

—Cuando caí al sótano —dijo Samuel.

La sonrisa que se vislumbraba en el rostro de Ralf se borró de golpe.

—Aún te da miedo —añadió Samuel.

Ralf se sumergió en el silencio. Esperó a que Joseph Grolsch les sirviera. Cuando este dejó la cerveza sobre la barra, habló:—Empezamos en ese agujero y acabamos comprando el hotel. Mi padre es ahora el dueño; eso es lo que cuenta, amigo.

Acto seguido, cogió la jarra que iba a ser para Samuel y se la bebió de un trago.

—¿Has visto a Frieda? —preguntó Samuel en voz baja.

Ralf irguió la cabeza con severidad.

—Me has traído aquí por Frieda —sentenció Ralf.

—Necesito encontrarla.

Ralf se abrió la chaqueta y tomó una moneda de su bolsillo interno. Tenía la intención de pagar y marcharse.

—Ralf...

—Ella no quiere verte, Samuel.

—¿La has visto?! ¿Dónde está?!

Ralf dejó caer el marco sobre la barra, sin decir palabra.

—¡Ralf! ¡Debo encontrarla!

Samuel sujetó el brazo de Ralf, impidiéndole que se marchara.

—Suéltame —dijo Ralf con una expresión profundamente fría.

Samuel le soltó.

—Por favor —suplicó.

—Está en el Cerro. Tiene un buen esposo, una hija y es feliz —reveló Ralf—. Si la quieres, dejarás que continúe con su vida. No vayas a destruirla, Samuel.

Ralf echó a andar y salió de allí con el ánimo frustrado.

—¡Vamos! —se dijo Samuel para sus adentros. Salió decidido, pero al volverse se topó de frente con el rostro del viejo «Lobo de Mar», que le cortaba el paso.

—No vaya. El mar le está esperando —le advirtió.

Pero Samuel estaba demasiado eufórico; su corazón solo oía cantar a los pájaros. Ignoró al viejo «Lobo de Mar» y a su advertencia, y se fue directo hacia la salida, abriéndose paso entre los obreros. Divisó la puerta. A medida que se acercaba, sintió que se le congelaban los huesos. A poco de alcanzarla, volvió la cabeza en dirección opuesta buscando al marinero, pero no pudo verlo. ¿Acaso no estaba? Se alejó rápidamente de la taberna con la punzante sensación de que acababa de ver a un fantasma.



Era casi de noche cuando Eberhard llegó a casa. Subió rápidamente las escaleras, entró en su cuarto y se echó vestido sobre la cama. Cerró los ojos, pero despertó enseguida; le pareció oír que Samuel y Conrado hablaban en la cocina. Salió de la habitación y regresó al oscuro pasillo de las paredes aceitosas. Ahora podía oír con más claridad de qué estaban hablando: se trataba de Frieda. Después salió su propio nombre y seguido, el de Ralf.

—Tengo intención de ir a buscarla y traerla de regreso —oyó decir a Samuel.

Asomó tímidamente la cabeza. Vio a Samuel compartiendo mesa con «Mata-Cerdos». Se encontraban en mitad de una estancia decrepita, invadida por la suciedad. Aquello estaba lejos de parecerse a una cocina: apestaba. Samuel vestía únicamente unos calzones blancos; «Mata-Cerdos», en cambio, nada. Estaba sentado, desnudo, al otro lado de la mesa. Su compostura era inusual: parecía estar lúcido.

—¡Eberhard! —gritó efusivamente Conrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven Van der Planke.

—¿Cómo te ha ido? —intervino Samuel con otra pregunta.

—Bien.

—Mientes —sentenció Samuel, mirándole fijamente a los ojos.

Eberhard dio repentinamente un puñetazo a la pared. «Mata-Cerdos» imitó el gesto dando una fuerte palmada contra la mesa. Se produjo una incómoda pausa. Eberhard, hartado, volvió al pasillo.

—Ahora sí que se van a enfadar los cerdos —se lamentó Conrado.

Samuel corrió tras su hermano.

—¡Eberhard! —le gritó.

Eberhard no se detuvo.

—¡He encontrado a Frieda y pienso traerla de vuelta! —bramó Samuel.

—¡Tú la echaste, Samuel! ¡Conseguiste que se marchara!

—¡Yo no la eché; se fue por su propia voluntad! —contestó Samuel, furioso—. No debí permitir que se fuera.

Samuel bajó los brazos en señal de abatimiento. Eberhard regresó a su cuarto; al entrar, apagó la vela y se hundió en la cama. Mientras tanto, en la cocina, el «Mata-Cerdos» hurgaba distraídamente con el dedo en su nariz.

Ψ

Dieron las doce. La puerta del granero de los Van der Planke se abrió lentamente, emitiendo un chirrido que puso nervioso a los animales. Toda la piara corrió gruñendo hacia una esquina. Instantes después entró un hombre silbando una estrofa de Rienzi, la exitosa ópera del joven compositor del momento, Richard Wagner; aquella sombra que se proyectaba sobre los cerdos era la de Conrado. «Mata-Cerdos» llevaba una soga de navegación en la mano. Era la primera vez en mucho tiempo que parte de la casa lo veía vestido: traía puesto su antiguo traje de guardiamarina; la casaca azul índigo y el chaleco con los calzones blancos. Iba descalzo.

Conrado observó el techo sin dejar de tararear la ópera de Wagner. Luego se rascó la barbilla, después el codo. Sus ojos se encendieron repentinamente. Anduvo, raudo, hacia la piara. Apartó algunos cerdos sacudiéndolos con la mano. Volvió a mirar hacia arriba, buscando un punto exacto. Alcanzó un viejo taburete cercano y lo puso bajo sus pies. Se impulsó sin soltar la cuerda. Una vez arriba, estiró el brazo y palpó el frío madero del arco corto. Entonces asintió con la cabeza. «Es perfecto». Lanzó la soga al aire y la pasó por encima de la madera. Tensó la cuerda, formó un lazo, ajustó el nudo y lo pasó alrededor de su cuello. Esperó unos segundos. Allí estaba, de pie frente a los cerdos, con la soga al cuello, sobre un taburete que apenas sostenía su peso.

—Tenía usted razón, mi capitán. Debí embarcarme con usted y no tener hijos. Siento lo de su cara —lamentó «Mata-Cerdos».

Acto seguido, dio una patada al taburete y se ahorcó.

Capítulo 2: EL PREDICADOR

2 de noviembre de 1840. Lo descubrió al amanecer. Sentía que debía tomar otro camino porque todos los senderos le conducían, inevitablemente, al dique seco. El cuerpo le pesaba sobremanera pese a ser un hombre flaco; la fatiga no le permitía distinguir con claridad el lugar donde se hallaba, aunque lo conocía de sobra. El cansancio tampoco le dejaba reconocer a los otros estibadores que, tan famélicos como él, esperaban temblando de frío a que las gigantescas compuertas de hierro se abrieran. Era un inmigrante, nacido en Granada, España, hijo de una gitana que no tenía nombre. No conoció a su padre. Como carecía de identidad, adoptó el nombre del primer hombre que lo encontró tirado en el muelle: «Josué». Lo recibió a modo de bautismo. Josué era de cabello negro, piel bronceada y rostro afilado. Tenía los ojos hundidos, la nariz aguileña y la boca gruesa y carnosa. Llevaba siempre un abrigo abotonado color oscuro. Desde aquel compartimento enladrillado, dispuesto para contener el primer embate de agua salada proveniente de la carena, contempló el débil sol de noviembre. Le confió sus ojos, exponiéndolos a una dolorosa claridad.

La enorme compuerta seguía cerrada. Estaba cubierta de herrumbre e incrustada entre dos grandes casas abandonadas de clara estructura gótica; su aspecto era siniestro. El «ejército de astilleros» aguardaba tras ella: doscientos condenados formados en columnas de a dos, apretados en un espacio comprimido y fortificado. Se hallaban al principio de una esclusa situada en pleno corazón de Hamburgo, en mitad del río, en el Estuario del Elba. Visto desde el cielo, el complejo tenía la forma de un dragón. El armazón de hierro sobresalía de la costa como un brazo caído, recibiendo al navío en el esófago de su gigantesco canal para, finalmente, arrastrarlo hasta la platea. Horas después, el buque debía quedar asegurado sobre los calzos; no importaba si se cobraban vidas para llevar a cabo semejante maniobra de ataque. La plataforma recibió el primer embate. El mar colaba sus olas por los resquicios de la compuerta, filtrándose a través de los agujeros. Empapaba pies y sumergía botas. Algunos comenzaron a toser. Otros estornudaban porque llevaban el resfriado incubando dentro. Los últimos se frotaban con fuerza las narices enrojecidas, mientras los ojos se les tornaban llorosos. De pronto, chilló la compuerta. Muy lentamente comenzó a abrirse. Los astilleros inclinaron sus cabezas ante el estruendo del metal. El agua salada de la carena les salpicó de forma violenta.

—¡Vamos, astilleros! ¡Vamos, quienes no conocen el miedo! ¡De día y de noche! ¡En el amanecer y en el anochecer! ¡Vivir y morir en el dique seco! ¡Vamos! ¡Jamás nos podremos rendir! ¡Hasta que no se traiga aquí ese barco! ¡Por el jornal! ¡Hay que servir al Junker! ¡Con entusiasmo, hay que mantener la bravura! ¡Vamos, astilleros! ¡Vamos! —alentaba la voz del patrón desde lo alto, gritando a pleno pulmón.

Entonces lanzó un silbido de combate y los hombres reaccionaron. Se precipitaron en tromba hacia la puerta entreabierta; Josué estaba en primera línea. Salieron todos a la platea con un intenso dolor en los ojos mientras el oleaje de la carena rompía y chapoteaba con arrebato. Ante ellos se abrió un escenario imponente, de atmósfera grisácea y estampa sobrecogedora. La sensación era de fobia pura. Desde lo alto, la tripulación de la *Médée* comenzaba a largar amarras. Cuando los astilleros llegaron, se encontraron con el navío incrustado en la entrada de la esclusa. A cada paso, aquella presencia extraordinaria se agigantaba. El mascarón de proa, «La faz de la sirena», les vigilaba imponente desde el aire, compacta y silenciosa, envuelta en una atmósfera fantasmal. Los hacía sentir insignificantes, pero eso no los amedrentó. Nunca podría. Los operarios, bravos, ocuparon sus lugares; se organizaron en centurias y se distribuyeron cada diez contubernios. Partieron la espina dorsal del grupo dejando un amplio espacio con la retaguardia, la cual, respondiendo al temporal, se situó por detrás en la misma posición que la cabeza. Había que arrastrar el barco; había que traerlo a toda costa para reparar. Esa era la lucha diaria de Josué y sus camaradas. Seguidamente, llevaron sus manos hacia abajo y aferraron los inmensos cabos de amarra que les había lanzado la tripulación de la *Médée*. Sacaron del agua aquellas gruesas cuerdas que chorreaban en abundancia.

—¡Vamos, astilleros! ¡Ahora! ¡Ahora o nunca

Tiraron de los cabos con gestos de rabia. La saliva salía disparada de entre los dientes. La sangre corría entre los nudillos. Los codos parecían descarnarse, amoratados quedaban en el esfuerzo titánico sobrehumano. Movían las cabezas de un lado a otro; la fuerza necesaria para atraer aquel navío hacia la esclusa era inmensa. Cada centímetro era una victoria. Era preciso tirar tantas veces como fuera necesario. Algunos no lo soportaron. Terminaron cayendo a pies del siguiente camarada; Josué, que figuraba entre los primeros, muy cerca de los que rodaban. La atmósfera resultaba asfixiante. El mar salpicaba con toda la violencia posible, golpeando el casco que estaba siendo arrastrado por manos humanas. La velocidad era lenta, necesariamente agónica. Había que mover al titán, que venía de navegar por los confines de todos los mares del mundo. Josué no apartaba el rostro; jamás le daba la espalda. Apretaba los dientes, mirando desafiante al viejo galeón mientras el agua trepaba por sus piernas. Al contrario de desfallecer, potenciaba la presión de sus manos sobre el cabo. El dique seco era como estar dentro de un volcán en erupción: si no se mantenían juntos, rectos ante la tremenda adversidad, aquella furia endemoniada se los llevaría por delante. Los accidentes comenzaron a sucederse en cadena. El cabo azotaba con cada retroceso y era menester domarlo, apoderarse de él y no soltarlo por nada del mundo; el latigazo de aquel monstruo construido por el hombre los hacía caer como moscas. Raramente quienes pasaban de los cincuenta años volvían a levantarse, pero Josué era la excepción. Con una resistencia prodigiosa alimentaba por la rabia que bullía en su corazón, hallaba la manera de seguir en pie, viéndoselas cara a cara con el navío en el estrecho. No quería perderlo de vista, en tanto que, muchos de sus camaradas iban desfalleciendo. Los más

débiles no aguantaban: se apoyaban en la cuerda siendo balanceados por la tensión hasta que no podían resistir más; entonces caían para ser inmediatamente devorados por la espuma.



Por fin lograron controlarlo. Una hora después, el viejo galeón se encontraba dentro de la angostura herrumbrosa, incrustado entre los calzos y marcado por el agua de la carena. Los astilleros soltaron los cabos. Estaban agotados, estáticos, mirando la corriente oscura que zigzagueaba entre sus piernas. La mayoría no se sentía bien; caían sobre el agua salada, vomitando por el esfuerzo. Algunos se hundieron y ya no pudieron volver a levantarse. Por tres veces, Josué observó a sus camaradas muertos o exhaustos. Abría y cerraba los ojos con pesadez. Él también estaba fatigado; ya no distinguía una sola cara desde la distancia. Solamente podía escuchar el silbido del viento pasando entre las estructuras de hierro.

Entretanto, bajaron los capataces; tres, en concreto; tres gordinflones vestidos de comandantes. Se les veía descender por la escalera de acceso a la platea con sendas cachiporras en las manos. En un minuto llegaron a la esclusa y registraron todo cuanto tenían delante. El navío les quedaba a un lado, asentado horizontalmente. No se oía un alma. En aquel momento de silencio sepulcral, las compuertas comenzaron a cerrarse. Una última ráfaga de aire se coló en la esclusa, recorrió el canal y terminó por quebrar la resistencia de los obreros. El aliento de algunos salió como un suspiro ardiente antes de que comenzaran a desplomarse. Uno a uno, fueron hundiéndose en el dique. Los demás, impotentes, veían cómo sus camaradas caían sobre el agua con todo el peso de sus cuerpos extenuados. Se instaló el miedo. La sacudida del viento los hizo oscilar y dos más fueron derribados. En pocos instantes, la corriente había tumbado a la tercera parte. La primera fila oía aquel chapoteo infernal tras de sí. Se miraban continuamente, devastados, desesperados. Pero ¿qué podían hacer? Volverse e ir en su ayuda significaba despedirse del trabajo. Josué permanecía en silencio. Bajó los ojos y divisó a uno, muy cerca de él, que se estaba hundiendo sin remedio. Dudó un instante. Después, metió las manos en el agua, lo sacó tirando con fuerza de la solapa, se lo cargó sobre los hombros y lo depositó en un lugar menos profundo. En ese momento, los tres capataces terminaron de bajar la escalera. Llegaron a la platea con cara de pocos amigos. Dos de ellos fueron a revisar el casco; el tercero, el más temido, aquel al que apodaban «el Cerdo», se fue directo hacia Josué, chapoteando y rompiendo la suave y lenta oleada de la carena.

—¡Mantened la formación! ¡No rompáis la fila! ¡Ni lo penséis, gusanos! ¡Que no se os pase por la cabeza! —chillaba.

Su nombre era Schmitt, un hombre de unos cuarenta años profundamente odiado. Tenía el cuello corto, los ojos azules como el cielo y un bigote de puntas enroscadas. Schmitt se interpuso entre Josué y el navío, con las piernas abiertas y los brazos en jarra. Josué

veía asomar la punta de la cachiporra tras el hombro diestro del capataz. Schmitt hizo ademán de abrir la boca para increparle, cuando de pronto se oyó una voz de fondo

—¡Matthias!

Schmitt no se lo pensó dos veces. Continuó recto, dejando atrás a Josué. Avanzó a través de una tormenta de rostros y ademanes nerviosos hasta llegar a un grupo de hombres que había disuelto la fila. Se asomó y halló allí a un infeliz moribundo, alimentando a las «barbas del mar». Nadie se atrevía a acudir en su ayuda mientras el pausado oleaje iba comiendo su rostro. Estaban a punto de perderlo.

—¡Vamos! ¡Volved al trabajo! —ordenó Schmitt, ignorando al hombre que se ahogaba.

Los astilleros se miraron durante unos segundos. Dudaron si obedecer o no. Finalmente, ninguno dijo nada. Asustadizos, comenzaron a recomponer la fila. Schmitt se dio la vuelta, convencido de que el condenado perecería inevitablemente bajo las aguas, cuando de pronto vio a Josué de pie, a un solo paso de distancia, plantándole cara

—¡Aparta, calafate! —le ordenó Schmitt con desprecio.

Pero Josué no obedecía. Desafiaba al capataz sosteniendo firmemente la mirada, buscando encender su ira. Aquello no se había visto nunca; era la primera vez que alguien se atrevía, y ese enfrentamiento estaba causando una gran conmoción. Todos se hallaban en tensión, expectantes ante lo que podía suceder. Schmitt sabía que Josué era el líder y no podía castigarlo sin la certeza de que el resto no iría después a predicar con su ejemplo.

—Vuelve a la fila —ordenó, señalando el pecho de Josué con la cachiporra.

Entonces ocurrió algo totalmente inesperado, inaudito: un hombre de mirada tierna y bigote negro frondoso rompió la formación y se situó tras Josué, protegiéndole las espaldas. Schmitt creyó sufrir una alucinación cuando, segundos después, el resto de los operarios comenzó a abandonar la fila para situarse en un semicírculo detrás de su camarada.

—¿Qué ocurre? —preguntó otro capataz que en ese momento llegaba al lugar del conflicto.

El recién llegado, de nombre Schröder, se quedó congelado al verse de repente envuelto por una manada furiosa. Josué dio un paso al frente. Sus ojos se encontraron con los del capataz; Schmitt apartó la mirada bruscamente y comenzó a retroceder, muy despacio. Así surgió una nueva voz, una que llevaba dormida desde hacía mucho tiempo:

—Predicador —llamó la voz aguda de un crío.

El nombre, de pronto, resonó en toda la platea. Las voces de los astilleros se juntaron e hicieron vibrar las aguas:

—¡Predicador! ¡Predicador! ¡Predicador!

Schmitt olía a miedo. Asustado, sentía la ira desplegándose a su alrededor y no tenía idea de cómo frenar aquello. Sin embargo, «el Cerdo» tuvo suerte, pues en el momento en que el sol se ponía tras el galeón, apareció la figura del tercer capataz, de pie sobre un calzo:

—¡Vamos, holgazanes! ¡Sacad a los vuestros del agua y volved al trabajo! —ordenó este capataz, Hindemith, a quien los hombres tenían por un hombre recto.—¡A carenar! ¡Deprisa! —continuó, consciente de la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

Josué notó que los ánimos se relajaban.

—¡A ese, sacadlo! —gritó Hindemith, refiriéndose al hombre que se hundía.

Dos jóvenes acudieron rápidamente para rescatarlo. Inmediatamente después, lo incorporaron para que pudiera respirar. Matthias, que estaba a punto de apagarse, abrió la boca en un espasmo violento; sus pulmones rechazaron el agua y la devolvió, asqueado, a la carena. Hindemith permitió que algunos otros fueran en ayuda de sus camaradas caídos. Mientras tanto, Schmitt y Josué cruzaron miradas de puro odio.

—¡Josué! —advirtió Hindemith, con un tono que no admitía réplica.

Esta vez Josué sí obedeció y retornó a la fila con sus compañeros. En cambio, Schmitt no dijo nada. No se movió. Permaneció un buen rato estático, con el rostro de mármol, viendo marchar al ejército de astilleros hacia el trabajo.

Ψ

Las horas siguientes transcurrieron en calma. Josué y tres de sus más fieles camaradas —Blaz, Emil y Benno— estaban sentados en el suelo, apoyados en la barandilla de seguridad. Desde lo alto, disfrutaban de una vista imponente: el galeón inmovilizado bajo sus pies y la línea del mar recortándose por detrás del palo mayor. Sumidos en una profunda reflexión, todavía con el incidente de Schmitt pesando en sus ánimos, aprovecharon el frenético descanso de diez minutos para ingerir el «Caldo Negro», o *Schwarzsauer*; hecho de sangre mezclada con vino y vísceras. No había otra cosa para comer. En ese instante, Josué tenía la mirada clavada en el cielo blanco. La dirigió en un silencio sepulcral hacia la *Médée*, a la que envolvía una luz centelleante. De pronto, se

levantó y tiró el cuenco al suelo, aparentemente sin razón alguna. Benno se lo quedó mirando, estupefacto.

—Esto es indigno —masculló Josué—. Ha llegado el momento de levantar a la clase obrera —su voz brotó directamente de las entrañas.

Blaz y Emil se deshicieron también de sus cuencos y gritaron:

—¡Viva la Revolución!

Benno se quedó sin responder. Mientras tanto, Josué volvía a fijar la mirada en algún rincón del cielo. Pensaba en aquel extraordinario cetáceo con el que soñaba en cada ardua mañana. En el sueño, seguía a la bestia hasta lo más profundo del océano y, cuando quería darle caza, la ballena se perdía en lo que parecía ser la inmensidad de una extraña tierra con forma de «triángulo». ¿Qué diablos era aquello? ¿Qué significaba? Entonces escuchaba la dulce voz de una desconocida: «Josué, Josué», llamaba.

Sonó la campana, impaciente, en manos de Schmitt. Los obreros se levantaron del suelo lo más deprisa posible: había que ascender sobre el andamio para cerrar las junturas de las grietas del casco, cubriéndolas con estopa y, posteriormente, fortalecerlas con una capa de masilla y una mano de pintura rápida.

Ψ

Por la noche, una oleada de obreros bajó las escaleras que llevaban hasta el muelle. La línea de barcos quedaba a la izquierda; el muro, a la derecha. Se unieron a muchos otros que ya esperaban allí. En pocos minutos, el estrecho suelo empedrado del muelle desapareció bajo doscientos pares de botas. Capitanes y marineros contemplaban el espectáculo desde sus barcos. No cabía un alfiler en ese tramo del puerto; eran más de cien los que irrumpían con fuerza para escuchar al Predicador. —¡Señores! ¡Debéis forzar a los patrones a que se sienten a negociar! —clamaba Josué desde una caja vacía de ron cubano—. ¿Cómo podéis permitir ser reemplazados por vuestras propias mujeres y vuestros propios hijos? ¿Acaso no veis lo que tratan de haceros? ¡Señores! ¿No es cierto que a vuestras mujeres les pagan la mitad de lo que recibís vosotros? ¿Y no es menos cierto que a vuestros hijos les pagan un cuarto de vuestro jornal? ¿Cómo se explica que, de los últimos quince despidos de esta misma mañana, catorce hayan sido hombres?

—¡Sí! ¡Es la verdad! —repetían los camaradas.

—A ver, ¿quién puede responderme a esto? ¿Por qué cada vez hay más mujeres, niños y esclavos, y menos de nosotros trabajando en la carena?

Decidme ahora si eso de la integración no es una infamia. Yo os lo diré. ¿Cómo el junker iba a hacer la riqueza sino a costa de vuestra espalda?. ¡Fijad vuestros ojos y veréis que sus tierras todavía contienen las llamas de la guerra!. ¿Y qué me decís de las horas?.

—¡Eso es! —se oía a lo largo del muelle.

—A los propietarios se les llena la boca hablando de Inglaterra. Nos dicen, con una estúpida sonrisa burlona que les cruza la cara, lo buenas que son sus leyes. Luego cogen las que les convienen.

—Predicador, ¡¿qué será de nosotros?!

—¡Acordaos cuando, hace algunos años, la vida era próspera! ¿Qué sucedió entonces? El junker metió la mano en cada uno de vuestros bolsillos argumentando que vosotros erais los únicos responsables de la crisis por haber tenido tantos hijos.

—¡Fuera el junker! ¡Fuera! —se escuchaba por primera vez.

—¡Tenían razón! ¡Nosotros somos los únicos culpables porque les hemos permitido demasiado! ¡También a los fabricantes, a esos explotadores! ¡Hijos de las fábricas!

Entonces se oyó un disparo procedente de la calle Fleet. Las cabezas se volvieron rápidamente, presas del nerviosismo. Las apretadas hileras vieron a Otis Feuchtwanger en lo alto de la escalera.

—¡Predicador!

Los camaradas se volvieron para mirar, sorprendidos. El predicador estaba tambaleándose tras la detonación de la pistola de chispa. Josué se palpó el hombro y vio que en sus dedos tenía sangre. Cayó desplomado sobre el frío suelo empedrado del muelle. Estallaron los silbatos. La policía del junker, con Otis Feuchtwanger a la cabeza dirigiendo la operación, cargó contra la multitud:

—¡A la carga! —gritó Otis.

Unos cincuenta agentes se echaron encima de los trabajadores. Bajaron las escaleras del muelle y fueron aporreando todo lo que hallaban a su paso: hombros, cabezas, espaldas... Golpearon duro. Hicieron correr la sangre demasiado pronto. No había hueco donde esconderse. Los camaradas asistían atónitos y apretujados a una terrorífica escena de heridos, de atropellos por piernas plegadas bajo cuerpos inclinados hacia adelante. Estaban atrapados. La única salida era el mar. Nadar hasta perderse. Marineros y capitanes no querían problemas con la policía. Por eso, cuando comenzaron los disturbios, se hicieron los sordos y regresaron rápidamente a sus camarotes.



Sumergido entre el eco difuso de las voces que pedían auxilio desde el muelle, Josué —el Predicador— miró al *Rosalie* y, llenándose de valor, se arrojó al mar profiriendo un grito desgarrador que llevó hasta el límite de su voz. Momentos después, abrió los ojos. Se vio inmerso en la oscuridad, flotando como si hubiera muerto; perdido en la espantosa noche oceánica. Durante algunos segundos volvió a escuchar aquella horrible voz de mujer agonizante que había rescatado de sus pesadillas. Su terrible desgarró le animó a salir a la superficie. Emergió aleteando sin poder sacarse de la memoria aquel grito surgido de la penumbra. Alcanzó la cara del mar, oyendo en su cabeza la lista de los nombres de los que habían sido condenados por aquella sombra que habitaba en las

Bermudas. Entonces vio que se había alejado demasiado del muelle y de los barcos. El agua estaba helada; su frío calaba en la piel hasta los huesos y minaba la esperanza bajo la tenue claridad que desprendía la luna llena. Su rostro pálido asomaba entre la negrura. El mar, también negro, se abría infinito ante sus ojos. Buscó algún atisbo de claridad en la inmensa oscuridad, una luz en la lejanía que le guiara hacia alguna parte. Distinguió la luz de un farol. Nadó de regreso hacia otra parte del muelle. Quería escapar de Hamburgo. Agradecía a Dios por no haberle olvidado allí, pero deseaba salir cuanto antes.

Capítulo 3: EL RELOJERO Y SU HIJO ADOLPH

3 de noviembre de 1840. Había que aceptar que la culpa no la tenía el desgaste de los cojinetes. Antes, empero, Hagen había tenido que desarmar aquel reloj de linterna pieza por pieza. Era un hombre paciente, algo atormentado por los ruidos de la noche; no sabía leer ni escribir; tenía treinta y cinco años y poseía el aspecto del típico gordinflón agradable que, por igual, caía bien y mal a todo el mundo. Muy ordenado siempre, Hagen trabajaba, independientemente del gremio, catorce horas diarias encerrado en casa. No era una persona, digamos, libre, pero al menos disfrutaba al máximo de su trabajo. Amaba la profesión que le había enseñado Johann, su padre (ya fallecido), que a su vez había heredado de Georg, su abuelo, también fallecido. El reloj señalaba las ocho de la noche. A esa hora, Hagen se encontraba en una habitación que se asemejaba bastante a un almacén. Estaba sentado en un taburete devorado por la carcoma, mientras preparaba un pedido muy delicado. Se trataba de un reloj de linterna que le había encargado, nada más y nada menos, que Ademaro de Brito. La noche anterior, el delincuente más peligroso de la zona portuaria había acudido a Hagen disfrazado de «víctima». Quería un reloj de linterna para su primogénito, Alfons, heredero natural de su «imperio de corrupción». Con cada minuto aumentaba la preocupación. Hagen salió de la oscuridad, acercó su rostro a la vela y emergió bostezando. Medio dormido, se rascó la amplia calva utilizando una pinza. Se subió los lentes, que le resbalaban por el constante sudor; se pasó la mano varias veces por la frente arrugada y torció el gesto. Sus labios carnosos se fruncieron entre toda aquella maraña velluda y pelirroja. La noche se le había echado encima. Examinó todas las piezas que se hallaban esparcidas ordenadamente encima de la mesa. Eran hermosas. Parecían estar configurando el universo. Se le escapó un estornudo. Hagen elevó la mirada hacia la puerta.

—¿Es que no duermes? —preguntó Hagen sin apartar la vista del trabajo.

Adolph sacudió la cabeza. Tenía seis años y era una inocente criatura morena de profundos ojos azules y mejillas sonrosadas.

—¿Tu madre otra vez?

—Sí, señor.

—¿Te ha dicho algo?

Adolph negó con la cabeza.

—Puedes contármelo. Esta vez no pienso castigarte. Tienes mi palabra —dijo Hagen, concentrado en lo que estaba haciendo.

Hagen suspiró profundamente. Se quitó los lentes, los dejó encima de la mesa y miró a Adolph:

—Ven, acércate —dijo con voz afectuosa. Adolph se acercó. —Esos sueños que tienes son solo sueños. Tu madre ya no está con nosotros. Desde luego que no existen los calamares gigantes, y mucho menos hombres que viven bajo el mar. Debajo del mar no se puede respirar —suspiró—. Escucha, Adolph, tengo que llevar este reloj a una persona muy importante. Quizá vuelva un poco tarde. Ciérrate con llave y no le abras la puerta a ningún desconocido. ¿De acuerdo?

Adolph asintió.

—Bien —dijo Hagen, y después le besó la frente.

Hagen guardaba un secreto. Él también llevaba semanas soñando con Cornelia. Había visto al calamar gigante; en mitad de aquel tenebroso sueño, batallaba contra la bestia, pero al cabo de un momento se hundía en su tinta negra. Hasta que aparecía Cornelia, con su siempre enmarañada cabellera oscura y, sosteniéndolo, lo libraba de los tentáculos del demonio, depositándolo en una isla desierta.

Tras una hora de intenso trabajo, Hagen terminó el encargo, montó el reloj, se vistió discretamente, salió de casa, cerró la puerta y se encaminó hacia el final de la calle Fleet con el artilugio bajo el brazo, envuelto en papel de estraza. Anduvo entre la gente unos diez minutos, saludando respetuosamente a los que conocía. Dobló la primera esquina. El estrecho tramo empedrado lo dejó en la calle Wandrahm. Se quedó inmóvil mirando la berlina de gala de Ademaro de Brito. Se hallaba estacionada justo enfrente de la barbería de Herr Krause. Levantó los ojos y observó el *fardier* aparcado tras la berlina. Continuó andando, tratando de controlar los nervios, y echó un vistazo de reojo a los dos caballos blancos de pelo largo, los cuales tiraban de la berlina. Pasó por detrás de aquel extraño vehículo de vapor, el *fardier*; se decía que había sido inventado por un tal Cugnot un siglo antes. Pisó la acera. No se veía sombra alguna. Extrañamente, la barbería se encontraba abierta. Entró con paso inseguro. Era la primera vez que estaba allí. A la derecha tenía la puerta de la barbería de Herr Krause, cerrada con llave. Delante, subían las escaleras en dirección al taller; cuatro metros de altura escalonados e incrustados entre tres paredes verdosas de tan impresentable imagen que llegaban a cortar la respiración. Hagen tomó ese camino. Comenzó a subir, apreciando la podredumbre del edificio. Mantuvo el reloj pegado al pecho. Instantes después, solo veía una puerta.

—¡Demonios! —exclamó de pronto la voz de Ademaro de Brito desde el otro lado de la puerta.

Se percibía como una voz tosca, de timbre largo y con una inflexión interrogativa. Hagen reprimió el latido de su corazón. Intuía lo que estaba ocurriendo en ese taller, pero no podía escapar de aquello. Era como tener una nube negra sobre su cabeza. Iba bien de dinero ; era un relojero de talento y muy solicitado. No se fiaba del banco y prefería esconder el dinero en el colchón. Retrocedió por inercia. La puerta se abrió

hacia adentro de manera hipnótica. La acción lo petrificó. Asomó el perfil de un hombre alto, corpulento, vestido completamente de negro. Había algo en su faz extrañamente parecido a un rottweiler; con los ojos ardiendo y la mandíbula inferior saliente. Parecía que el cólera lo hubiera atacado en la cuna, provocándole algún tipo de deformidad. Llevaba un traje austero, ajustado y a rayas. Tenía las orejas demasiado separadas. La frente le caía, arrugada, tapándole las cejas pobladas. Poseía una mirada ingenua, perdida, sin rumbo, sobre una gruesa nariz repleta de cicatrices. No habló. Se limitó a observar fríamente a Hagen, esperando órdenes de dentro.

—¡Perro! ¡Déjalo pasar! —ordenó la voz chillona de Ademaro de Brito.

Aquella gigantesca deformidad que estaba al servicio de Ademaro regresó a las sombras, lo que permitió que Hagen diera sus primeros pasos hacia el interior de la habitación, tomando la precaución de no parecer demasiado nervioso. Nada más pisar aquel denso taller, quedó horrorizado por el cuadro. No avanzó un paso más. El ambiente era tétrico. Había accedido a un espacio comprimido, iluminado por una sola luz tenue. Frente a él se alzaban montones de algodón. Miró a la derecha y vio a cinco hombres en torno a otro que estaba sentado con las manos atadas a la espalda.

—Inténtalo de nuevo —le oyó decir a De Brito.

—El capitán...

—Sí, sí, eso ya lo he oído: el capitán.

—El mar se lo llevó.

Ademaro de Brito y cuatro de sus sicarios, con aspecto de oficiales de aduanas, estaban atormentando a aquel pobre marinero que, para su desgracia, se había convertido en el único testigo de la desaparición del *Saint Louis*.

Ademaro era un tipo enorme, vigoroso, de gran corpulencia, de cabeza ancha y ovalada, hombros elevados, piel pálida y mirada asesina. Sus penetrantes ojos oceánicos, bajo unas finas cejas que al arquearse mostraban la voracidad del demonio, traslucían su naturaleza criminal. Aquella nariz recta, de aletas abiertas, olía el negocio como el depredador que huele la sangre. Rondaría los sesenta años, aunque jamás revelaba su verdadera edad; hacía pensar a los demás que se había quedado anclado en los cuarenta, y pobre del que le llevara la contraria. Iba vestido con elegancia criminal para la ocasión. Su criado le había escogido un redingote negro sobre chaleco y corbatín ancho; unos pantalones entallados color beige, muy rectos, a juego con unos zapatos negros de hebilla dorada. Tenía los pies pequeños.

Los sicarios, que cerraban el círculo, eran tipos altos, de expresión gélida y siniestra, de frente ancha y arrugada, nariz afilada y boca recta. Parecían todos hermanos. Uno de ellos, el más bajo, se volvió hacia Hagen y lo repasó de arriba abajo en solemne silencio. Se encontraba a poco más de un metro de él.

Ademaro irguió la cabeza y vio a Hagen esperando.

—Adelante —ordenó afónico.

A la orden, los cuatro sicarios se arremangaron y dejaron caer sus puños sobre el marinero. Hagen estaba totalmente horrorizado. Aquellos hombres golpeaban sin misericordia. El marinero lanzó un alarido de dolor.

—¡Que no grite! —advirtió Ademaro, quien acto seguido levantó los ojos al cielo, sacudió la cabeza indignado y se encaminó hacia Hagen.

Hagen iba contando los pasos que faltaban para que el criminal lo alcanzara. Ademaro se detenía de vez en cuando, como jugando con su agonía.

—¡Os he dicho que no grite! —se volvió a quejar, de camino.

Resultaba imposible no sentir lástima del desgraciado. Aquel pobre marinero sangraba en abundancia por los golpes, mientras Ademaro sacaba de su bolsillo una cajetilla de tabaco de la marca Schlottmann y se fumaba un puro. «¡Y cómo lo saboreaba el muy vil!». Chupaba la perilla como si fuera la teta de su madre, que jamás había probado: todo aquel pezón negro y chaparro de doña Flaviana había ido siempre a parar a la boca del único hermano de Ademaro, Federico, víctima del cólera.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Ademaro a Hagen.

Hagen intentó abrir la boca, pero el terror no le permitía articular palabra. Balbuceaba como pez fuera del agua.

—¡Maldita sea! ¡Os he dicho que no...

En un arranque de furia, Ademaro tiró el habano al suelo y se abalanzó sobre el pecho de Hagen. Le arrebató el reloj de linterna y volvió sobre sus propios pasos alzando el artillugio por encima de su cabeza como un gorila enervado. Lo estampó, todavía envuelto en el papel de estraza, contra la cabeza de aquel marinero, matándolo al instante.

—¡Ja! —exclamó, al tiempo que se limpiaba las manos en el redingote—. ¡Desaparecen mis barcos! ¡Desaparece mi mercancía! ¡Y la culpa la tiene el mar! ¡No lo toleraré! ¡Encontraré al responsable y se lo haré pagar caro! —clamó en un pésimo alemán, con un acento tosco, cortado, de puro socarrón siciliano.

Muerto de miedo, con la intención de salir de allí cuanto antes, Hagen tuvo que soportar la terrible sensación de estar enjaulado un buen rato con aquellos asesinos. Ademaro miró fijamente a los ojos de Hagen. Podían verse reflejadas en sus pupilas las olas de la locura.

—¿Cómo has permitido que hiciera eso? ¿Qué clase de relojero eres tú? —le acusó, aún con la sangre brotando del cadáver.

Ademaro estaba brutalmente loco. El arcoíris eléctrico le surcaba los ojos, hasta el punto de que rodeaba sus densas pupilas de psicópata.

—Sácalo y pégale un tiro —ordenó Ademaro al «Perro», señalando con el dedo a Hagen.

El destartalado personaje de la nariz cortada dejó caer su gruesa mano sobre el hombro de Hagen.

—¿Tiro su cadáver al mar, como siempre? —preguntó el Perro.

—Sí, sí —respondió Ademaro, haciendo aspavientos con las manos.

Hagen tenía el rostro descompuesto.

—Pero, herr de Brito —intervino uno de los cuatro, uno de cabello corto y ojos bajos.

—¿Qué!

—¿Y si también lo ve alguien? Quiero decir, son muchos ya; la gente comenzará a hacer preguntas —dijo aquel mismo sicario.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejarlo ir sin más?

Se quedaron todos en silencio.

—Fuera —mandó Ademaro—. ¡Que te vayas! ¡Fuera de aquí! ¡LARGO!

«El Perro» puso a Hagen fuera. Permaneció un segundo observándolo y, después, le cerró la puerta en las narices.

Hagen salió de allí sin dinero, sin reloj y con el claro convencimiento de que se había convertido en el único testigo de un crimen cometido por el hombre más influyente de Hamburgo.

Capítulo 4: ALFONS DE BRITO Y SAMEDI

4 de noviembre de 1840. Estaba muy tranquilo, sentado junto a la ventana del Grolsch, apartado completamente del resto, viendo como nevaba. Tenía una taza de café en las manos, entre sus guantes de lana cortados, de los cuales, sobresalían unos gruesos dedos pálidos, arrugados, chafados, perfectamente hechos al tacto de «La Sangradera». No podía sujetar la taza de otra manera; debía hacerlo como si del arpón se tratara. Era un cazador de ballenas, un lobo de mar, un asesino que se sumergía en lo más profundo de los pensamientos de su presa. Aldrich se llamaba, aunque todos le conocían por el sobrenombre de «El Tuerto». Tenía cuarenta y nueve años, aunque dejó de contar a partir de los treinta porque, en aquel fatídico día de 1821, una gigantesca monstruosidad marina —según contaba él, un kraken— les hizo zozobrar en pleno corazón del Mar de los Sargazos. De veintitrés tripulantes solo quedaron tres: el alférez de fragata Mogens, al que tuvieron que amputarle las dos piernas; el guardamarina Svend, que perdió la capacidad de hablar; y, por último, el marinero Aldrich, que salió mejor parado que los otros dos supervivientes pese a que lo encontraron con el eje del timón clavado en un ojo. «El Tuerto» volvió la cabeza en cuanto oyó la puerta. No ocultaba la cuenca de su ojo, hundida en un cráter de sangre cauterizada. Intimidaba. Tal vez por eso lo hacía. Los pocos clientes que pasaban la tarde en el Grolsch degustando una buena dorada le asaltaban con la mirada, intentando escudriñar en aquella cabeza afeitada de tan misterioso contraste con la luz. Su rostro los petrificaba. Parecía como si hubieran pasado toda la noche y parte del día siguiente golpeándolo por un solo lado. No tenía expresión. Era frío como el hielo. Miraba con el ojo sano inmerso en el apetito, luchando constantemente contra los agujeros muertos.

La puerta del Grolsch se cerró. Aldrich, «El Tuerto», retiró las manos de la taza de café, se sujetó por la solapa de su redingote negro y se arropó. Sentía frío ante los extraños que venían a su encuentro. Uno era africano, de gran estatura, vestía como un clásico enterrador de pueblo: chistera y traje fúnebre impecable. Marchaba detrás de otro hombre más joven con pinta de colono; el heredero del imperio de la mafia de Hamburgo, el primogénito de Ademaro: Alfons de Brito. Alcanzaron la mesa que se encontraba junto a la ventana. Sobre la misma había un cirio blanco. Aldrich se levantó, acercándole la mano. Alfons la estrechó y se sentó decididamente mientras el africano continuaba de pie. Aldrich, «El Tuerto», le repasó de abajo arriba sin pronunciar palabra. Había visto a muchos africanos como este en los barcos de Kaster. «Africano o caribeño, seguro», pensó. Después, escupió en una escupidera que se encontraba cerca

—Espera fuera, Samedi —dijo Alfons con un tono pausado. La vigorosa masa oscura inició la marcha lenta hacia atrás, de regreso a la puerta. En el Grolsch no querían ni animales, ni negros.

Alfons era el clásico galán de la época. Uno de esos nuevos mafiosos «de gusto». Un «criminal de guante blanco», mucho más frío y, por consiguiente, lúcido que su visceral

padre. Llevaba un traje a medida aristocrático de color negro, sin sombrero de copa; frac, levita tipo Spencer, corbatín con cuello alto, calzón y zapatos negros con hebilla, todo a conjunto. Alfons fingía estar relajado. Había pasado mala noche. Metió la mano aún sudorosa en el bolsillo izquierdo de su redingote gris. Sacó una cajetilla metálica de tabaco cubano con el sello de la marca «La Eminencia». La hizo notar a propósito para que se escuchara. Seguidamente, sacó un cigarrillo fino, negro azabache. Se lo llevó a la boca. Después, metió las manos en los bolsillos. Primero una y después otra. Palpó la chaqueta con cierto frenesí. No encontraba los fósforos.

De repente, escuchó el fósforo raspando el papel de lija. «El Tuerto» levantó la mirada. El dueño, Joseph Grolsch, había encendido el cigarrillo de Alfons

—Gracias, es usted muy amable —dijo Alfons con impecable acento alemán.

Joseph Grolsch asintió y regresó a su lugar. Alfons dejó la cajetilla sobre la mesa, puso cuatro de sus dedos sobre la tapa y la arrastró hacia Aldrich con intención de ofrecerle un cigarrillo. «El cazador» declinó “saludando” con la mano abierta y los dedos juntos. El idioma escogido para comunicarse sería el italiano. Alfons, que era de tez beish y faz alargada, físicamente siciliano, con el cabello negro frondoso, liso y rapado por ambos lados, habló con los característicos gestos llamativos de la tierra de su padre, Ademaro, y de su madre, doña Salvatrice. —¿Qué has podido averiguar? —preguntó Alfons, inquieto.

«El Tuerto» oteó rápidamente el entorno. Se aseguró de que nadie estaba mirando. Solo entonces habló:—El Saint Louis no está en manos de los gabelotti. Tampoco lo tienen los camorristas —explicó.

—¿Entonces? ¿Quién ha sido? ¿Los Peaky Blinders?

—No.

—¿Los cubanos?

—Tampoco.

—¿Piratas?

—Podría ser —dijo el Tuerto—; son los únicos que tienen la capacidad para hacer desaparecer un barco. Pero por esa zona no navegan. Temen al mar. Tienen miedo de lo que pueda haber allí.

—Entonces, ¿qué demonios pasa? ¿Quién se lleva nuestros barcos? —preguntó Alfons, inclinándose hacia adelante.

—No sabría decirle aún.

—Dices que los piratas temen esa zona. ¿De qué tienen miedo?

—Superstición y folclore. Nada más —respondió Aldrich.

—Cuéntame —insistió Alfons.

—Dicen que allí habitan demonios del «Averno».

Alfons miró atentamente al «Tuerto». —¡Ja! —exclamó después, incrédulo. Dio una calada—. Todo esto tiene un único fin, el de la conspiración. Yo mismo voy a atravesar

esa área fantasma y a encontrar a los culpables. Le demostraré a mi padre que esto es obra de ladrones. No olvides esto que te digo, «Tuerto»: se trata de ladrones.

—No lo olvidaré, señor —dijo el Tuerto—. Parece cansado.

—No es asunto tuyo —espetó Alfons al tiempo que daba otra calada, nervioso.

—¿Sueños? —preguntó Aldrich.

Alfons se quedó congelado. No sabía si contestarle.

—Sí —confesó finalmente.

—¿Ha probado con opio?

—No sirve.

—¿Qué forma tiene la pesadilla? —preguntó «el Tuerto» con extraño interés.

—No fue una pesadilla. Era la voz de mi madre.

—¡Ah! Que en paz descanse doña Salvatrice. Maldito cólera, que se los llevó a todos —se lamentó «el Tuerto».

Alfons sintió un escalofrío. Apagó el cigarro contra la mesa. Se puso en pie de golpe. Sacó un par de monedas y las dejó sobre la mesa. Estaba patidifuso.

—Volveremos a vernos —dijo Alfons.

Samedi esperaba la vuelta de Alfons con la calma de siempre. Este empezó a caminar sin rumbo hasta que llegó al carruaje. Se subió al pescante, lamentándose por ese sueño «malévolo» que había tenido. Sujetó las riendas. Ante él se hallaba toda la calle Fleet, sobre la que seguían volando copos. En ese instante salió Alfons y ocupó el asiento trasero.



Samedi dejó a Alfons frente a una enorme casa porfiriana, vallada, en brecha con la calzada, incrustada en la periferia del barrio Kehrwieder.

Alfons empujó la verja. Recorrió un largo pasillo entre dos largos muros de jardín cubiertos de nieve. Llamó a la puerta. Inmediatamente le abrió Raoul, un hombre negro de unos cincuenta años.

—Bienvenido a casa, patrón —dijo Raoul.

Alfons no cruzó palabra. Entró en la casa. Se quitó la chaqueta, parcialmente cubierta de nieve. La dejó en manos de Raoul de camino al salón. Pasó a una lujosa estancia decorada con cabezas de animales. Había también allí muchos muebles de caoba. Antes de entrar ya había visto a su padre, Ademaro. Se encontraba encajado en su sillón predilecto junto al fuego, despegando las páginas del *Times*.

—Estos ingleses se creen que lo saben todo —se quejó Ademaro.

—Odiáis Inglaterra. ¿Qué os importa lo que pase allí? —preguntó Alfons.
—Al junker le importa. Se están produciendo cambios.

Los relojes dieron las cinco de la tarde. Ademaro cerró el diario. Se levantó del sofá. Se dirigió hacia Alfons. Le cogió las manos enérgicamente. Despegó sus labios. Lo saludó con un beso en cada mejilla. Se apartó de pronto. Fue a echar una copa. Había una botella de vino de Burdeos colocada en el centro de una mesa redonda.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ademaro.

—Nada —respondió Alfons.

—No tienes buena cara —le dijo Ademaro, sabiendo que mentía—. ¡Ten! —Le ofreció inmediatamente una copa. Alfons recogió el vino. Prosiguieron: —¿Qué te ha dicho «el Tuerto»? —preguntó Ademaro.

—Que no se trata de ninguna de las familias. Dice que podrían ser piratas —respondió Alfons.

—Los piratas asaltan barcos, no se los llevan enteros —reflexionó preocupado Ademaro.

—¿Te dijo algo el «Pichón»? —preguntó Alfons, refiriéndose al marinero que había sido asesinado la noche anterior.

—Nada. Se fue a pique cuando empezaron a golpearlo —comentó Ademaro sin entrar en detalles.

—Yo mismo haré ese maldito viaje y te traeré a los culpables para que los cuelguen.

—No lo veo, hijo. Podría ser muy peligroso.

—Soy un De Brito. Ningún hombre se atreverá a ponerme las manos encima.

—Eso seguro. Le echaría a todo el junker encima.

Ademaro se bebió el vino de un tirón. Después dijo: —Pero no lo sé, sigo sin verlo claro.

—Reforzaría nuestra posición. Será como dar un golpe definitivo sobre la mesa. Las otras familias están sufriendo lo mismo. Seremos héroes. Harán después lo que les pidamos.

—Tengo que pensarlo —dijo Ademaro amargamente.

—No hay nada que pensar, padre. Nos han robado tres barcos. Estamos haciendo el ridículo.

Ademaro asintió preocupado.

—Sabes que tengo razón.

—La tienes, hijo... la tienes —dijo Ademaro resignado.

—Prepararé el viaje —dijo Alfons con los ojos encendidos.

Ademaro hizo ademán de hablar, pero ya era demasiado tarde. Alfons estaba entusiasmado con la idea de «jugar» a eso de policías y ladrones, y nada iba a pararle.



La pesadilla despertó a Alfons a eso de las tres de la madrugada. Abrió los ojos y miró el reloj de sobremesa francés, estilo Luis XV, bañado en oro. Volvió el rostro hacia su querida esposa. La bella Brechtje dormía plácidamente, acurrucada en el lado izquierdo del lecho matrimonial. Emanaba un perfume de mar. Su piel era blanca como la nieve. Tenía el cabello largo, rubio y ondulado, acostado sobre la almohada Gryphon de estilo gótico, bordada en hilo rojo. Sus pulmones respiraban ampliamente; se hinchaban bajo su pecho oculto por un camisón blanco de algodón. Se hallaba profundamente dormida junto a Alfons en un lecho de nogal tallado recubierto de raíz de sabina.

Alfons se quedó pensativo unos segundos. Luego, retiró la sábana despacio. Puso sus sesenta y siete pulgadas sobre un suelo de parquet en mosaico. Dirigió sus pies hacia la ventana. Anduvo, aún con los gritos de aquellos que se quemaban. Sus ojos se fijaron tras el cristal. El panorama que tenía delante era el de un Hamburgo amurallado, ocupado por miles de casas en decadencia, con el Elba de fondo sesgando el lejano horizonte. «En estas condiciones resultaba imposible continuar. Habría que reconstruir la ciudad», pensaba, mientras veía todo aquel paisaje que acababa de ser devorado por su pesadilla. «Quizá lo más prudente sería no embarcar», llegó a decirse.

El mar le había dado una fecha exacta de la catástrofe: el 5 de mayo de 1842, Hamburgo arderá. «El Triángulo» se lo había dicho mientras dormía.

Capítulo 5: ALDRICH EL TUERTO

5 de noviembre de 1840. Aldrich salió del Grolsch a las siete de la tarde, hondamente cabizbajo. Arrojó los pies a la nieve. Tenía prisa por avanzar. Se le había echado la hora encima. Sus ojos se movían inquietos de un lado a otro de la calle buscando algún cochero. De pronto, apareció uno.

—¡Kutsche! —llamó alzando la voz.

La berlina lo advirtió al instante. El cochero la condujo hasta los pies de Aldrich. «El Tuerto» sacó un chelín de su bolsillo y lo dejó caer en una de las manos de aquel hombre tieso, de impecable vestimenta de frac, que debía rondar los sesenta años.

—Sankt Georg —le indicó.

De la boca del cochero no salió ni una palabra. Aceptó el pago y esperó con expresión hermética a que Aldrich, «el Tuerto», abriera una de las puertas laterales de la caja y entrara. Una vez dentro, el cazador se sentó, cerró la puerta contemplando la noche y se acomodó, entregando su espalda gravemente deformada al confortable asiento de la berlina. Inmediatamente después, oyó el latigazo de la fusta. Se pusieron en marcha.

Ψ

Se sentía extrañamente encerrado. Aquello arrancó atravesando la niebla. Podía escuchar los recios golpes de fusta mientras veía correr a su izquierda parte de los edificios de la calle Fleet. La nieve había dejado de caer. El vaivén del carruaje hizo que se acordara del kraken. Aquel monstruo marino de más de treinta metros de largo copó todo su pensamiento. Desde entonces, no había podido olvidar. La bestia mutilaba sus sueños. Todas las noches veía a la criatura asomar la gigantesca cabeza de entre los restos del Lady Elizabeth.

Poco a poco, y muy lentamente, se iba erigiendo, acrecentando su aparición sin ninguna buena intención. «El Tuerto» lo recordaba así:

Estaba él sobre una tablilla, completamente horrorizado. Los Ojos del demonio no se movían. Parecían en el óbito. Aquello no era de este mundo, ciertamente era espantoso. Los tentáculos se elevaban por encima de la destrucción del Lady Elizabeth, en el Mar de Angola. Las ventosas hacían el tamaño de un carro. Bajo su forma circular rayaba el último destello del sol antes de ocultarse.

La berlina tomó la calle Deichstraße. Estaba silenciosa. Sus largos y vacíos edificios, envueltos en una solemne y densa niebla, parecían ser parte de una interminable pesadilla. Eran utilizados como oficinas; nunca se llenaban de gente, ni a la luz del día.

Aldrich seguía pensando en el kraken mientras el carruaje la atravesaba velozmente. Reflexionaba profundamente, hallando en el chirriante sonido del buje los momentos más espantosos que recordaba:

Aquella inexplicable cosa, de la que salía un ruido espantoso, se consolidó entre los restos del Lady Elizabeth. Aldrich lo tenía delante. No había hecho ni un solo movimiento. Inspiró hondo. Contuvo el aire y lo expulsó lentamente por la boca. Lo que salió fue una nube gélida. La noche caía sobre el naufragio. Había un largo silencio entre el kraken y Aldrich. No sabía qué hacer. Se agarraba a la tabla como bien podía. El viento comenzaba a enfurecerse; sembraba la tormenta. Finalmente, oyó cómo la ventosa se arrugaba sobre su cabeza. Percibió un solo atisbo del tentáculo. El latigazo lo sacó disparado. Instantes después, tenía el eje del timón clavado en el ojo.

La berlina entró velozmente en otra calle, cubierta de humo industrial. Luego atravesó otra de aspecto horrible. Así, hasta diez veces, subiendo en dirección al suburbio de Sankt Georg. «El Contacto» lo esperaba allí. Pasó un buen rato hasta que llegó. Sentado en el asiento, observaba a través de la ventanilla toda aquella parte del suburbio. Era un lugar arruinado, de aspecto siniestro y sobrenatural, que ansiaba ser quemado. Hacía peor tiempo allí. Los pobres se apartaban vergonzosamente del camino. La berlina dejó atrás la iglesia de San Nicolás. Aldrich la había visto arder en sus sueños. Luego, giró bruscamente hacia la derecha, otra vez a la derecha, corriendo por entre los árboles de copa blanca, sin un solo obstáculo, libre, hasta el muro de «Neue Burg», cercano a la ciudad de Altona.

En el confín del tortuoso camino se hallaba una casa sola, maldecida cientos de veces en todos los sermones del pastor de la iglesia de San Nicolás, herr Carl Moenckeborg. Madame Greene vivía en esa casa de madera, mansamente ubicada frente al tramo del muro, entre dos torres que miraban hacia «la aguja de la iglesia». La tierra allí subía y bajaba; el olor a podredumbre manaba de todos los rincones, y en algunas zonas provocaba hasta náuseas. La basura se amontonaba y se acumulaba en toda la calle. Había grandes bultos deformes que se hacían claramente desagradables a la vista.

—¡Agua va! —gritó una voz femenina.

El aviso había sido exacto. La berlina pudo sortear el agua mezclada con excrementos sin mayor dificultad. Atravesó aquel vertedero de porquería abundante. Circuló durante cinco o seis minutos más. Se detuvo finalmente frente a un «Divino Yggdrasil», un viejo fresno sin hojas, de tronco grueso, que engendraba miedo.



Había estado visitándola por semanas. Le había confiado todos sus ahorros. El Tuerto tardó en abrir la puerta. Era sensible a todas aquellas historias que circulaban acerca de

las desapariciones. «El Contacto» hablaba de un «tetragrama» hebreo perdido en esa misteriosa zona que se estaba llevando barcos y tripulaciones enteras. De camino a la casa, «el Tuerto» pensaba en todo esto. A pesar de lo que iba a encontrarse allí, estaba dispuesto a perseguir el rastro del kraken hasta el fin del mundo. Aldrich salió del coche. Sorteó el fresno. Se encaminó libre, alejándose de la berlina. Se fue directo hacia la puerta de la casa de Madame Greene. No vaciló en el paso. Se apartó de las ramas. No se dejó enredar por su deprimente estado dominado por la vejez, la fatiga y el desánimo. Continuó eludiendo los baches del terreno. Ahí estaba la puerta, a tan solo unos pasos; la vetusta e insólita puerta de la casa de Madame Greene, tallada en madera de roble con el símbolo grabado del Sefirot. Ningún hombre se atrevía a cruzarla.

—¡Ea! —gritó el cochero, azotando las riendas. La berlina salió a toda prisa del suburbio de Sankt Georg.

Aldrich se la quedó mirando con su ojo bueno. Bajó el ojo. Comprobó que el fango había amortiguado sus pies. La puerta estaba delante. Levantó la mano y cerró el puño. Tenía la clara intención de llamar. Entonces, la puerta de Madame Greene se abrió por inercia con una intensidad imparable; hacia adentro, de forma tan sobrenatural como para atraer su paso. No dudó. Avanzó, fijando la mirada en la «boca del lobo». Entró en la casa de Madame Greene directo, como lo había hecho en los «siete mares», sin el menor miedo.

—¡Hallo, Bart! —escuchó de fondo.

Era la voz de un loro. La del típico que acompañaba al «pirata» en todos sus viajes. A este le faltaba un hombro sobre el que posarse. Permanecía enjaulado justo a la entrada de un largo pasillo con forma de madriguera en el que casi no se distinguía luz.

—¡Hallo, Bart! ¡Hallo, Bart!

El roce de la pared era continuado. El ojo sano del Tuerto se iba apagando con la oscuridad de la casa.

—¿Qué hay que hacer? ¡¿Qué hay que hacer?! —repetía el loro.

De repente, «el Tuerto» chocó con algo. Sintió el frío hiriente del hierro oxidado bajo la camisa. Este le rasgó el velludo pecho. Pero Aldrich estaba dotado de una fuerte musculatura. Así que levantó los ojos y vio allí al loro, fijándole la mirada desde el interior de una pestilente jaula colgante. Era de cabeza amarilla, frente azul y pico negro. Al pobre animal le habían cortado las tres primeras plumas remeras, por lo que jamás podría volver a levantar el vuelo. Siguió adelante sin examinar el lugar, seguro de no tropezarse con el ajuar egipcio de Madame Greene. Allí había de todo: desde una réplica del dios Anubis hasta un trono de «oro falso». Sorteó los objetos que se

acumulaban. De pronto, apareció en el camino un cofre pintado; después, una silla de ébano envuelta en telarañas; seguido, una caja de Senet (Juego de mesa egipcio); por último, una clásica tumbona romana junto a la pared. Aldrich dobló la esquina del recibidor. Nada más iniciar el camino, flexionó un poco las rodillas porque el techo se sentía demasiado cerca; además de que no se veía nada. Siguió el curso de los viejos muebles hasta el comedor. Se coló finalmente, arrastrando los pies por un suelo polvoriento. Luego, caminó lento hacia la gruesa mujer ornamentada de baratijas que en ese preciso instante se echaba las cartas del destino.

Madame Greene alzó la mirada. Lo hizo con seguridad. Dos candelabros de tres brazos, situados a un lado y otro de la mesa, soportaban las velas que iluminaban a la bruja, dotándola de una falsa aura menguante. Permanecía sentada contra la pared, en clara actitud parsimoniosa, observando al visitante con una sombra desagradable bajo sus grandes ojos negros. «El Tuerto» frenó. Tenía una silla delante aguardándole. Alargó la mano, retiró la silla muy despacio, se sentó, puso los codos sobre el tapete violeta de Madame Greene y cruzó los dedos. Estaba nervioso. Tenía ganas de empezar. La mujer debía rondar los sesenta años. Era muy blanca de piel. Miraba fijamente a los ojos, eléctricamente, como si estuviera buscando algo en todo momento. Tenía la cara redonda, tanto, que parecía hinchada; la boca, gruesa, dotada de “cierto” tic desagradable, parecía preparada para hablar en cualquier momento. Era de labios carnosos y nariz chata. Sobre la cabeza llevaba una falsa tiara ceñida a su cabello rojo crispado, semejante a la llama. Lo cierto era que a Aldrich le deslumbraba la llamativa vestimenta de Madame Greene, pues aquella mujer teutona, de agrio carácter holandés, que se expresaba en un mal alemán adrede para parecer extranjera, llevaba uno de esos típicos atuendos llamativos de pitonisa color esmeralda, elegido especialmente para la ocasión.

Madame Greene comenzó a entremezclar las cartas del destino. Movía los dedos como si estos quisieran hablar.

—¿Qué hay que hacer? —preguntaba a las cartas, abriendo simultáneamente los ojos.
—¡¿Qué hay que hacer?! ¡¿Qué hay que hacer?! —repetía su loro, Bart, imitándola.

En ese momento, la pitonisa dejó de barajar. Echó una mirada de enojo hacia el pasillo, por donde le había llegado la corriente de aquel gorgoteo de timbre simpático y, a menudo, impertinente. Tomó aire. Cerró los oídos. «El Tuerto» fijó el ojo en el pedrusco azul que la pitonisa llevaba en el dedo corazón. Valía menos que un sombrero agujerado.

Madame Greene respiró silencio. Seguía barajando las cartas cuando, de súbito, se levantó y dejó su lugar a un hombre maduro, de entre cuarenta y cincuenta años, no muy alto, con el cabello canoso compactado y peinado de lado. Este misterioso individuo llevaba una curiosa gabardina de color beish que, a decir verdad, nada tenía que ver con la época en la que se hallaba Aldrich.

La acción se desarrolló instantáneamente. La farsa se había quedado ahí. «El Tuerto», como si nada, vio salir a la pitonisa con la baraja marselesa en la mano. El hombre misterioso ocupó su lugar.

—¡Bruja! ¡Bruja! ¡Devuélveme el dinero! —chillaba el loro Bart.

«El Contacto», como lo llamaba «el Tuerto», se había quedado contemplativo. Parecía de otro tiempo. Era un tipo paciente. Su voz sonaba rotunda, cargada de poderío. Dejó caer las manos sobre el tapete de Madame Greene en actitud conciliadora. Hizo la pausa del fumador. Acto seguido, metió la mano en el bolsillo de su gabardina. A continuación, sacó una solitaria llave antigua de latón y la depositó sobre la mesa.

—Bernhardstraße, 13 —le indicó el hombre misterioso, sin poder quitarse su refinado acento inglés.—Que tenga buena suerte.

El hombre de pelo canoso se empujó hacia atrás para levantarse. Se disponía a marchar sin dar ningún tipo de información.

—¡Cómo! ¡Espera! ¿Eso es todo? ¿Ya está? —preguntó excitado Aldrich, «el Tuerto».

—No —hizo una pausa—; llévate al loro.

—No pienso llevarme a ese condenado animal.

—¡Tuerto ladrón! ¡Tuerto ladrón! —gritaba Bart, enervado.

Aldrich hizo el gesto de ir a estrangular al loro. Mientras, «el Contacto» se levantó despacio.

—¡Espera! ¡Aguarda, «masón»! —dijo Aldrich.

El misterioso hombre de gabardina beish torció el cuello en dirección a Aldrich.

—¿Qué hay de mi dinero? —preguntó «el Tuerto».

—Está en esa dirección —respondió «el Contacto», señalando la llave de latón.

—¿Qué hay allí? —volvió a preguntar «el Tuerto», cada vez más nervioso.

—Una casa.

—¿Seguro?

—Queremos al kraken vivo, señor Aldrich.

—¿Por qué tengo que embarcarme en el Rosalie? ¿Por qué no puedo llevar mi propio barco?

—Usted no tiene ningún barco.

—Ustedes son ricos. Podrían darme uno.

—Creí que había quedado todo claro, señor Aldrich —advirtió «el masón».

—¡Al menos, dime por qué demonios tiene que ser el Rosalie! ¡¿Por qué esa porquería apestosa de barco?! ¡¿Qué es lo que tiene?! Solo quiero saber eso. Estoy harto de tanto secretismo.

—El Rosalie es el único que puede atravesar «la zona fantasma».
—¡Maldita sea!... ¿Qué es una zona fantasma?
—Eso no debe preocuparle. Su única misión es atraer al kraken hacia el barco.
—¿Estás seguro de que aparecerá?

«El masón» se fue yendo hacia la puerta.

—¡Eh! ¡Oye! ¿Y qué diablos le cuento a la gente del barco?
—Usted es cazador. Viaja por todo el mundo. Algo se le ocurrirá.
—¿Y el maldito loro qué tiene que ver?
—Apáñeselas como pueda. Pero lléveselo —se limitó a decir «el masón».
—Nada más ponga un pie en el barco lo tiro por la borda —reflexionó «el Tuerto».
—¡Cretino! ¡Cretino! ¡Paga tus deudas! —gritó Bart.
—Si lo hace, puede morir —dijo el masón desde el pasillo.
—¿Insinúa que puede salvarme la vida? ¿He entendido bien? —preguntó Aldrich, alzando la voz.
—Puede ser —se oyó decir al «masón» con una voz cada vez más debilitada por la distancia.
—¡Diantre, no! —maldijo Aldrich.
—El águila, el lobo, el gato, el loro... son animales que están en permanente contacto con el otro lado. Si fracasa, ese animal es el único que puede ayudarle a encontrar otros puntos ciegos. Eso sí, jamás debe dejarlo salir de la jaula —explicó la voz del «masón» hasta perderse.
—¡Masón! ¡Masón! ¡Cretino! ¡Paga tus deudas!

«El Tuerto» se relajó. Dejó que el masón abandonara la casa. Se quedó mirando la solitaria llave de latón. La recogió y la guardó. Después se levantó de súbito, abandonó el comedor, recorrió el pasillo, cogió la jaula de Bart al vuelo y salió corriendo de la casa de Madame Greene, olvidando una vez más todo lo que había pasado allí.



Una hora después, la berlina estaba frente a la puerta número 13 de la Bernhardstraße. Se había quedado detenida en mitad de una calle de largo recorrido que comunicaba Sankt Pauli con la plaza de San Miguel. Las casas allí estaban muy juntas. La mayoría de las fachadas estaban siendo atacadas por la humedad; todas eran de un color amarillo pálido. Dentro convivía gente, familias enteras que a esas horas dormían juntas entre cuatro paredes. «El Tuerto» se bajó del carruaje con la jaula del loro. Pagó el viaje. Dio un paso al frente. Terminó de cruzar la calle. Se plantó frente a la puerta 13. Sacó despacio la llave de latón. De un modo sencillo, común, introdujo la llave en la cerradura y la volteó dos veces. Solo tuvo que empujar la puerta. Esta se abrió.

—¡Tuerto! ¡Paga tus deudas!

«El Tuerto» apareció de pronto sobre un pasillo iluminado por velas. No se atisbaba obstáculo. El viento allí era gélido; ululaba salvaje produciendo una voz suave. Aldrich puso los pies dentro. Volvió a cerrar la puerta y avanzó cauto, esperando a que en cualquier momento ocurriera algo inesperado. La vivienda era de una sola planta. Nada más entrar, se apreciaban en el pasillo dos líneas paralelas de candelabros iluminados. No asomaba un solo mueble. Allí no había nada. La casa estaba completamente vacía, como si jamás hubiera sido habitada. «El Tuerto» atravesó todo el pasillo hasta el comedor. Se detuvo delante de un cuarto que inspiraba desconfianza. La puerta estaba cerrada. Tenía la impresión de que alguna cosa se movía dentro. Se oía un ruido liviano, como de corriente. Sujetó el pomo y giró despacio hasta oír el clac. Entonces, la puerta se abrió. De repente, Bart empezó a gritar. «El Tuerto» casi pierde el equilibrio del susto. Soltó la jaula. Le lanzó un puntapié, pero no llegó a darle del todo. La jaula se alejó rodando.

—¡Qué susto me ha dado el maldito loro! —dijo el Tuerto con la mano extendida sobre el pecho.

Recuperó el ímpetu rápidamente. Entró, como solía hacerlo en «el Grolsch», de un modo decidido. Accedió a una extraña habitación incolora con una solitaria mesa de nogal en el centro. Sobre la misma, había dos candelabros, una especie de maletín de cuero que no se correspondía a la época y un libro tamaño bolsillo del que se intuía un gran conocimiento.

«El Tuerto» se acercó despacio. Tras la mesa, veía una ventana abierta que daba al Elba. Por allí irrumpía la corriente marina que agitaba la casa. «El Tuerto» bordeó la mesa y se asomó a la ventana. La noche se extendía constante. Pudo contemplar el puerto y al Rosalie, anclado en el muelle, preparándose para zarpar en la mañana del día siguiente. Llevó su atención a la mesa de nogal. Extendió los dedos y tocó aquel extraño libro que parecía engrandecerse ante su presencia. Palpó la tapa y la abrió. Pasó cuatro, cinco hojas muy rápidamente. Miró los dibujos. Aldrich no sabía leer, así que se alejó de él corriendo y fue a poner las manos sobre el maletín. Buscó la manera de abrirlo. Creyó que podría hacerlo bruscamente. Quiso meter los dedos en la hendidura y, sin querer, apretó el botón. El maletín se abrió solo. Un brillo desconocido encendió su rostro. «El masón» había cumplido su palabra. Cogió el maletín. «¡Cómo pesan las monedas de plata!», pensó con una sonrisa plena de felicidad. «El Tuerto» era un hombre rico. Ya no tenía motivos para embarcarse en el Rosalie. Podía coger todo ese dinero y huir. Sin embargo, tenía cuentas pendientes con el kraken, y ni toda la plata del mundo podría hacerle cambiar de opinión. Quería tomarse su venganza. Se lo iba a entregar a ese hombre. Se marchó de allí con la plata. Cogió al loro por aquello que le había dicho «el Contacto» y regresó a su choza, olvidándose del libro. «¿Para qué quería un libro si no sabía leer?», pensó.

La puerta se cerró. Se oyó de nuevo girar la llave de latón. El viento sopló fuerte. Apagó todas las velas de la casa. Se hizo la oscuridad. La luna miró entonces hacia aquel misterioso libro. Su claridad descubrió el título:

EL TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

Por Charles Berlitz, 1974

TRIPULACIÓN DEL HMS ROSALIE

<i>Name</i>	<i>Age</i>	<i>Hometown</i>
<i>Bishop, James Mr. Frederick</i>	<i>59</i>	<i>St. Ives, Cornwall, England</i>
<i>Castro Lopes, Luis</i>	<i>Unknown</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Chevré, Germinal</i>	<i>56</i>	<i>Paris, France</i>
<i>Chevré, Rosalie</i>	<i>14</i>	<i>Cherbourg, France</i>
<i>El-Hadary, Hammad</i>	<i>Unknown</i>	<i>Egypt</i>
<i>Howe, Joseph</i>	<i>32</i>	<i>Hamburg, Germany</i>
<i>Moussa, Jules</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>
<i>Omont, Paul</i>	<i>47</i>	<i>Toulon, France</i>
<i>Padron Ovies, Ernesto</i>	<i>Unknown</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Parr, Archibald</i>	<i>32</i>	<i>Dublin, Ireland</i>
<i>Peuchen, Eleazar</i>	<i>43</i>	<i>Hamburg, Germany</i>
<i>Piquet, Pierre</i>	<i>50</i>	<i>Paris, France</i>
<i>Parkes, Joseph Philippe</i>	<i>38</i>	<i>Belfast, Ireland</i>
<i>Reynaldo Felipe, Ramón</i>	<i>Unknown</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Richards, Philippe</i>	<i>35</i>	<i>London, England</i>
<i>Rodrigues Castello, Orlando</i>	<i>36</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Servando Florencio, Edmundo</i>	<i>Unknown</i>	<i>Havana, Cuba</i>

PASAJEROS DEL HMS ROSALIE				
<i>Name</i>	<i>Age</i>	<i>Hometown</i>	<i>Boarded</i>	<i>Destination</i>
<i>De Brito, Mr. Alfons</i>	<i>33</i>	<i>Hamburg</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Frölicher, Adolph</i>	<i>6</i>	<i>Hamburg</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Frölicher, Hagen</i>	<i>34</i>	<i>Hamburg</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>McGough, Aldrich</i>	<i>47</i>	<i>England</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Van der Planke, Eberhard</i>	<i>19</i>	<i>Hamburg</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Van der Planke, Samuel</i>	<i>44</i>	<i>Hamburg</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Vilches, Josué</i>	<i>44</i>	<i>Spain</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Samedi</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>*Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>*Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>
<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Unknown</i>	<i>Hamburg, Germany</i>	<i>Havana, Cuba</i>

HMS Rosalie disappeared on December 30, 1840

Capítulo 6:
VIAJE HACIA EL TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

Era una mañana espléndida, de esas con brizna de buen tiempo. El blanco desapareció del cielo en cuanto dio la primera hora del día. El azul de mar se mantuvo a los ojos; se veía mucho mejor que su antecesor, el cual había dominado el cielo durante muchas semanas. Las nubes estaban tranquilas, igual que el mar. El viento les era favorable; las condiciones eran óptimas para la partida. Entonces sonó el silbato del contramaestre y el barco entero se estremeció.

Rosalie levantó la cabeza de repente. Se había quedado dormida en la bodega.

—¡Mierda! —se quejó.

Se puso en pie rápidamente. No podía demorarse más. Se enderezó el vestido tirando de él hacia abajo, aplastando con las manos bien abiertas el amplio delantal ribeteado con cinta roja. Siguió por un espacio nauseabundo de grandes dimensiones por el que apenas circulaba el aire; la bodega, un lugar asfixiante y sucio donde la humedad calaba hasta el rincón más oscuro.

—¡Putain! —exclamó.

Había pelos de gato en su mano, en su vestido, por todas partes. Golpeó el suelo entablado con el talón descalzo.

—¡Morrongo! —gritó.

Rosalie reinició la marcha. Estuvo a punto de tropezarse. Aquello la enojó todavía más. No se veía casi nada, pero intuía el camino porque conocía sobradamente el lugar. Sorteó un charco, después otro. Vio que en este último flotaba una rata muerta. No se escandalizó; estaba acostumbrada. La parte más baja del Rosalie (la sentina) era un lugar pantanoso, repleto de piojos y larvas.

Se oyó el silbato del contramaestre. Rosalie apresuró el paso. Tenía todo el cabello volcado hacia un lado; el rizo del flequillo le colgaba ondulado sobre la ceja. Francamente, y pese a su corta edad, era muy hermosa; aquella melena rizada y pomposa, que se remontaba hacia la cúspide de su cabellera como nubes negras en la medianoche, no tenía rival. Las mujeres de los muelles, aisladas en el hambre y el abandono de la prostitución, se llenaban de envidia cuando la veían aparecer por el barco.

La luz seguía siendo muy pobre. Rosalie salió de la oscuridad angustiada, tratando de desenredarse el pelo mientras se dirigía hacia las escaleras que llevaban a cubierta. Allí solo había barriles; algunos contenían vinagre. Apestaba a vinagre. Entre aquella

veintena de barriles, el ambiente se hacía irrespirable. De repente, se detuvo. No pudo evitarlo. La vista era hermosa. Habían aparecido los primeros rayos del sol, entrecruzándose por el pasillo central de la bodega. Se colaban por las aberturas. Parecía un milagro. Sentía que el sol la tenía atrapada en su jaula. Así lo pensaba. Rosalie tenía catorce años; era de cara redonda y grandes ojos azules, con la frente ancha y las cejas bien acomodadas a los precisos arcos de sus cuencas. Sus labios, al hablar, se abrían y cerraban casi sin despegarse. Poseía un mentón diminuto y afilado, como su lengua a la hora de lanzar toda sarta de improperios. Su piel tiraba más hacia caucásica mediterránea. Andaba siempre sofocada, en continua disputa con el mundo. Los marineros la codiciaban. Aquella niña, vestida como cualquier vendedora ambulante, abría corazones y exaltaba pasiones; también ensartaba esperanzas. Había nacido en el distrito de Cherburgo, en la región de Normandía. Sabía leer y escribir. En su niñez había aprendido a escapar de los hombres que querían llevársela. Su padre fue un borracho perdido; un día lo encontraron tirado bajo un puente, ahogado en su propio vómito. Su madre, Francine, la arrastró por los barcos en busca de un hombre. Finalmente, lo halló en el Rosalie. Por aquel entonces, Germinal Chevré era un hombre de madura edad que recién había perdido a su esposa, en la trágica plaga que trajo el cólera. Francine la reemplazó, pero ella tampoco pudo darle hijos. Falleció intentándolo por sexta vez el 4 de julio de 1833. Desde entonces, dejó de ser «la mocosa de Francine» para llamarse Rosalie.

Rosalie tenía delante la escalera que llevaba a cubierta. Se hallaba parada en el entablado; la oscuridad inundaba su entorno. A los pies de la misma había once sacos de trigo que hacían casi el tamaño de un hombre. Se acercó a la escalera. El sol ya no la siguió. Continuó su camino. Se veía diminuta pasando entre los sacos. Sorteó aquella pequeña resistencia mientras se limpiaba las legañas. Con los ojos limpios, miró entonces hacia arriba, en dirección a la luz. La claridad del día se desparramaba sobre un primer escalón triangular. Dejó atrás el último saco. Puso un pie en la escalera; después, el otro. Comenzó a ascender sin advertir movimiento en el casco. El viento era frío. Se abrazó y se frotó los brazos. Alcanzó el último escalón. Se inundó de luz, de mucha luz. Salió a cubierta. El sol le estalló en la cara. Nada más poner un pie fuera de la bodega, vio todo el azul del Elba enmarcando la ciudad. «¡Qué inmenso era el mar!». Presenció de inmediato todas aquellas fábricas que ocupaban el panorama a lo ancho del territorio, por detrás de las innumerables casas que despertaban sobresaltadas ante el estrépito de los barcos, los cuales llegaban a los muelles en las horas oscuras y silenciosas. El silbato del contraatastre retumbaba en sus oídos. Su efecto atronador hacía que la tripulación se pusiera en continuo movimiento.



El contraatastre Piquet se asomó desde el castillo de proa con el chiflo en la boca. Era un hombre de poca estatura, de unos cincuenta años y muy velludo. Desde allí podía ver toda la superficie del casco. Bajó las escalerillas peldaño a peldaño, entre quejas desgarradoras y gritos de rabia. «¡Cómo me duele condenadamente esta maldita pierna coja!», pensaba. Puso el pie derecho en el espacio superior del barco (el combés);

después apoyó el izquierdo de lado. Giró un poco el tobillo. Su expresión era de profundo dolor. Siguió andando, casi de puntillas. El rostro se le agriaba con cada paso; no podía reprimirlo aunque trataba de disimularlo. Al dejar caer la punta sobre la plataforma, agonizó. Eso le hizo silbar frenéticamente. Esta vez, el toque fue mucho más largo. A ambos lados del contraмаestre Piquet subían y bajaban espaldas musculosas. Los marinos del Rosalie no conocían los límites del sacrificio. Obedecían las órdenes del contraмаestre siguiendo los toques de silbato. Limpiaban y baldeaban la cubierta.

—¡Limpiad! ¡Baldead! —gritaba Piquet mientras pasaba entre los marinos.

Eran trece. Todos ellos contratados en muelles y suburbios. Fregaban cada día el casco, inclinados en dirección al sol. Hacían faenas muy superiores a su oficio. No se estorbaban. De vez en cuando se echaban una fría mirada, de puro instinto asesino, para marcar territorio.

—¡Listo! —gritó Piquet, dirigiendo los ojos hacia el puente de embarque.

Todas las miradas estaban ahora sobre el puente de embarque.



Los pasajeros del Rosalie subían a bordo sin sacar los ojos del cielo. La escalera soportaba el peso de cinco personas; cuatro adultos y un niño, y ascendía entre dos gigantescas cadenas que se prolongaban hasta la superficie del barco. Samuel Van der Planke contempló las cadenas hasta que se fundieron en sus pupilas. Jamás había estado tan impresionado. Iba el primero. Vestía de terno, traje y pantalón del mismo color: marrón. Llevaba una maleta de viaje en la mano. Eberhard le seguía de cerca. Había escogido un atuendo formal para el viaje: un chaleco de algodón bajo una chaqueta negra y pantalones oscuros. Traía una maleta gruesa pegada al pie. Adolph era el siguiente pasajero. Prestaba atención a las nubes negras que llegaban de las fábricas. Se encontraba inmerso en un sueño que soplaba hacia un mar desconocido. Seguía a Eberhard Van der Planke elevando las puntas de los pies alegremente. Iba vestido de gris y llevaba una boina del mismo color. Sus pequeños dedos sujetaban una maleta minúscula. Su ánimo vivaz repelía la intranquilidad de su padre, Hagen, que era el último sobre aquella endemoniada pasarela que no dejaba de temblar. El relojero de la calle Fleet había sacado todo el dinero de las almohadas. Pensó que era mejor embarcar en el Rosalie y adentrarse en un mundo desconocido que quedarse en Hamburgo y vivir bajo la inminente amenaza de Ademaro de Brito. «Desaparecer un tiempo nos irá bien», se repetía mientras alcanzaba cubierta. Hagen vestía un traje muy particular de la época: frac sobre camisa de cuello alto, pantalones ceñidos, sombrero de copa alta y bastón. Su mano derecha sostenía un baúl de viaje hecho de cuero negro. Caminaba lentamente a la sombra de Aldrich, «el Tuerto».

—¡Tuerto! ¡Ladrón! ¡Paga tus deudas!

«El Tuerto» arrugó el gesto. «Cómo odiaba a ese loro...». Seguía los pasos de Hagen con Bart enjaulado en una mano y un pesado arcón en la otra, el cual arrastraba como si fuera un ataúd. Llegados a cubierta, ya en la cercanía, los pasajeros contemplaron la inmensa plataforma del navío, cargada de enormes cajas a babor y estribor, a un extremo y otro, remontándose por encima de las batayolas. Una vista saturada por la colosal elevación de la mercancía que los hacía parecer dentro de una pequeña ciudad. Cubierta era un enmarañado islote de herrumbre. El Rosalie era un buque mercante de velocidad considerable, con una extraordinaria capacidad de aguante. Había algo en él que inducía a pensar que se trataba de un barco misterioso; todo el que embarcaba notaba esto. Allí reinaba un silencio que helaba la sangre; se sentía igual que en un cementerio. El sonido del vapor rompió el silencio. Un torbellino de nubes furiosas salió escupido de la chimenea norte. Las miradas fueron arrastradas hacia un único punto, el muelle: el cochero abrió la puerta del carruaje y Alfons fue el único que bajó. Se quedó de pie contemplando el Rosalie. Vestía como un respetable burgués inglés, sin demasiado colorido; llevaba sombrero de copa, capa victoriana y bastón con empuñadura de plata. Se había traído a cinco criados y a una joven esclava africana sin nombre. Estos, estando el carruaje detenido, comenzaron a descargar el numeroso equipaje de Alfons. Estaban así cuando, de pronto, vieron en mitad del camino a un hombre negro montado en un purasangre:

—¡Sooo! —mandó Samedí.

Entretanto, en cubierta, los pasajeros esperaban a que llegara «el Capitán» con los dos oficiales de puente. Samuel se separó un poco y su hermano Eberhard le siguió, inspirando toda la brisa marina mientras le alcanzaba. La historia de los hermanos Van der Planke a bordo del Rosalie comenzaba con el suicidio del «padre», Conrado, apodado «Mata-Cerdos». La mañana del día 2 de noviembre de 1840, Samuel iba a trabajar cuando vio que la puerta del granero estaba abierta. Dentro halló a su padre, Conrado, el «Mata-Cerdos», con los pies colgando un metro por encima del suelo. El entierro se hizo al día siguiente, detrás de la casa; no se avisó a ningún alma. El viaje de los hermanos Van der Planke se consolidó frente a la misma tumba de «Mata-Cerdos», entre intervalos de respiración lenta. Eberhard aceptó acompañar a Samuel, en la obsesión de este por hacer regresar a Frieda, a condición de que le dejara quedarse un tiempo en La Habana, en el negocio de Ralf. Samuel pensaba en esto. Se puso bien el pañuelo. Miró a Eberhard con los ojos sensiblemente afectados por el viento, que viajaba sobrecargado.

—¿En las aguas del Caribe hay tiburones?

—preguntó Eberhard, nervioso—. Seguro que sí —se dijo con expresión amarga.

Samuel apoyó los codos en la batayola de un modo reflexivo. Contempló el mar antes de responder:

—¿Tienes miedo?

—¿Tú no?

—Este es un barco resistente. Ha cruzado muchas veces el océano —respondió Samuel.

—¿Cuántas? —Lo ignoro completamente. Pero está aquí y entero, ¿no?

—Necesito un condenado cigarrillo —dijo Eberhard.

Samuel miró a Eberhard a los ojos y comprendió la llama de su fulgor. Pudo leer en aquella mirada centelleante que Eberhard no tenía intención de volver; era igual que Frieda. Sentía que Hamburgo ya no era su casa. Desvió la mirada y la puso de nuevo sobre el límite del mar. Apoyado en la barandilla, comprendió que tenía que empezar a temer por su sueño. Unir otra vez a la familia Van der Planke era lo que más quería. Mientras reflexionaba, pensó en Conrado. «Mata-Cerdos» solía entrar en su cuarto hacia las tres de la madrugada para despertarlo con un grito espantoso: «¡¿Tú estás loco?! ¡¿Nosotros, los Van der Planke, viviendo juntos?! ¡Tú estás loco!». Y después se marchaba.



El sol difuminaba su arco entre el cielo blanco. La calma del mar iba a facilitar la partida. Las gaviotas circundaban el Rosalie a unos cuatro metros de altura. En poco tiempo, los criados y la mujer africana cruzaron el puente de embarque y pisaron cubierta. Entonces se detuvieron para tomar aire. El equipaje de Alfons pesaba como el plomo. Sacudía los brazos. Adolph señaló a los criados. Eran todos mulatos con aspecto de profunda tristeza. Las edades oscilaban entre los cuarenta y sesenta años. Tenían una mirada huidiza y algunas características a resaltar, como el color de piel aceitunado, el cabello rizado compacto y unos ojos abombados que parecían salir de las órbitas. Se habían vestido con atuendos blancos: pañuelo envuelto en la cabeza, camisa holgada y pantalón fino. Había una muchacha negra entre ellos. Era muy joven, de rasgos puramente africanos. Hagen se volvió y la contempló, atónito. Estaba de pie, asomada entre dos mulatos, inmóvil como un pilar. Vestía igual que la típica sirvienta criolla: delantal de ribete blanco sobre un grueso vestido corrugado de color negro. Sostenía un cofre de plata sin apenas respirar.

En otra parte, Aldrich, «el Tuerto», pisaba como en el ejército. El suelo de cubierta era casi enteramente de madera. Infirió su estado y dedujo que había muchas zonas húmedas. Levantó la cabeza y apuntó a la tripulación que se veía al fondo. Los hombres del capitán Germinal abandonaban fregasuelos y trapos; iban a ocupar sus puestos de navío. Echó un vistazo a su alrededor: a poca distancia, al este, el gordinflón y su mocosito; al oeste, esos dos, el rubio y el espigado con poco pelo, que parecían padre e hijo; mirando con el ojo sano en dirección sur, un paso por delante del puente de

embarque, tenía a todo aquel grupo de negros asustadizos cargados de bultos; al norte, el trazo de proa a popa, la senda sobre la cual iban y venían los oficiales. Por último, deslizó el ojo hasta depositarlo en el lacrimar. Entonces sonrió. Bart, el loro, llevaba un buen rato callado. Sin duda, esa era la mejor noticia.

—¡Mira! —dijo Adolph de pronto. Todos miraron al cielo.

—¡Cáspita! —soltó Eberhard.

La joven africana siguió con los ojos el movimiento circundante de la grúa. En aquel mismo momento, el purasangre de Samedi, «Infierno», sobrevolaba las cabezas de los pasajeros.

—¡Un caballo que vuela! —alzó la voz Adolph, entusiasmado.

«Infierno» fue izado por una grúa hasta cubierta. Pasó por encima de las cajas y aterrizó frente a la escotilla mayor. Inmediatamente después entró Samedi en el Rosalie. Hagen le observó con gran preocupación. Conocía al guardaespaldas de Alfons de Brito; había visto muchas veces a este negro golpear a los obreros en presencia de sus hijos. En el instante en que accedió, los criados y la joven se apartaron para dejar camino al siervo del diablo. Samedi daba miedo. Al examinarlo con atención, veían a una bestia oscura con abrigo largo pardo y sombrero de copa gris. En su cuello asomaba una cruz cristiana. Las almas puras decían de él: «Cuídate del negro que viaja con Alfons, pues lleva un muñeco de paja con alfileres en el bolsillo».

El chiflo volvió a escucharse en todo el barco. Finalmente apareció Alfons. Había escuchado el silbato. Sus ojos seguían brillando como en la noche anterior. La encomienda podría resultar tremendamente peligrosa, pero él estaba ahí para atrapar a los culpables. Evidentemente, no iba a utilizar un barco de su propiedad; podrían estar planeando robarle. Pero sí iba a atravesar las mismas aguas que todos los anteriores. Buscó con la mirada a Samedi. Sin embargo, halló primero a Aldrich. Le sorprendió verlo allí. Inmediatamente le asaltó la idea de ir a preguntarle. Pero, por otra parte, Alfons pensó que quizá tenía algo que ver con las misteriosas desapariciones. «Mejor esperar y ver qué hace», elucubró. En el mismo instante, creyó distinguir con su mirada la inquietud del hombre que anunciaba reconocerle en su faceta de criminal. Intentó escudriñar en ese rostro ensanchado, pero no hubo manera de situarlo. No conocía a Hagen. Cuando quiso situarlo en su pensamiento, la presencia del capitán atrajo toda su atención.



El capitán Germinal irrumpió llegando desde el alcázar. Lo hizo acompañado por Philippe, primer oficial de puente, y Howe, segundo al mando. Germinal era hombre de mar; cincuenta y seis años golpeados en su rostro frío, normando, sobre un cuerpo con múltiples heridas de guerra. Llevaba una cabellera grisácea enmarañada, una barba hirsuta que caía hasta el pecho; tenía la frente surcada de arrugas, ensombrecida por el

hollín; y unos ojos encendidos que transpiraban puro fuego. Vestía con casaca azul y pantalones del mismo color, todo bajo una capa de polvo. Caminaba a golpe de paso, arrastrando su par de botas, como abstraído, sin esperanza. No tenía la más mínima intención de comunicarse con el resto. Su mirada se hundía en el océano. Al llegar a los pasajeros, se detuvo. Parecía dócil, cansado, siempre en actitud evasiva. Mientras contemplaba el cielo, se atisbaba una pequeña luz fulgurando en sus ojos, dotados de un azul intenso. Pero algo le perturbaba. Le costaba dormir. Llevaba semanas soñando con el naufragio de su propio barco.

—Oficiales —dijo con voz quemada—, lleven a los señores a sus Camarotes. Dicho esto, se marchó. Así, sin más, sin ningún tipo de saludo previo ni conversación.

Dicho esto, se retiró. Así, sin más, sin ningún tipo de saludo previo ni cortesía. Howe y Philippe mantuvieron una rectitud impecable al paso de su superior. El oficial Philippe, natural de Londres, de treinta y cinco años —sujeto alto, seco, y de facciones muy marcadas—, se llevó inmediatamente el chiflo a la comisura de los labios. El sonido agudo del silbato congregó de nuevo a los pasajeros al pie del palo mayor.



Tras haber observado a los pasajeros embocar la escotilla mayor, Rosalie se introdujo en el pequeño escotillón que conducía a la segunda cubierta; lugar donde se aparejaban los ranchos. Bajó la escalerilla como el más experimentado de los marineros: sujetó las barandillas con firmeza y se dejó caer, deslizándose de un solo envite hasta el fondo.

Una vez dentro, hallóse sola en el estómago de un pasaje oscuro y herrumbroso, que exhalaba miasmas de insalubridad. En un vistazo rápido, podía apreciarse que el buque HMS ROSALIE había sido concebido originalmente para la milicia. Aquello revelaba las trazas de las astilleras de Portsmouth, aunque apenas un año después hubiese sido enajenado en calidad de barco mercante. El porqué de tan súbita mudanza seguía siendo un misterio. La marinería comía en aquella cubierta malsana donde el agua filtraba por cada junta. Solía describirse como una «garganta estrecha e incómoda que olía a pólvora».

—¡Morrongo! —exclamó.

Su fina cola sinuosa lo delató. El gato salió pavoneándose de entre los cañones. Había seis piezas de artillería allí, afirmadas en aquella batería rojiza. Rosalie cogió a Morrongo y lo alzó hasta sus ojos.

—¿Dónde te habíais metido?! ¡Diantre! ¡Lo llenas todo de pelos!

Morrongo no cesaba de ronronear. Era un felino completamente azabache, de largos bigotes y ojos amarillos encendidos. El animal empezaba a mostrarse inquieto en manos de Rosalie. Lo tuvo que dejar nuevamente en el suelo. A continuación, volvió tras sus

pasos. Giró enseguida hacia un nuevo rincón. Acercó el rostro. Comprobó que las aves aún seguían en sus jaulas. Se encontraban amontonadas contra una pared desgastada. Morrongo se relamía, observándolas, provocando el estrépito de los animales. Expiraba una luz a través de un agujero. Esta luz alumbraba un machete colgando de un hierro. Debajo, había un cubo para desplumar. Aún quedaban restos de plumas pegadas en el fondo. Rosalie guardaba unas pocas especies en cada viaje; incluso mantenía un pavo real escondido en aquel «antro bermejo y viscoso» que la tripulación llamaba Segunda Cubierta. Verdaderamente, resultaba desagradable hasta el extremo tener que matar allí; y peligroso. El médico de a bordo, Frederick James Bishop, se oponía rotundamente a que sacrificaran animales para la comida sobre planchas de hierro. También a que no se cambiara la alimentación de los marineros, ya que seguían produciéndose casos de escorbuto. De súbito, transcurrió un memorable silencio. Rosalie miró al techo. Sobre su cabeza podía escuchar todas las pisadas que se dirigían corriendo hacia la arboladura.



El chiflo irrumpió como una presencia más entre la marinería: los fogones se encendieron y el ancla comenzó a cobrar la línea de fondeo. Se vio correr desesperadamente a los marineros hacia el bauprés, y a los calafates hacia el trinquete y la cofa, respectivamente. Treparon la arboladura con expresión sombría; eran pocos, aunque sobrados en el esfuerzo para tan ingente tarea. Ocuparon sus puestos en las vergas, ya fuera para tomar rizos o aferrar el trapo. El contramaestre Piquet dirigía las posiciones mediante los agudos trinos del chiflo. El espectáculo solía describirse como una «frenética cadena humana de la que brotaban alaridos de puro esfuerzo». En aquel preciso instante, los curiosos congregados en el puerto vieron cómo el ROSALIE se iba separando lentamente de la piedra del muelle.

—¡A flor de agua! —gritó el contramaestre.

El ancla del ROSALIE, poderosa y herrumbrosa, emergió de los abismos envuelta en algas, siendo contemplada con asombro desde la orilla. El grueso cable de cáñamo se cobraba con una parsimonia armoniosa. Ahora, ningún marinero osaba interponerse en su camino; si el cabo faltaba por la excesiva tensión, la trallada resultante habría segado la vida de cualquier hombre al instante. Todos corrieron a sus puestos en el castillo de proa. El ROSALIE ganaba camino, alejándose del muelle e incrementando su velocidad. Ese majestuoso movimiento, que le iba orientando hacia el suroeste, buscaba el viento para evitar el balanceo sobre el oleaje que ya rompía contra la taja-mar. Llegados a este punto, el capitán Germinal se apostó junto al timonel:

—¡Naveguen en demanda del canal! —ordenó.

Todo el castillo viró. Se veía con claridad al ROSALIE, envuelto en el resplandor del alba, abandonando el puerto de Hamburgo a marcha lenta y hendiendo las aguas del Elba con impresionante potencia.

Al mismo tiempo, en la crujía central, los pasajeros que seguían a los oficiales Howe y Philippe sentían un intenso balanceo. Era de todo punto imposible hacerse oír en aquel ambiente ensordecedor. Al final, Howe abrió una pesada puerta de hierro por la que accedieron todos. Salieron a un nuevo pasillo, de aproximadamente ocho varas, iluminado por candiles de forja. En ese punto comenzaba el repartimiento de los camarotes. El contraamaestre Howe —natural de Hamburgo, de treinta y dos años, de corta estatura pero ancho de hombros y expresión violenta— frenó en seco y viró sobre sus talones maquinalmente. Su faz, convulsa como un semblante de trueno, infundía respeto. Los pasajeros vieron cómo aquella boca de labios finos, en un rostro lívido y bañado en sudor, empezaba a moverse. Bramaba los nombres de los pasajeros para distribuirlos en sus alojamientos:

—¡ADOLPH, HAGEN! —gritó—. ¡Aquí! —señaló la primera puerta a su diestra.

Philippe, que custodiaba el clavero, abrió la puerta de este primer aposento y, acto seguido, marchó hacia la siguiente. Hagen y su hijo Adolph entraron en el camarote.— ¡ALDRICH! —¡Adolph! ¡Hagen! ¡Aldrich! ¡Tuerto! ¡Paga! ¡Ladrón! —repitió Bart con su característico graznido. —¡Chist! ¡Calla, estúpida bestia! —mandó «el Tuerto».

Los doce se volvieron hacia él y su loro. Adolph asomó la cabeza un instante, curioseando. El oficial Philippe empujó la puerta e indicó al Tuerto que entrara. Este sostuvo la mirada a Howe un instante; no le había gustado el tono agresivo del oficial, pero se tragó el orgullo. Entró en el segundo camarote. Dentro, halló un espacio comprimido, de color pardo, en el que había sola una cama empotrada contra la pared. Los pasajeros que quedaban por ubicar siguieron el recorrido. Ahora, se oía claramente en aquel pasillo de luces el embate de las olas contra el casco. El balanceo se hizo todavía más brusco. Sin embargo, la actividad de los oficiales no decaía un ápice:

—¡EBERHARD, SAMUEL! Eberhard y Samuel accedieron a un tercer camarote, contiguo al de Aldrich. El aire allí dentro era pesado. Se respiraba con dificultad. Era preciso abrir mucho la boca y tomarlo varias veces a pleno pulmón. A los hermanos Van der Planke les rondó la idea de salir corriendo de allí. Sin embargo, no lo hicieron y soportaron aquello. Howe llegó a otra puerta. La abrió para dar paso a Alfons. Permitió que los cinco criados y la joven le rebasaran. Al ver a Samedi, interpuso el cuerpo.

—Tú no puedes pasar, negro —le habló con desprecio.

Samedi inclinó su portentoso cuerpo hacia adelante. Miró fijamente a los ojos de Howe, como desafiándolo. Respiró su aire. Ni una sola palabra cargada de violencia salió disparada de su gruesa boca. Dio un paso atrás. Se limitó a obedecer, sin ni siquiera esperar a una posible reacción de Alfons.

—Los negros arriba—el dedo índice del oficial señaló cubierta.

Samedi movió los ojos hacia la puerta. Vio a los otros avanzar por un nuevo pasillo más abierto y mejor iluminado. Su amo no regresaba, por lo que entendió su lugar. Se fue, en un estado de siniestra calma.

Howe pasó a este segundo pasillo, donde Philippe estaba ya esperándole. Continuaron en plano recto, con los criados a la vista. A ambos lados iban emergiendo nuevos camarotes. Philippe frenó el paso. Hizo sonar el juego de llaves. Abrió la puerta con sumo cuidado. Los criados entraron en tromba. No se tomaron ni una sola gota de tiempo. Comenzaron a preparar el camarote entre largos suspiros.

Alfons de Brito se quedó detenido en el umbral. Puso una moneda de plata en la mano de Philippe. Este se quedó perplejo contemplándose la mano. Después levantó los ojos. Se volvió hacia Howe buscando una respuesta. Finalmente, se encogió de hombros. Alfons entró en el camarote. Luego, cerró la puerta. Salió a un espacio que le causó una gran impresión: Aquel camarote tenía gusto de primera clase. Todo lo que había allí era de buena calidad: muebles decorados con laca povera veneciana, un lecho con sábanas de satén, una mesa de cristal, dos sillas de madera policromada.

Alfons se acercó a la cama. En su fisonomía parecía verse reflejada la llama. Olfateó instintivamente las mangas de su traje. Miró al frente. Tenía la vista nublada. No podía sacarse esa horrible visión de su mente, la de su Hamburgo en llamas. Se dejó caer a plomo sobre la cama y cerró los ojos.



Capítulo 7: UN RECORRIDO POR EL ROSALIE

Cuaderno de Bitácora del HMS ROSALIE

Domingo, 8 de noviembre de 1840. — Zarpamos el viernes del puerto de Hamburgo aproximadamente a las ocho horas. Embarcamos el cargamento ruso y a unos cuantos pasajeros. Nos dirigimos a través del Elba hasta el Mar de Frisia con fuerte virazón. Esperaba ciertos reveses porque a todos siempre les pesa esta travesía, pero todo está en calma. Este puede ser mi último viaje...



Tenía la Isla del Mar de Frisia en la mira del catalejo. El médico y naturista de a bordo, Mr. Frederick James Bishop, se relamía por aquellas amplias y misteriosas llanuras lodosas, que debían albergar cientos de nuevas especies. Bishop era un fanático de la evolución. El permanente contacto con la muerte le había alejado de Dios. Llevaba la mitad de siglo persiguiendo todo tipo de animales y catalogándolos en su cuaderno. Había transgredido la ley en muchas ocasiones, asaltando tumbas, convencido de que toda explicación humana se encontraba en el estudio anatómico. Era lo que había hecho en su breve estancia en Hamburgo. Mientras los marineros daban de comer a los burdeles, él se había pateado todas las calles a la búsqueda de cementerios donde poder cavar hasta la víspera del día. En efecto, Bishop era también « Resurreccionista ». Suscitaba cierta curiosidad en la gente que lo observaba. Derrochaba conocimiento y misticismo. Poseía el aspecto de un señor aristócrata maduro bien conservado, al mismo tiempo que transmitía un aire jovial, con su fina piel pálida y su larga cabellera oscura de cadete de regimiento. Tenía cincuenta y nueve años. Se había criado en el Condado de Cornualles, Inglaterra. Era maniático con la limpieza. Las enfermedades en la piel le obsesionaban. Solía frotarla al menos cinco veces con vehemencia durante el día. Para ello, utilizaba una pastilla de jabón marsellés. A Bishop le entró de súbito un escalofrío. Se puso dramático. Le temblaban las piernas. Había visto planear sobre la isla otro tipo de albatros; uno negro, que no debería frecuentar por allí. Hizo el ademán de saltar, quería ir a buscarlo. Su instinto de depredador anatómico provocaba risotadas entre los marineros, que veían al doctor como un bicho raro.

Edmundo soltó una carcajada y levantó una mano a modo de saludo. Estaba cerca del doctor. Edmundo era un caribeño, maduro, de ojos claros, con el cabello al rape. Bishop lo miró fijamente. No le devolvió saludo. Se limitó a sacar su viejo reloj de bolsillo, ignorando al marinero. Comprobó la hora. Arqueó las cejas, al tiempo que contraía la cara. Sacudió el reloj contrariado. Las agujas se habían quedado clavadas en las doce. Cerró el cuaderno, cuidando que Edmundo no visualizara su contenido. Se fue de allí agitando el reloj.

En esto sonó la campana de guardia. Seguiría tañendo hasta las nueve y un minuto, y no cesaría hasta que el primer turno bajase al rancho. La tripulación abandonó sus faenas. El primer turno se dirigió a la escotilla, mientras el segundo permanecía al timón y en sus puestos de guardia. Los hombres siguieron a Edmundo hacia la proa. Se abrió ante ellos el fogón de la cocina, un espacio despejado que albergaba un solitario horno de panificar seguido de una pequeña fogonadura. Abajo, a mano izquierda, entre el horno y el pañol donde se acumulaba el carbón y la leña, Rosalie trabajaba sin descanso.

Rosalie era como un torbellino: iba, venía, avivaba el fuego y destripaba el pescado, arrojando los despojos al mar. Se revolvía continuamente como una fiera; subía para disponer la carne sobre la parrilla y bajaba para remover, con un cucharón de madera, el

caldo negro «Schwarzenauer» que borboteaba en la olla. Los marinos debieron sentirse sofocados al verla transpirar. Formaban una hilera en dirección a Rosalie, con el rostro inundado por gruesas gotas de sudor. Algunos se mordían las uñas. En el barco la llamaban «La Bastarda». Llegó el turno de Edmundo. Levantó su plato desportillado y vio caer un trozo de carne blanca, de aspecto poco halagüeño, sobre la loza.

—Siguiendo —sentenció Rosalie.

«Bastarda», pensó Edmundo. La odiaba porque vivía a su sombra. Muchas veces, en un impulso de cólera, había pensado en mancillarla, como un relámpago de violencia. Pero ante los gritos de su alma, la resolución se debilitaba. En el ROSALIE el mando era absoluto, y el capitán custodiaba las armas de fuego bajo llave. Podría organizar un motín y deshacerse de los oficiales, mas nada le aseguraba que no sintiera, de improviso, el frío de una bala en su espalda.

Cinco minutos después, habiendo sido servidos, marcharon en fila hacia proa y se hundieron en la escotilla. Los marinos del ROSALIE comían en la segunda cubierta, en aquel antro donde se gestaban todas las fiebres; por el contrario, los oficiales y los pasajeros de fuste degustaban los manjares en la mesa del capitán. Por allí no pasaba la luz. En esa segunda cubierta de recorrido, los marinos tenían que sujetar con fuerza los platos si no querían ver cómo se les desparramaba el alimento a causa del vaivén. Llegados a este punto, es preciso destacar que los oficiales no se fiaban de los marineros. Y no iban faltos de razón, puesto que la mayoría se había forjado en la delincuencia. Es por ello que debían estar controlados, mediante unas normas disciplinarias: Por orden del capitán de 11 de noviembre de 1836, se dicta la siguiente ordenanza:

I. De las Guardias. La tripulación se dividirá en dos guardias: la de Estribor, compuesta por los hombres de número impar; y la de Babor, por los de número par. Quedan exentos de este servicio los oficiales, salvo disposición contraria de la superioridad.

II. De la Maniobra. Durante el servicio de guardia, se asignará a cada hombre una maniobra específica en la arboladura, ya sea en el palo mayor, trinquete o mesana.

III. De la Segregación. Los hombres de color no podrán estacionarse ni en el bauprés ni en el trinquete sin la expresa licencia de un oficial de puente.

IV. Del Puesto de Combate y Maniobra. Todo marinero del ROSALIE tiene la obligación de conocer su ubicación exacta y su cometido ante cualquier voz de mando. La confusión se castigará como negligencia.

V. De la Duración. Las guardias tendrán una duración de cuatro horas, estableciéndose los turnos a partir de las ocho de la mañana.

VI. Del Sustento. Se establece un desayuno y dos raciones de rancho: a las ocho campanas de la mañana, a las dos de la tarde y a las cinco de la tarde.

VII. De la Prioridad. En caso de maniobra general o necesidad del servicio, se suspenderá la colación de las cinco. El servicio al buque precede al descanso del hombre.

VIII. Del Toque de Queda. La campana de silencio general tañerá a las siete de la tarde.

IX. Del Adiestramiento. Son obligatorios los ejercicios de zafarrancho y el adiestramiento continuo. La destreza es la única garantía de supervivencia.

X. Del Conocimiento Náutico. Todo hombre de mar debe conocer con absoluta precisión los nombres de toda la cabuyería y su laboreo. El desconocimiento de un cabo o aparejo será motivo de sanción inmediata.

La marinería del ROSALIE se entregó al rancho con puntualidad inglesa. El comportamiento habitual durante esa media hora era de absoluta pasividad; permanecían abstraídos, fijos en sus puestos, sin desclavar los ojos del plato. Esta costumbre, casi religiosa, atrajo la atención de Samedi, quien, desde la cubierta, interrumpió su paseo para observar en silencio aquel vacío absoluto. Los marineros oficiaban en la penumbra una misa de tristeza invencible. Tenían motivos para el desasosiego: Les preocupaba la zona de las Bermudas.

Es posible describir brevemente a cada uno: Paul, el carpintero, hombre blanco natural de Toulon, de cuarenta y siete años, ojos caídos y nariz puntiaguda; Eleazar, de cuarenta y tres, judío, ojos verdes, nariz chata, siempre en permanente mirada furtiva; Archibald, el irlandés, caucásico, unos treinta años, con el cabello rubio alborotado. Era el negociante y skipper. Jules Moussa, «El Negro Mudo», un siervo adquirido en La Habana expresamente para esta singladura. Luego estaban los calafates: Joseph Philippe, pelirrojo de treinta años, y el imponente egipcio Hammad. Este último poseía una nariz ganchuda muy característica, que destacaba sobre una prominente mandíbula de trazo romano; vestía siempre el turbante árabe. Este primer turno devoraba su ración en el oscuro coronamiento, mirando hacia popa. Este era el primer turno que devoraba la primera comida en el Oscuro coronamiento, mirando hacia popa. En el otro extremo se ubicaría, media hora más tarde, el segundo turno, compuesto exclusivamente por marineros caribeños: Ernesto, grumete; Alain, el más veterano; astillero y tonelero; Orlando, el vigía, hombre de elevada estatura al que le faltaban dos dedos de una mano; Luis, fogonero provisto de dentadura desmesuradamente pronunciada; Ramón, también fogonero; seco, ojos un poco separados, nariz aplastada, y el cabello lanoso.



Se acercaba ya el mediodía y soplabla viento de tierra. El *Rosalie* navegaba frente al gran cabo de Inglaterra, hallándose a 40° de latitud. El capitán Germinal salió al son del chiflo.

—¡Avante a toda máquina! —ordenó.

—¡Máquina avante! —gritó el oficial Philippe, que estaba al timón.

El contraestre Howse se asomó desde el castillo para transmitir la orden del oficial de derrota:

—¡Caña a babor! —gritó.

La orden fue recogida por Ernesto, quien la transmitió por la escotilla desde cubierta:

—¡Avante!

La vibrante voz de Ernesto recorrió treinta pies hasta los hornos, donde los fogoneros, semidesnudos en la sala de máquinas, alimentaban las calderas.

En cubierta, Germinal respiró el aire puro del mar. Miró a Philippe: —Mantenga un poco la velocidad y luego bajen a trece nudos. —A la orden, capitán. —Señor Howe. Hace un día espléndido, ¿no cree? —Sí, capitán —dijo Howe. Después dio media vuelta, arrastrando la pierna mala.

El capitán se puso a observar a los pasajeros que en ese momento se desparramaban por cubierta: Hagen y Adolph estaban sentados en sillas, contemplando el mar. Aldrich iba de arriba abajo, paseando con su loro enjaulado. Alfons tuvo que regresar a su camarote, mareado por el vaivén. Mientras, los hermanos Van der Planke, Samuel y Eberhard, estaban apoyados en la barandilla de proa. Eberhard, lejos de marearse, estaba disfrutando como un niño de la vista que ofrecía el mar.

—¡Mira allí, Samuel! —decía.

—¡Diantre! ¡Qué demonios! —dijo Samuel con voz agitada.

—¿Habías visto alguna vez algo así?

—¡No! —exclamó Samuel.

—¡Uoh! ¡Mira qué aleta! ¡¿Has visto eso?! —dijo Eberhard, efusivo.

Adolph corrió a unírseles allí. Su entusiasmo arrastró a Hagen:

—¡Una ballena! —gritó Adolph.

De pronto, una colosal aleta triangular de cetáceo, del tamaño de una pala de hélice, quedó elevada a tres brazas por encima del *Rosalie*.

—No es una ballena —intervino el Tuerto, llegando desde atrás.

—¿Está seguro? —preguntó Eberhard.

—Completamente.

—¿Entonces qué es? —quiso saber Hagen.

—La aleta tiene forma de triángulo y es muy gruesa. ¿Lo ven? Es un cachalote.

—Cachalote —dijo Adolph, con una explosión de entusiasmo en la cara.

En ese instante apareció Bishop, aún asombrado por aquella gigantesca cola sonora en proceso de inmersión.

—Es un animal fabuloso —dijo.

—Es un demonio. Nos hará zozobrar si se acerca demasiado —repuso Aldrich—. Avise al oficial.

El Tuerto fijó su único ojo en la inmersión del cachalote. Temía a esos gigantes. Eran aparentemente hermosos —el calamar, la ballena, el pulpo...—; causaban admiración porque emergían de un mundo desconocido. Pero, después de haber experimentado el combate, si es que uno volvía a salir a flote, la admiración pasaba a convertirse en miedo, en un terror espantoso hacia el mar y sus criaturas ocultas. El cachalote desapareció bajo las aguas. Aldrich suspiró. Salió de allí sin presentarse. Todos le vieron alejarse sin decir palabra, incluido Bishop. —Qué hombre más extraño —reflexionó Bishop. Luego se dirigió hacia los pasajeros—: Caballeros, soy Frederick James Bishop, oficial médico de a bordo. Sean bienvenidos al HMS *Rosalie*. —Yo soy Hagen y este es mi único hijo, Adolph. —Samuel. Y él es mi hermano, Eberhard. —

Habrá que presentarse como es debido: con una succulenta cena —dijo Bishop antes de marcharse.

Los dos se miraron. Samuel y Hagen movieron sus ojos como dos espíritus errantes. Bishop siempre conseguía desconcertar a todos. Eberhard ya se iba cuando vio a Rosalie entre el mar y el cielo. La veía lejos, apoyada en el otro extremo de la baranda. La brisa jugaba con sus cabellos negros. Levantó la mano para saludarla; ella no respondió, disimuló no haberlo visto, pero se tocó el corazón.  Acaso estaba sintiendo lo mismo que Eberhard?  Pod a aquel encuentro ser el inicio de algo?

— Por mil diantres!  El famoso relojero de la calle Fleet! —aseveró Samuel.

—No se equivoca, señor —dijo Hagen—. Yo también le conozco. Es usted el barbero de la calle Wandrahm. Ambos se dieron un fuerte apretón de manos. Estaban contentos de, al fin, hallar una cara amigable conocida.

—Quisiera darles el p same —se aventur  a decir Hagen—. Aunque no tuve la suerte de conocer a vuestro padre, por lo que se comenta de él, calculo que habría mucha gente en el entierro.

—Solo nosotros —intervino Eberhard.

— Qu  es lo que se comenta? —preguntó Samuel, arqueando las cejas.

—Bueno, ya saben...

—No. —...que había servido en el ejército, que se había ganado el respeto de la alta sociedad... rumores, anécdotas, cosas que se dicen.

—Mi padre estaba loco —dijo Eberhard—.  Est  seguro de que nadie lo mencion ?

—Nosotros, los Fr licher, vinimos a Hamburgo hace siete años huyendo del cólera. Comprenderán ustedes, señores, que no ponga la confianza en cualquiera, puesto que soy de Cuatro Islas.

A Samuel le cambió la cara. La epidemia había comenzado all , en Cuatro Islas, en el invierno de 1823. —Fue un año espantoso. Hubo muchos muertos en Cuatro Islas —dijo Samuel. Conocía la historia. —Hubo muchos, es verdad. No cabían en los cementerios. Se oían gritos por todas partes —contó Hagen—. El cólera se llevó a mi hijo y a mi esposa —confesó Samuel.

Eberhard miró a Samuel. Lo vio cubierto de tristeza. Record  la vez en la que su hermano tuvo que sacar a su sobrino August en brazos. Fue un niño lleno de vitalidad mientras duró la vida en él.

—Cornelia falleció en mis brazos. Huimos de Siete Islas, pero ella contrajo la enfermedad all . No lo consiguió —dijo Hagen.

Eberhard se dio cuenta de que Adolph estaba a punto de desmoronarse. —Todos sufrimos la pérdida —intervino—. Pero ya pasó.  Te acuerdas de lo que solía decir nuestro padre acerca de la enfermedad y el remedio?

—Todo tiene un final, menos la salchicha, que tiene dos —record  Samuel, con una sonrisa en los labios.

Adolph soltó una carcajada. Samuel se echó a reír y golpeó el hombro de Hagen a modo de camaradería. Hagen reaccionó también. Su sonrisa, empero, fue tímida. Desde ese instante, la conversación vir . Se habló del Junker, de Cuba y de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos.



Hacia las cuatro y media de la tarde, cubierta quedó totalmente despejada. Los marineros salieron para baldear y limpiar. El viento estaba en calma y el cielo, cubierto de nubes rojas. El Tuerto bajó las escaleras. En mitad del pasillo, oyó un sonido. Al llegar a su camarote, se quedó parado frente a la puerta: había alguien dentro. Dio un leve empujón a la puerta con la jaula del loro. Entró preocupado, temiendo mirar a los ojos al hombre que tenía enfrente.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Bart.

Alfons estaba allí mismo, de pie frente a la litera, con las manos en los bolsillos. Samedi cerró la puerta y se puso a buscar entre los cajones. Aldrich quedó entre los dos, con aire de mafioso y guardaespaldas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Aldrich? —preguntó Alfons con tono intimidatorio.

—Estoy de caza —respondió el Tuerto sin quitarle ojo de encima al negro.

—¿Con un maldito loro? —repuso Alfons.

—Me gustan los loros.

—¿Para comer? Tuviste un perro y lo dejaste morir de hambre.

—Tenía la rabia.

—Tíralo por la borda —ordenó Alfons.

Samedi se irguió con actitud de arremeter contra el Tuerto.

—¡Sacadme de aquí! ¡Socorro! —gritaba Bart con voz todavía más retumbante.

—Tira también al maldito loro.

El Tuerto retrocedió exclamando: —¡Un momento! ¡Espere!

En ese preciso instante llamaron a la puerta. La escena se congeló.

—Pregunta quién es —le dijo Alfons al Tuerto en voz baja.

—¿Quién es? —preguntó el Tuerto.

—Oficial Philippe. Abra.

Alfons refunfuñó. Movié negativamente la cabeza mientras miraba la puerta, furioso. A Samedi le hizo un gesto para que abriera.

Samedi abrió la puerta e irrumpió el oficial Philippe, muy estirado y enfundado en su impecable uniforme. Vio a Aldrich de espaldas y a Samedi de pie, visiblemente agitado. Levantó la cabeza y se encontró con Alfons. Hizo un gesto imperceptible y se marchó; continuó con la inspección como si allí no hubiera nadie.

—Esto no ha acabado aún —amenazó Alfons con un profundo odio. Acto seguido, salió.



Eran las siete de la tarde. La distancia entre el *Rosalie* y la costa flamenca era de aproximadamente cincuenta leguas. La tierra iba desapareciendo con el día y la noche se abalanzó sobre todo. El sol se ocultó tras el horizonte; sus últimos rayos flamearon en el

envés de las velas. Hacía mucho frío. La luz del faro se había quedado anclada, a lo lejos, sobre un cerco de aguas nítidas.

A las siete en punto, los pasajeros dejaron los camarotes elegantemente vestidos: con camisa, chaleco y frac el que pudo. Salieron a cubierta sonrientes, erguidos bajo un hermoso manto estrellado. Se fueron encontrando en el puente de mando. Los primeros que llegaron no pudieron contenerse y rodearon el timón, aprovechando que no había allí ningún oficial. Adolph quería tomarlo; las manos le temblaban de emoción al guiarlas hacia la rueda. Hagen seguía andando y mirando a Alfons: no alcanzaba a comprender por qué un hombre rico como él se había embarcado en el *Rosalie* y no en el prestigioso *James Cropper*, por ejemplo, propiedad de la compañía Black Ball Line.

Alfons, vestido de frac, se colocaba los puños de las mangas mientras observaba a Hagen, a quien seguía sin situar en el tiempo presente. Había acudido solo a la cita; no se veía a Samedi por ningún lado. Criados, sirvientes, esclavos y negros no estaban catalogados como pasajeros: tenían prohibido bajar a los camarotes, dirigirse a cualquiera que estuviera a bordo o comer en zonas visibles. Alfons solo los tocaba para maltratarlos; a ellas, las violaba. Samedi se encargaba de alimentarlos; quería a sus esclavos listos, preparados y enérgicos para servirle. Llegaron los hermanos Van der Planke y se ubicaron al lado de Hagen. Samuel se quitó el sombrero a modo de saludo. Notó que Alfons lo observaba constantemente; por un breve espacio de tiempo, llegó a sentirse solo allí con él. Cuando parecía que aquel rostro puntiagudo y frío de italogermano se mantendría impassible en una mala conducta, de repente se dibujó una intencionada expresión agradable en su rostro, la cual hizo retornar extrañamente al hombre educado:

—Usted es el barbero de la calle Wandrahm —hizo una pausa—. Es usted muy hábil con la navaja —apostilló. —Lo soy —aseveró Samuel.

Con estas últimas palabras, la puerta del castillo se abrió. Apareció el contraмаestre Howe: —Todo está listo, caballeros —dijo.

Samuel y Eberhard van der Planke, Alfons de Brito, Hagen y Adolph Frölicher, y Aldrich, «el Tuerto», estaban invitados a cenar en la mesa del capitán. El aviso les había llegado a última hora a través del sobrecargo. Casi todos los pasajeros habían acogido el ofrecimiento del capitán Germinal con mucho entusiasmo; sentían que formaban parte de algo importante. No cabía duda de que el viaje hacia las Bermudas se estaba convirtiendo en una experiencia gratificante. La marea se hacía sentir con violencia. El mar estaba vivo. Con este vaivén subió Aldrich al puente de mando, donde encontró a los otros esperándole. Faltaba él, «el Tuerto», el de la mirada escalofriante.

—Señores —dijo Aldrich, asintiendo ante los presentes.

Alfons examinó al «Tuerto». Le molestó su actitud calmada.

«El Tuerto» se había presentado correctamente vestido, extrañamente pulcro; lavado, afeitado y con el cabello engominado con macasar hacia atrás.



Entraron casi a la vez. Se vieron en una cámara de alojamiento exclusivamente para oficiales de a bordo. En el pasillo, bien iluminado por quinqués de aceite, esperaba el oficial Philippe.

—Por aquí —dijo, muy seco.

Howe cerró la puerta. Se colocó el último, siguiendo a Aldrich. Los pasajeros siguieron a Philippe. El pasillo comenzó a llenarse de ruido. A medida que avanzaban, a ambos lados, iban apareciendo las puertas cerradas de los camarotes superiores, enmarcadas por dos alargados arcos dorados serpenteantes que sugerían el escudo de la Marina Francesa. No muy lejos, al fondo, se advertía una puerta incrustada: aquella puerta final encerraba el camarote del capitán.

Llegados a la puerta, Philipp llamó primero y después la abrió con mano sólida. Cruzaron el umbral. Apenas entraron, vieron una larga mesa de entremeses en la que había dos filas de platos con abundante comida y copas llenas de burbujeante ron de Nueva Inglaterra. Al fondo, bajo una solitaria lámpara cardán colgante, estaban Bishop y el capitán Germinal conversando amigablemente de pie frente a la chimenea. El contraмаestre Piquet se sentaba junto a la mesa de mapas, fumando en pipa.

Hagen, Adolph, Samuel, Eberhard, Alfons y Aldrich se apretaron en la entrada. Había hambre; se notaba en las caras de todos. Para la mayoría, este iba a ser el primer —y quizá el último—banquete de sus vidas. Samuel pensó en la casa de campo. La casa había quedado al cuidado de Herr Krause (todavía pertenecía a «Mata-Cerdos»)

Los recuerdos del pasado se hicieron presentes. Cuando Samuel aún no había nacido, el 5 de octubre de 1795, un joven y apuesto Conrado regresó de entre los muertos. El mismo Conrado se lo había contado a Samuel cuando este aún era un niño:—Nuestro barco fue engullido por un enorme agujero en el mar. Decían que nadie había sobrevivido al desastre de las Bermudas. Pero yo sí. Aunque... ¿cómo contar lo que vi allí?

Howe iba a retirarse en silencio cuando Alfons lo sorprendió:

—¿Qué hace? ¿Es que no se queda a comer? —le preguntó con tono seco.

—Deberán disculparme —dijo Howe—; los dolores de mi pierna no me permiten acompañarles. Que disfruten de la velada, caballeros.

Alfons, que era un hombre profundamente suspicaz y celoso, sintió desconfianza. Puso cara de angustia y miró en derredor para ver si algún otro se había dado cuenta. Nada. Toda la atención se concentraba en el banquete.

—Caballeros, tomen asiento —dijo el capitán.

Los invitados obedecieron. Samuel se sentó al lado de su hermano Eberhard. En la misma línea se hallaban Hagen y Adolph. «El Tuerto» ocupaba una esquina, enfrente. Al otro lado de la mesa se encontraba Alfons. En el centro, cara a cara con Samuel, se hallaba el contraмаestre Piquet con el sobrecargo Philippe y Bishop, desplegados a ambos lados por este orden en dirección a Alfons. Por último, quedaba el capitán Germinal, sentado en el lugar del anfitrión, de cara a todos.

—¿El señor Howe no nos acompaña? —preguntó el capitán a Bishop—Se sentía indispuesto, capitán —respondió Bishop.
—En cualquier caso, empecemos —dijo Germinal.

Bishop hizo sonar la campanilla. Samuel levantó los ojos y miró a los allí presentes. Todos se prepararon para rezar: cerraron los ojos y juntaron las manos. «Sería bueno tener a Dios de nuestra parte», pensó Samuel.

—Padre de dioses, Padre de los hombres, Rey del Mar, Señor de las criaturas: destruye a tus enemigos y danos tu beneplácito.

Al terminar, Germinal abrió los ojos, separó las manos y se puso a comer como si nada. Bishop, en la misma línea que el capitán, comenzó a pasar la bandeja de carne entre los invitados. Ninguno se preguntó en ese momento a qué o quién había encomendado su alma. El hambre había instaurado de pronto la más absoluta felicidad. Prosiguieron las risas y los espaldarazos.

«El Tuerto» tenía el rostro contraído. Ahora se reconocía en él a un hombre de alma desierta. Bishop sentía curiosidad; le había llamado la atención desde el principio. Aldrich no llevaba parche en el ojo ni hacía ademán de quererlo tapar. Sus manos seguían sujetando el cuchillo y el tenedor con total normalidad.

—El hombre que se descubre al mundo es el hombre que ha vencido al miedo —reflexionó Bishop—. ¿Cómo lo perdió? —preguntó.

—En una feroz batalla contra el mar —respondió Aldrich, copa en mano.

—Es usted marinero —afirmó Bishop—; he visto a otros como usted.

—¿De veras? ¿Y cómo son?

—Hombres que están en paz durante los días de tormenta. Marineros que respiran fuego —tomó un trago—. ¿En qué buque sirvió?

«El Tuerto» hizo una pausa antes de contestar:

—En el *Lady Elizabeth*.

—¡Por las barbas de Neptuno! ¡El *Lady Elizabeth*! —exclamó efusivamente el capitán Germinal.

—¿El ojo lo perdió allí? —preguntó Bishop.

—Sí.

De pronto, todos los que componían la mesa comenzaron a fijarse en la órbita vacía que Aldrich tenía monstruosamente a un lado de la cara.

—¿Cómo se hundieron? —preguntó Philippe, interesándose por el trágico suceso.

Los recuerdos del naufragio se agolparon en el pensamiento de Aldrich. «El Tuerto» no podía mencionar al Kraken.

—¿Señor Aldrich? ¿Se encuentra bien? —preguntó Bishop.
—¿Está todo de su agrado, señores? —intervino Piquet, sacando al «Tuerto» del embrollo.
—Desde luego. Feliciten al cocinero de mi parte —dijo Eberhard, alzando la copa.

Ocurrió algo extraño durante la velada. Alfons no omitió detalle: vio a Bishop destripar la pieza de carne con las manos, exactamente igual que un animal salvaje. Era como si el refinado doctor acabara de salir de la jungla o de experimentar algún tipo de posesión. «Extraño», se dijo.

Ψ

La velada transcurrió entre copas de ron y anillos de humo. El resultado de aquello fue la borrachera. Las conversaciones se tornaron entusiastas y dieron paso a la bravuconería y la carcajada. Se olvidaron de todo, hasta del viaje. Los hermanos van der Planke estaban encantados con aquella primera reunión nocturna. El pequeño Adolph tenía los ojos enrojecidos por el humo; empero, estaban radiantes de alegría. Había pasado la noche entre adultos; ahora conocía el olor del tabaco y el sabor del alcohol.

—Caballeros —dijo el capitán, muy borracho—, doy por finalizada nuestra primera reunión.

Levantó la copa para brindar.

—Aldrich, ¿por qué no brinda usted? Ha viajado a bordo del *Lady Elizabeth*; a saber qué peligros habrá enfrentado —sugirió el capitán, borracho perdido.
—Voy —dijo «el Tuerto», medio tambaleándose.

Aldrich entonó un último arrebato:

—¡Vamos, astilleros! ¡Vamos! —gritó a modo de brindis.

Enseguida se le unieron los demás. Ebrios como estaban, alzaron sus copas y acompañaron a Aldrich en aquel grito que sobradamente conocían:

—¡Quién no conoce el miedo! ¡De día y de noche! ¡En el amanecer y en el anochecer!
¡Vivir y morir en el dique seco! ¡Vamos! ¡Jamás nos podremos rendir! ¡Hasta que no se traiga aquí ese barco! ¡Por el jornal! ¡Hay que servir al Junker! ¡Con gran entusiasmo hay que mantener la bravura! ¡Vamos, astilleros! ¡Vamos!

Las voces de conjura cayeron arrojadas a los escalones desde la superficie. Unos ojos se abrieron en la oscuridad. Habían despertado a Josué. Se encontraba oculto en el sollado, en un conducto a rebosar de mugre situado por encima de la bodega. Viajaba como polizón. Josué arrastró el cuerpo; lo guió hacia la luz. En un último impulso titánico y utilizando los codos, al fin, logró salir.



Capítulo 8: COSAS EXTRAÑAS

Cuaderno de bitácora del HMS *Rosalie*:

Lunes, 16 de noviembre de 1840. —Dejamos atrás el Canal de la Mancha. Anduvimos toda la mañana en calma. Ninguno ha visto salir las embravecidas olas del mar del Norte. Dice el señor Bishop que su reloj se ha vuelto a parar a las diez en punto. También dice que han acudido a él algunos de “nuestros amigos”.

Germinal aseguró la puerta del camarote. Sabía que llegaría el día en que tendría que revelar el secreto que acompañaba al *Rosalie* en cada viaje hacia el mar del Norte, y viceversa. En el fondo, tenía la esperanza de que todo fluyera por sí solo. Llegado el momento, cada palabra cobraría una importancia vital para el entendimiento de los hechos. Volvió a concentrar toda su atención en el presente. Dio media vuelta con expresión de cansancio. Dirigió la mirada hacia la larga mesa que presidía las veladas nocturnas. En su extremo norte, esperaba una sombra de espaldas a la chimenea. Aquel extraño ser encorvado tenía el corazón roto y la mirada perdida en alguna parte; quizá en el océano. Hurgaba con los dedos entre las cenizas de la chimenea con expresión fúnebre. Estaba pálido, encogido... emitía un extraño sonido al respirar, como si le faltara el aire.

—Estamos preparados. Faltará comunicárselo al resto de la tripulación.

Aquella monstruosidad viscosa levantó la cabeza de repente. Saltó sobre la mesa como un león enrabiado y desapareció por la chimenea

—¡Capitán, soy Philippe! ¡Tenemos un problema!

Irrumpía el resplandor del amanecer cuando, de pronto, se escucharon aullidos estridentes y ensordecedores procedentes de cubierta. El escándalo despertó a todos. En ese momento Alfons, ya levantado, vio desaparecer al nuevo visitante bajo la puerta como una estirada sombra. Al correr la sábana, notó que tenía la mano de la joven esclava africana sobre su pecho. Cogió la mano delicadamente por la muñeca, mirando fijamente la puerta, y la levantó apartándola despacio. De súbito, se le puso la piel de gallina; estaba sintiendo un frío glacial. Se levantó y destapó sin querer a la muchacha, dejándola completamente desnuda. Observó el camarote en silencio. El lugar seguía en total armonía, con el ajuar completo; el nuevo visitante no había tocado nada. Tras unos segundos, se dirigió al cofre de plata. Lo abrió, rebuscó dentro y sacó del fondo un pimentero ruso de seis cañones. Comprobó que las balas estuvieran en las recámaras, volvió a meter el arma en el cofre y puso ropa encima. Lo cerró de un golpe. «Han intentado robarme», pensó. Empezó a vestirse rápidamente y salió de allí en busca del capitán. Anduvo a toda prisa por cubierta. Eran las seis y media de una mañana furiosa cuyo temporal se dirigía impetuosamente hacia las costas europeas. A lo lejos, en el horizonte, más allá de los confines del *Rosalie*, se había fijado un enorme destello luminoso que parecía un sol encrespado. A unos cuantos pasos estaba Adolph, solo, de pie sobre la barandilla, observando el mar

agitado.

—¡Cáspita! —exclamó de repente Adolph.

Alfons pasó por detrás de Adolph. Rebasó su encanijado cuerpo asomado al vacío y dirigió una mirada furtiva al mar. Vio a su izquierda una cosa extraña que le llenó de espanto, pero fue atacado repentinamente por una risa contagiosa:

—Yo no creo en las sirenas —dijo en voz alta, y continuó su camino.

Dejó atrás un bote de salvamento semivolcado y algunas cajas, altas como paredes; siguió con la sombra bajo los ojos, buscando activamente a un lado y a otro. El zumbido del mar golpeaba sus oídos; el viento comenzaba a asustar, salpicaba la espuma y Alfons aspiró con desagrado la dura brisa de la atmósfera. Vislumbró unas siluetas recortadas a lo lejos. A mitad de camino se cruzó con Edmundo, pero no miró al desconocido. Fue directo hacia el segundo bote, incrustado bajo el pescante de la cubierta superior. El *Rosalie* disponía de dos botes salvavidas con capacidad para albergar un máximo de seis pasajeros por bote. Resonaban quejidos tras ese segundo bote; podía escucharse claramente el castaño de los dientes. Alfons asomó la cabeza y encontró a Samedi, sentado con los otros esclavos en una extraña actitud sombría. Tenía mucho miedo y parecía estar protegiéndolos de algo.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la bodega? —le preguntó Alfons—. ¡Levanta!

Samedi se puso en pie, dejando a los otros en el caos y el desorden. Temblaban de miedo; alguno sudaba como si estuviera enfermo. Permanecían incrustados en aquel pequeño espacio entre el bote y la plataforma, con las piernas dobladas y enflaquecidas, en un lamentable estado.

—Tú —señaló Alfons—, ve a limpiar mi camarote. Tú —señaló al otro—, ve a buscar mi desayuno y procura que no esté frío. Tú, averigua si ha pasado algo esta noche. Y tú —terminó con el cuarto—, vete a ver a mi caballo. ¡DEPRISA! —gritó.

Todos se levantaron.

—Alguien ha entrado en mi camarote mientras dormía —le dijo confidencialmente Alfons a Samedi, bajando la voz—. Averigua si ha sido el Tuerto.

Samedi salió precipitadamente. Era leal a la familia De Brito. Sus caminos se cruzaron por primera vez en el asfixiante verano de 1824. Por entonces todo iba mal en Europa: la mitad de la población padecía el cólera y la gente decía que los alimentos estaban contaminados. En esos años de muerte, la familia De Brito tuvo que repartirse el muelle con el temido *Vory* ruso. En el año 1823, el *Vory* ocupaba tres cuartas partes del estuario del Elba; estaba compuesto por piratas que sabían

apaciguar el insaciable apetito del Junker mediante joyas y pieles exóticas. Consiguieron establecer un canal: sus barcos zarpaban vacíos y retornaban llenos. Fueron años de comercio activo que atraieron a jóvenes dispuestos a obtener ganancias por trabajos deshonrosos. Sin embargo, entre aquellos italianos llegados del *Mezzogiorno*, surgió la competencia. Ademaro de Brito, siendo dueño de un solo barco, la *Gondolina*, acudió al barón von Bismarck y encontró en él a un aliado. Bismarck estaba preocupado porque el *Vory* ruso se sentía cada vez más cerca de la mesa del emperador, y no iba a permitirlo. Dos años después, la epidemia que se originó en Cuatro Islas se lo llevó todo. El *Vory* perdió a sus jefes y los muelles se llenaron de indigentes. En Hamburgo todavía cuentan que los De Brito emigraron a los Estados Unidos, pero la verdad era que nunca se lo plantearon; a la familia le había sonreído la fortuna y estaban preparados para seguir haciendo negocios. También se decía que habían traído de allí a un moreno guardaespaldas que tenía tratos con el diablo. Esto tampoco era cierto. Ademaro tuvo una amante, una joven criada llamada Ibeth, a la que dejó embarazada y en la ruína. Fruto de esa relación nació un varón de raza negra: Augustus Richardson III. El hecho de ser un isleño con sangre criolla hizo que Augustus viajara hasta Carolina del Sur, donde encontró apoyo en una misteriosa orden ocultista.

Samedi se alejó de Alfons totalmente seguro de que las sombras regresarían al anochecer. Alfons sospechaba, pero su profundo racismo le impedía creer que aquel mastodonte fuera su medio hermano. Así que volvió la cabeza, ignorándolo. Entonces vio a Rosalie.

Despertó en él cierto interés; avivó la llama del seductor. Alfons abandonó por un momento las conspiraciones y se ajustó las mangas. Se peinó el bigote, tocó ligeramente el lateral de su cabello, engominado hacia atrás, y sonrió, gustándose. Rosalie había salido a fumar. Sintió la grosera presencia de un hombre, por lo que tiró el cigarrillo disimuladamente, se separó de la barandilla y dio media vuelta para continuar su marcha.

—¿Cómo es posible que aún no te haya visto? —preguntó Alfons con una cómplice sonrisa en los labios, casi acorralándola. Luego, sacó la cajetilla de tabaco de su bolsillo interno, la abrió cuidadosamente y le ofreció un cigarrillo—. ¿Sola?

Rosalie no contestó. Se limitó a hurgar entre los cigarrillos sin levantar la mirada. Cogió uno. Lo notó con agrado entre sus dedos. Estiró el brazo para coger otro, pero Alfons cerró la cajetilla, impidiéndoselo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó. —Catorce. —Ya eres toda una mujer. ¿Y eres feliz aquí? ¿En este barco? ¿Rodeada de hombres?
—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Rosalie.

Alfons acercó la llama del fósforo. —Quiero ayudarte —dijo, encendiendo la brasa del cigarrillo.

—¡Rosalie! —la llamó Bishop.

Rosalie pasó por debajo del brazo de Alfons y fue corriendo hacia Bishop, lanzando suspiros de alivio. El doctor se la llevó de allí.

—No te acerques a ese hombre —le dijo en voz baja.

Entraron en una caseta. Rosalie se quedó al lado de la puerta. Bishop cerró con llave lo que había sido el viejo oratorio. Inmediatamente se oyeron unos pasos cerca; intuyeron que eran los de Alfons. Bishop pegó la oreja a la madera. Esperó un poco.

—Se ha ido —dijo Bishop.

—Alfons es peligroso —dijo una voz amiga, la de Samuel.

Rosalie vio a Samuel al otro lado de la mesa de autopsias. Samuel tenía un aspecto sombrío. Estaba delante de un cefalópodo abierto en canal. Había una expresión permanente en él, como si refunfuñara.

—Bien. Volvamos —dijo Bishop.

Rosalie esperó allí, sin decir nada. Buscó a Eberhard por algún rincón, pero el hermano pequeño de los Van der Planke no estaba. Bishop puso la atención nuevamente en el cefalópodo; le abrió la cabeza con las manos. Samuel asintió con gran interés. Levantó los ojos, asombrado por la frialdad de Rosalie; vio a la muchacha abstraída, en la más absoluta indiferencia. Aquello no parecía ni medio normal.

—¿Es lo más grande que ha visto? —preguntó Bishop. —Sí —respondió Samuel. —Ayúdeme con eso.

Samuel acercó a Bishop un pequeño bisturí.

—No se imagina lo que puede llegar a quedarse atrapado en las redes —dijo Bishop con una indefinible mueca dirigida hacia Rosalie.

Samuel volvió a mirarla.

—No se preocupe por ella. Ha visto cosas peores —dijo Bishop mientras extraía toda la masa viscosa—. ¿Lo ve?

Samuel se inclinó por encima de la criatura.

—Tiene marcas de ventosa y heridas profundas y alargadas. Se ha peleado con otro calamar, seguramente por un banco de peces.

—¿Los hay más grandes que este? —preguntó Samuel.

—Oh, sí. Algunos tienen el tamaño de un barco —respondió Bishop mientras se secaba las manos con un trapo. Miró de reojo a Rosalie y continuó—: Si a ese tal Alfons le pasara algo, ¿usted cree que se armaría mucho revuelo?

—No estará pensando en...

Bishop lanzó una carcajada espantosa.

—Sí. Se armaría. Las autoridades no descansarían hasta encontrarlo.

—Parece que esta vez hemos dado con pasajeros ilustres —dijo Bishop, mirando a Rosalie sin disimulo.

Rosalie volvió la cabeza hacia Bishop, perfilando una malévola sonrisa.



Hacia las doce de la mañana, el viento arremolinaba nubes en grandes jirones amenazantes. La mar estaba gruesa. El Tuerto se encontraba en su camarote; mientras se preparaba, sentía temblar las paredes. No se turbó ni interrumpió su plan: continuó metiendo objetos de viaje en la bolsa de cuero. Luego, cogió un farol del arcón y, por último, la jaula con el loro dentro. Bart no protestó; era como si hubieran hecho las paces.

El Tuerto salió al pasillo. Vio que no había nadie, cerró la puerta y subió a cubierta. En ese instante sonó la campana; unos marineros tiraron sus cigarrillos al mar y volvieron al trabajo. Siguió en dirección a la caseta de popa, pasó por delante de los botes salvavidas y bajó por la escotilla.

Anduvo errante en la oscuridad hasta penetrar en una zona que convergía en triángulo. El lugar era una expansión laberíntica y claustrofóbica. Siguió descendiendo con precaución; atravesó la sala de máquinas entre el rugido de las calderas. El Tuerto iba por el lado de estribor, aferrando la jaula a medida que su cuerpo se inclinaba con el vaivén. La luz del farol fue descubriendo una estructura rectilínea hacia la sala de máquinas. De pronto, su cabeza chocó con algo. El impacto echó al Tuerto contra una tubería. Su boca se abrió de asombro y sus dedos se doblaron como garras. Soltó la jaula. «Esto se acabó», pensó. La sombra se arrojó encima, se abrazó a él y sintió que le arrebató la vida. De repente, un golpe certero la despegó de su cuerpo.

—¡Dame la mano! —dijo el Predicador, saliendo de la oscuridad.

—¡Dame la mano! ¡Dame la mano! —repitió Bart, asustado.

El Tuerto cogió la mano del Predicador. El impulso hacia adelante lo sacó del amasijo; recogió la jaula y siguió al hombre que lo había salvado a través de las tripas del barco.

—¿Quién es usted? —preguntó el Tuerto.

—Uno que acaba de salvar su vida.

—¡¿Qué demonios era eso?!

—Lo ha dicho bien: demonios. Están por todo el barco.

—Dios mío —dijo el Tuerto—. ¿Desde cuándo? ¿Lo sabe el capitán?

El Predicador fue hacia una puerta de hierro y la abrió. Entretanto, aquella voz chillona gritaba desde la penumbra:

—¡Entrad!

Aldrich entró con la jaula. El Predicador cerró el cuarto por dentro, se sentó en el suelo y encendió una vela. Fijó los ojos en el Tuerto:

—Hace dos noches volví a la bodega a por pan. Descubrí entre los barriles a una

muchacha profundamente dormida, abrazada a una de esas cosas —hizo una pausa—. Soy Josué —se presentó.
—Aldrich.

El Predicador apretó su mano.

—Debemos avisar al capitán —insistió el Tuerto—. ¡Su hija está en peligro!
—¿Conoce a la muchacha?
—Sí.
—¿Ha podido hablar con ella?
—No. La he visto alguna vez por cubierta.
—¿Ha notado alguna conducta extraña entre los oficiales? —preguntó el Predicador.
—No, bueno... quizá sean tonterías.
—Adelante, le escucho.
—Suelen rezarle a una especie de dios del mar. —Una blasfemia. Siga.
—Acérquese. No quiero que el loro se exalte —dijo Aldrich con intención de atraerlo.

El Predicador se acercó y se arrodilló en el umbral. Recibió un fuerte empujón contra la vela, que se apagó sin querer. El Tuerto se puso en pie, deteniéndose un instante al ver al Predicador en el suelo, doliéndose del hombro izquierdo.

—Yo odio a los polizones —dijo el Tuerto, y seguido le propinó una serie de puñetazos en el rostro.

Ψ

Era casi de noche. En el ambiente del *Rosalie* pesaba la sombra de la desquicia que lo acompañaba; se trataba de una especie de derrumbe colectivo, de miedo y fantasía desbordante a la vez. Había claros síntomas de terror y angustia. Para cuando sonó la campana de las ocho, todos ya se habían retirado: ningún marinero quería quedarse solo en cubierta. Allí no se hacían guardias durante la noche.

Rosalie se encontraba en la bodega, en un espacio ubicado en los lindes de la claridad lunar, invisible desde lo alto de la escalera. Allí se sentía segura. Años atrás, cuando Rosalie era una niña, aquel círculo incómodo situado de cara al mar estaba profundamente oscuro. Según decían algunos marineros, en ese rincón sucedían cosas que no podían explicarse; veían surcos escurridizos, siluetas sinuosas impregnadas de muerte. En ese mismo lugar, Rosalie se sentía transportada hacia un mundo misterioso. Tumbada sobre la manta, acariciaba a su gato Morrongo mientras leía los últimos libros que había encontrado en el mercado dominical de Sankt Pauli. Disponía de una pequeña biblioteca y ocultaba los libros en el barril más próximo. Saboreaba cualquier tipo de lectura; Rosalie hablaba tres idiomas: inglés, francés y alemán. Se sentía más cerca de Marx que de Adam Smith. No había ido nunca a una escuela, pero su educación era de primera clase.

Rosalie notó que tenía los ojos cargados de sueño. Bostezó, estiró los brazos, cerró el libro y sopló la llama. De pronto, oyó un ruido. Morrongo bufó y se alejó corriendo. El caballo, *Infierno*, retrocedió asustado. Había una sombra tras los barriles.

—¿Tritón, eres tú? —preguntó Rosalie con entusiasmo.



Capítulo 9: LA SECTA

Cuaderno de bitácora del HMS *Rosalie*:

Sábado, 21 de noviembre de 1840. —Cuarenta y siete leguas más. La corriente ayuda; nos arrastra hacia poniente. Todos los relojes se han detenido. Juzgo que está cerca. LA SOMBRA... ESTÁ CERCA... Lleva siguiéndonos desde el confín de San Jorge. Yo, el capitán Germinal Chevré, juro que en estos días he visto una gigantesca forma del tamaño de una ballena bajo el casco. Nos dirigimos hacia un misterio.

Martes, 1 de diciembre de 1840. —A sol opuesto llegamos a lo que debería ser un mar en calma. Nos hallamos ante las puertas del infierno marino. La tripulación no sabe nada. Deberíamos haber alcanzado las islas Bermudas, pero las islas no aparecen. La tripulación no lo sabe. Estamos perdidos.

En la madrugada del día uno, el capitán Germinal salió de su camarote cuando el barco aún dormía. Enfiló el pasillo de los oficiales en dirección a cubierta. Al llegar al castillo de proa, miró a un lado y a otro: estaba siendo vigilado por las criaturas, que en ese momento se encontraban en la plataforma. Apresuró el paso, entregándose a esas monstruosas sombras que cobijaban, desde hacía tiempo, al *Rosalie*.

Bajó la escalerilla. Ante él se alzaba una montaña de niebla. El corazón se le aceleró. Notó una especie de acuosidad empalagosa bajo los pies y se dirigió hacia el mástil mayor. De repente, un repugnante olor a pescado comenzó a gobernar el aire; sorteó el mástil conteniendo la respiración. Se precipitó sobre la segunda escotilla mientras el hedor se hacía cada vez más fuerte. Al bajar a la bodega, se oyeron golpes; alguien estaba sacudiendo las cajas. Puso un pie en la escalera. Allí, a lo lejos, se distinguían claramente dos figuras humanas de espaldas: eran Bishop y Rosalie. Germinal descendió por la escalera y los peldaños fueron crujiendo uno a uno. Alcanzó los sacos. Enfrente se abría un pasillo despejado, marcado por las sombras de los barriles. Por fin llegó. Vio al doctor arrodillado junto a Rosalie. El doctor mantenía una postura acartonada, con las manos apoyadas en las rodillas; todo en él era oscuridad. Rosalie permanecía a su lado con expresión impávida, coronada con una extraña tiara negra. Germinal se arrodilló con ellos. Entonces sintió cómo sus ojos mutaban de una forma perturbadora. En aquella desigual batalla, persistió en su deseo de seguir viendo en la claridad, pero ya era demasiado tarde: sus ojos se habían fijado en el rito, olvidándose de que era humano. Los tres se inclinaron hacia adelante ceremoniosamente:

—«Padre de Dioses», «Padre de los Hombres», «Rey del Mar», «Señor de las Criaturas», destruye a tus enemigos y danos tu beneplácito —repitieron al unísono.

Los ruidos dejaron de oírse. Algo empezó a subir de las profundidades; de nuevo, cesó. Todo quedó bajo un profundo silencio. Germinal volvió el rostro de súbito; la mano de Tritón lo guiaba. Salió corriendo de la bodega y atravesó el pasillo de segunda clase sin parpadear. No parpadeaba.

Al regresar a cubierta, el capitán oyó la discusión que tenían los marineros. En la toldilla estaba ocurriendo algo. Avanzó deprisa y enseguida comenzó a toparse con las primeras espaldas de aquellos que se habían amotinado.

—¡En nombre de Tritón! ¡¿Qué diablos está pasando aquí?! —clamó.

Los amotinados se abrieron en dos columnas, dejando un pasillo libre que llevaba directamente hasta los oficiales que estaban siendo retenidos por Edmundo. Germinal anduvo apremiado entre los hombres hasta llegar al final. Delante seguía Edmundo, **con** Howe y Philippe a la derecha. Piquet apareció por detrás. Los tres oficiales estaban bañados en sudor; permanecían rígidos, como estatuas.

—¿Qué estás haciendo, Edmundo? —le preguntó el capitán en español—. ¡Volved al trabajo! ¡Ahora! —ordenó furioso.

—De aquí no se mueve nadie sin mi permiso —advirtió Edmundo.

—¿Es un motín? ¿Ahora eres tú el capitán? —preguntó Germinal. Se movió en círculos, dirigiéndose a todos—. ¡¿Es eso cierto?! ¡¿Realmente os estáis amotinando contra vuestro capitán?!

—Vamos a capturarlos, vamos a despellejarlos y los vamos a devolver al mar —dijo Edmundo a los otros.

—No sabes lo que dices. Te has vuelto loco —le espetó el capitán.

—Usted los dejó entrar —le acusó Edmundo.

El capitán le miró con gesto agrio. Apenas tuvo tiempo de responder: Edmundo realizó un movimiento con los ojos y cayó al suelo. El impacto inesperado del arma provocó que los amotinados se echaran también al suelo.

Los tres oficiales siguieron la trayectoria del sonido; el capitán hizo lo propio. Lentamente, fueron bajando los ojos hasta posarlos sobre la plataforma. Entonces vieron aparecer a Bishop, llegando desde el puente, con una pistola de chispa de tres cañones en la mano. Germinal volvió la cabeza despacio. Pudo ver a Edmundo tirado sobre un charco de sangre. La bala lo había matado.



Los hermanos Van der Planke salieron disparados de la cama. Se presentaron en cubierta corriendo para ver qué pasaba. Interrumpieron la carrera poco antes de alcanzar la toldilla, en el instante en que echaban el cuerpo de Edmundo al mar. Vieron a Edmundo hundirse en el océano. Oyeron el raspado de una cerilla larga. Se volvieron hacia el sitio de donde salía el sonido: Alfons estaba apoyado en el mástil, fumándose tranquilamente un habano. Lo había visto todo. Dio media vuelta en silencio y caminó con paso firme. Se paró un instante y miró a los hermanos Van der Planke con asombrosa serenidad.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —dijo Alfons. Después, se fue derecho hacia su camarote.

—Vamos —dijo Eberhard, llevándose a Samuel de la escena—. No es asunto nuestro.



Eran las ocho de la mañana. El sol ya había salido y los marineros del *Rosalie* volvían a cubrir posiciones. Ninguno había vuelto a hablar de lo sucedido; quisieron olvidar pronto. Se movían en un ambiente más silencioso y respetuoso. De todos modos, los oficiales no les quitaban ojo.

Bishop orientó el sextante hacia la línea que sesgaba el lejano horizonte. Lo puso sobre el sol. Allí, sobre la batayola del alcázar, el aparato estaba seguro; podía determinar con precisión cuál era su latitud. Cuando se disponía a calcular la distancia a través del ocular, vio llegar a Samuel:

—Buenos días —dijo Bishop.
—¿Dónde estamos? —preguntó Samuel, aún medio dormido.
—A doscientas millas de las Bermudas.
—El tiempo se ha aclarado —dijo Samuel.
—Buena noticia. Presagio de que llegamos. —Bishop apartó el ojo del sextante y miró a Samuel; había en sus ojos dulzura—. No debe preocuparles lo que vieron anoche. En un barco pasan cosas; son muchos días juntos. El mar enloquece a los hombres. ¿Comprende?
—Nosotros, los Van der Planke, decimos: «Los asuntos de cada uno son los asuntos de cada uno».
—Es usted un buen hombre, Samuel. Espero que pueda encontrar a su hermana Frieda —dijo Bishop con visible sinceridad.

Se hizo un silencio entre los dos. Samuel, que no era tonto, dio media vuelta con una falsa expresión de convencimiento y, de camino a los camarotes, siguió cuestionando al doctor en silencio: «¿Matar a un hombre así, con esa frialdad, y echarlo después a los peces? ¿Y los ruidos? ¿Por qué ya no se escuchan? ¿Qué quería decir Edmundo con aquello de capturarlos, despellejarlos y devolverlos al mar? ¿Acaso se refería a las sombras que abundan en este barco?», se preguntaba sin ningún orden.

Ψ

Adolph abrió completamente los ojos; se vio fuera del sueño. Sintió un nuevo resurgir en el corazón. Extendió el brazo hasta tocar la pared: creía haber visto a su madre allí. Hagen estaba a su lado, en la misma cama donde él dormía. Tenía el aliento frío; seguramente soñaba con Cornelia. Adolph se levantó, aún con los ojos velados. Abandonó el camarote jugueteando con los botones de su chaleco y subió a cubierta. Fue sacudiendo las piernas ligeramente mientras andaba. Vio a Bishop hablando con Samuel y se fijó en el azul del mar, brillante y bronceado. Se aproximó con la esperanza de ver asomar a la sirena que en las noches pululaba por el barco. Apoyó los codos en la barandilla y asomó la cabeza por encima. De pronto resbaló. Se asustó, pero enseguida notó unas gruesas manos que lo sostenían casi en el aire. Miró hacia atrás y vio el oscuro perfil de Samedi, inmenso, casi tan alto como el cielo. Samedi sonrió. Adolph sacudió el cuerpo bruscamente; estaba muerto de miedo. Pisó firme y huyó corriendo a esconderse en alguna parte. Se ocultó tras el mástil y observó el cielo: las nubes se presentaban en cirros, en interminables filamentos que solían presagiar un inminente cambio de tiempo. Entonces lo vio. Cuando aterrizó la mirada, Morrongo estaba allí mismo, sobre un barril vacío. Adolph no se lo pensó; hacía mucho que no veía un gato. En el viejo Hamburgo ya no quedaban. Alargó el brazo; quería tocarlo. Abrió los dedos mientras acercaba la mano tiesa. Respiró fuerte, una, dos veces. El felino aguantó el acoso del niño.

—¡Morrongo! —lo llamó Rosalie.

Adolph se enderezó a gran velocidad; se quedó tieso. Morrongo dio un salto y arrancó a correr sin aliento. Se acercó la dueña:

—No te sientas ofendido —le dijo Rosalie, endulzando la voz—; no quiero que se acostumbre a extraños. Podrían hacerle daño.

Adolph se quedó congelado. Permaneció aturdido por unos segundos. La había visto antes, pero nunca de tan cerca. Era como un ángel; toda su figura quedó para él

completamente iluminada. Rosalie dio media vuelta y marchó tras los pasos de su gato. «¡Qué hermosa es!», pensó el pequeño Adolph. «¡Se parece a la sirena de mis sueños!».



—¿Quién es este hombre? —preguntó el capitán.

—Un polizón, señor —respondió el contraмаestre Piquet—. Lo ha descubierto el señor Aldrich —dijo, señalando al Tuerto.

El Tuerto sonrió orgulloso.

—¿Dónde lo encontró? —le preguntó el capitán. —Allá por la sala de máquinas. Recuerdo que estaba...

—¿Quién dijo que lo trajerais aquí?

—Bishop, señor —respondió el contraмаestre, nervioso—. Nos dijo que lo dejáramos en la bodega, que usted lo aprobaría.

El Predicador levantó la vista. Lo habían maniatado sólidamente a un barril, de rodillas, con las puntas de los pies clavadas en el suelo.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo en mi barco? —preguntó el capitán. El Predicador apartó su ruinoso cara de la vista del capitán. —¡Hable ahora mismo! ¡Se lo ordeno!

—Dice que se llama Josué —intervino Aldrich con actitud desdeñosa.

El capitán miró al Tuerto resoplando, con la mandíbula apretada y los puños cerrados:

—Se lo agradezco, señor Aldrich. El oficial Piquet lo llevará hasta la cocina. Pida allí lo que usted quiera.

—No tengo hambre —dijo el Tuerto con los ojos crispados. Salió de la bodega por su propio pie.

El primer oficial de puente, Philippe, irrumpió en escena. Se cruzó con el Tuerto. Su mirada se transformó mientras bajaba la escalera; su cabeza se movió, de repente, de un lado a otro, como diciendo: «Yo conozco a este hombre». Piquet habló, ya sin el Tuerto presente:

—Fui yo quien llamó a Philippe —reconoció Piquet.

—¡Oficial! Usted conoce a este hombre —afirmó el capitán.

—Es el Predicador, señor. La policía debe estar buscándolo. Él es responsable de los incidentes en el muelle.

—¿La noche antes de partir? —preguntó el capitán.

—Sí, capitán —dijo Philippe.

—Maldita sea. Vayan a buscar a Bishop. ¡Ahora!

Los oficiales salieron a buscar al doctor. Germinal se quedó solo con Josué.

—¿Cómo ha logrado sobrevivir? —preguntó Germinal con el rostro en alto. El Predicador escupió sangre sobre las botas del capitán. —Si lo echara por la borda, le haría un favor comparado con lo que van a hacerle ellos. —Miró al Predicador a los ojos—. ¿Cómo logró esquivarlos? ¿Cómo un simple mortal ha podido escapar de los ojos de Tritón? ¡Hable! ¡Hable, maldita sea!

En ese momento llegó Bishop. —¿Has visto, Germinal? Un solo hombre ha podido burlar al dios del mar —dijo el doctor bajando las escaleras.
—Tiene que ser el Triángulo —contestó Germinal.
—Podría ser. Llevan mucho tiempo esperándolo —se puso al lado de Germinal—, pero ya no importa. A este vamos a comérmolo.



Al entrar en la sala de máquinas, encendió la vela. Entonces esperó. Tras cuarenta segundos de reposo, oyó la llamada corta de un silbato: aquella era la señal. Nada más oírlo, el Tuerto abandonó la sala y se dirigió inmediatamente hacia el punto convergente con forma de triángulo. Abajo, oculto entre masas gigantescas de hierro, esperaba Bart en mitad de aquel espantoso ruido.

—Señor Bart —le saludó el Tuerto.
—¡Tuerto! ¡Tuerto! ¡Paga tus deudas!

No había que perder más tiempo. El Tuerto cogió la jaula y se puso en marcha. Tras unos minutos silenciosos habló, aprovechando que en el siguiente corredor el estruendo era menor:—¿Esos puntos ciegos que buscamos tienen algo que ver con estas criaturas? —le preguntó al loro—. Maldita sea, no lo sabe, señor Bart —se contestó a sí mismo—. ¿Qué diablos estamos buscando? ¿Quién le convenció de semejante majadería?— ¡Majadería! ¡Majadería! —repitió el loro. —Escúchese, señor Bart. ¡Deberíamos estar buscando abominaciones de brazos largos, no puntos invisibles! ¡En efecto! Lo he visto con mis propios ojos: sombras intangibles con cuerpo deforme y brazos siempre agitados. Aquí está pasando algo, señor Bart. —¡Majadería! ¡Scuaaack!
La luz de la vela se fue hundiendo en una terrible oscuridad. El frío corredor los iba llevando hacia las entrañas del barco. Intrigaba sobremanera aquel torturante laberinto que se deslizaba suavemente de un lado a otro, igual que la cola de un monstruo. Aquella terrible arteria inflamada, la cual silbaba a través de los postigos, caía sobre la sala de máquinas arrollándola en mitad de un arco de cien metros. En ese oscuro trayecto se encontraban, precipitándose por los barandales de acero. Bart y el Tuerto avanzaron sigilosamente hasta que la oscuridad los engulló.

—¡Luz! ¡Más luz! —dijo el Tuerto.

Lo siguiente que hallaron fue una oscuridad total y absoluta. Aldrich levantó la jaula y se movió rápido en el descenso. La escalerilla no se agitó. Allí abajo se respiraba con dificultad; olía a sepulcro. Poco después pisó un suelo resbaladizo. Quiso avanzar erguido, pero le fue del todo imposible; tuvo que agacharse para continuar. Logró avanzar con gran esfuerzo a través del lastre y entre toneladas de polvo; cruzó entre pañoles volcados, cajas de madera arruinadas y mucha piedra. Tras una corta progresión recobró la esperanza: había luz al final de ese callejón de combate. La claridad fue creciendo en el encartuchado. Abrió la boca y respiró profundamente. De pronto se detuvo. Un hallazgo insólito hizo que bajara los ojos. Primero levantó la jaula; después la volvió a bajar. Acto seguido, se acercó prudentemente hasta el rincón más oscuro de la puerta. Razonó apoyando la jaula sobre una de sus rodillas, estiró el brazo y expuso a Bart en ese mismo rincón.

—¡Majadería! —¡Demonios! —exclamó el Tuerto, asombrado.

La luz abrió brecha en aquel momento entre la masa oscura e irreconocible. El Tuerto fue testigo de la asombrosa rotación de aquella jaula, que volvió a enderezarse tras completar un giro de trescientos sesenta grados. La jaula, con el loro dentro, permanecía ahora en el mismo lugar, pero al revés. El descubrimiento renovó las esperanzas de Aldrich. «Dudar del masón era ya del todo imposible».

—Así que esto es un punto ciego —dijo Aldrich, pensativo—. Ahora ya solo nos queda esperar al Kraken, señor Bart. —¡Kraken! ¡Scuaaack!



En uno de aquellos últimos días de la semana, Hagen se encontraba paseando cuando, de súbito, se estremeció por completo. Dirigió los ojos con lentitud hacia el palo mayor. Cuando su vista alcanzó el puente, descubrió que ella también lo estaba mirando fijamente, con una ternura que lo hizo temblar. Hagen se quedó un momento pensativo. Ahí, en lo alto, estaba la joven esclava africana bajo un cielo azul tropical; de pie junto al timón, pálida como la luz de la luna llena e intensa como una llama. Los criados estaban allí con ella, agrupados alrededor de Alfons, que se sentaba en una cómoda silla sosteniendo una copa de coñac. Vio subir a Samedi. Un oficial bajó y, al poco, subió otro. Ella seguía mirándolo con fijeza, sin parpadear. Hagen volvió a andar, acortando cada vez más la distancia que lo separaba de la esclava. Se dirigió hacia el elevado puente de mando, confiado, separando de vez en cuando con dos dedos la camisa de su gordinflón cuello. El delirio del amor se estaba apoderando de él; parecía dispuesto a hacer callar la voz de la mujer que amaba. Así se lo había manifestado a su corazón. El sentimiento que le despertaba la joven africana era tan fuerte que tenía la firme intención de enfrentarse a Alfons. De pronto se detuvo sin motivo aparente. Dio un paso atrás; le pareció estar saliendo de un sueño precioso. Ahora tenía que regresar. Miró al cielo, esperando encontrar el perdón de Cornelia, y se alejó gritando en la soledad profunda de su corazón.



—Una mañana espléndida —expresó Alfons en voz alta—. Cuesta creer que pueda pasar algo, ¿no crees? —le preguntó a Samedi, volviendo la cabeza hacia él—. En fin, el Tuerto les habrá avisado de mi presencia. Sabía que no se atreverían a acercarse —decía Alfons, en referencia a los piratas.

Samedi no dijo nada. No se movió. Había cambiado; ya no se veía fortaleza en él. Las criaturas lo estaban atormentando y no hallaba palabras para describirlas. Sus noches no terminaban hasta que salía la luz del alba. A izquierda y derecha oía ruidos, pies que se deslizaban... Las últimas horas eran terribles. Se metía bajo el bote, entre la quilla y la plataforma, esperando a que todo pasara.



El atardecer caía, rojo; el cielo tenía un aspecto triste. Las nubes comenzaban a deshacerse poco a poco, en una lenta agonía. A popa, el oficial Philippe abría el catalejo y observaba las islas. Bajo cubierta, Samuel y Eberhard Van der Planke jugaban una entretenida partida de cartas. En el cuarto de al lado no había nadie: el Tuerto había salido. En cubierta, los marineros se dispersaban; Ramón todavía pasaba el cepillo. Más abajo, en la profundidad de la bodega, la caldera rugía mientras Hagen leía un libro en su camarote. Adolph se había quedado dormido. En el pasillo de primera clase, en el instante en que volvían los mareos por el balanceo de las aguas, la esclava africana

penetraba en el camarote de Alfons. Este, nada más entrar ella, se quitaba toda la ropa. Arriba, la cubierta había quedado totalmente desierta porque llegaba la noche.



—Es hora de regresar —dijo una voz interior que sonaba masculina.

El capitán se despertó en la madrugada del día siguiente con una terrible jaqueca. En sus sueños, auguraba el hundimiento del *Rosalie*. Incorporó su cuerpo sobre la adusta cama de hierro. Pensó en Rosalie; no había sido un buen padre para ella. La había abandonado a su suerte por el barco, pero no le importaba. Lo peor era que, en lugar de sentir culpa o la obligación de pedir perdón, se negaba a cualquier sentimiento que le hiciera parecerse a un progenitor. El rechazo constante hacia la muchacha había terminado por germinar en hostilidad. Sin embargo, en ese momento, no podía dejar de pensar en ella. «La hija de otro hombre no puede ser mi hija», se dijo en silencio. «Un hijo no puede llevar más sangre que la de su padre». Se tocó la frente; estaba ardiendo. Abrió los ojos y examinó el camarote, aturdido, como si nunca hubiera estado allí. Tenía que salir. Alguien, o algo, lo estaba empujando a abandonar el barco. Salió desesperado, sufriendo horriblemente. Chocó contra el timón y bajó a cubierta, impulsado por un viento que rugía hacia el oeste. El balanceo del *Rosalie* se hacía cada vez más intenso; costaba mantenerse en pie. Germinal levantó la cabeza y, de pronto, se topó con una sombra grotesca que no alcanzaba su altura.—¡Marchaos! ¡Dejadme en paz! —gritó.

El capitán comenzó a correr despavorido. Las sombras se acercaban cada vez más; a un lado y a otro, acechaban en la oscuridad. Apenas podía respirar. Unas manos se alzaron, luego otras... y así, hasta diez veces, trataron de cazarlo sucesivamente. Estaba al límite de sus fuerzas. Notaba cómo unos dedos extremadamente largos arañaban su espalda. En el instante, se golpeó la cabeza. El choque lo precipitó al mar. Asomó la faz entre las aguas e inmediatamente tomó una bocanada de aire; sentía cómo sus pulmones absorbían cada partícula vital. Entonces se hundió, rodeado por un puñado de sombras semidesnudas. No quedó nada; tan solo el vaivén laminar de las aguas en la noche cerrada.

«Ellos» se apartaron, permitiendo el paso de una Rosalie desconocida. La muchacha tenía los ojos brillantes, azules como el mar y negros como la noche.—Uno ya está de regreso —dijo Tritón a través del cuerpo de Rosalie.



Capítulo 10: AGUJEROS NEGROS

Eran las cinco de la mañana. El oficial Howe entró nervioso en el camarote del capitán; comprobó que Germinal no estaba. Echó un vistazo a su alrededor y halló páginas arrancadas de la bitácora; muchas de ellas estaban esparcidas por toda la moqueta.

Fue directamente a informar a Philippe. Abandonó el pasillo de los oficiales y recorrió inquieto toda la toldilla. Anduvo por el puente hacia las escalerillas que llevaban al alcázar. Entonces, algo lo turbó: elevó los ojos al cielo, buscando entre las estrellas el origen de ese extraño sonido que se estaba reproduciendo.

A esa misma hora, Bishop estaba en su camarote, sentado frente a la chimenea, enloquecido por el murmullo del mar. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Tenía la sensación precisa de que los atlantes se habían llevado al capitán. Miró su reloj: el minutero comenzó a moverse; luego, de forma inesperada, se detuvo y empezó a contar al revés. A todos los relojes de a bordo les estaba ocurriendo lo mismo. Llamaron a la puerta:—¡Señor Bishop! ¡Soy el intendente Philippe! ¡Estoy buscando al capitán! ¡¿Sabe dónde está?! ¡Señor Bishop!

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —gritó Bishop, sin poder contenerse.

No hubo respuesta. Lo siguiente que oyó fue la carrera salvaje del intendente, alejándose de la puerta.



Los viajeros permanecían encerrados en sus camarotes mientras afuera parecía desatarse una tormenta.

—Señor —susurró Adolph.

Hagen abrió los ojos. Vio al niño al pie de su cama e inmediatamente percibió el ruido incesante sobre su cabeza. En otro camarote del mismo pasillo, Samuel y Eberhard mataban el insomnio jugando a los naipes franceses.—¿Qué demonios está pasando ahí arriba? —preguntó Samuel. Al mismo tiempo, el Tuerto se preparaba en su camarote para una nueva inmersión en las profundidades del barco. Oyó el ruido del hierro acercándose; había voces en el pasillo. Entretanto, Alfons dormía profundamente recostado en una silla curul. Aquella noche había tomado opio.

La ruidosa multitud de pasos despertó al Predicador. Elevó los ojos al techo; buscaba el resquicio por el que se colaba aquel estruendo arrojado desde el cielo. El temblor resonaba en toda la bodega. Esperó un momento escuchando allí, en el suelo, atado al barril. Se acordó del capitán, de Bishop y de Rosalie; se juró que tenía que escapar antes de que aquellos tres se lo comieran vivo. Movié las manos bruscamente. Consiguió que el nudo cediera un poco y empezó a tirar; la quemazón del roce convirtió cada centímetro en un dolor insoportable. Finalmente, se soltó. Abandonó la bodega tan sucio que apenas se atisbaba color en su ropa. Fue directo a cubierta. De repente, hubo un silencio sepulcral.

En el camarote de los hermanos Van der Planke, Eberhard puso el oído al viento, intentando averiguar qué demonios se estaba acercando:—¿Qué ruido es ese? Nunca había escuchado nada semejante. Suena a... no sé, parece una hélice. Pero en el cielo —dijo Eberhard, inmerso en la estupefacción.

—Vamos a averiguarlo —dijo Samuel, y acto seguido tiró sus naipes sobre la cama.



El marino Ernesto subió corriendo a cubierta e hizo sonar la campana con frenesí. Eran aproximadamente las cinco y media de la mañana en aquella zona cero. Los marineros salieron de la segunda cubierta creyendo que estaban siendo atacados; comenzaron a ocupar rápidamente sus puestos de guardia, convencidos de que se aproximaba algún tipo de navío de línea.

—¡Hombres de mar! ¡Hombres de mar! ¡Preparaos, que ya viene! —gritaban los oficiales a pleno pulmón.

La brisa que caía del cielo era cálida; incluso hacía algo de calor. El contraataque Piquet salió sin su abrigo. Permaneció unos minutos parado, observando la frenética movilización de la tripulación y reflexionando en silencio sobre todo lo que estaba pasando: «¿Qué son esos cañonazos en el cielo? Podría tratarse de cualquier cosa, pero no se ve nada por ningún lado», pensaba.

En esos instantes, el *Rosalie* se hallaba en un momento de máxima tensión. Howe salió corriendo a cubierta; terminaba de ponerse el abrigo cuando, de pronto, le asaltó Philippe, muy nervioso:—¡Señor Howe! ¿Dónde está el capitán?! ¿Dónde diablos se encuentra?! —preguntaba Philippe, desquiciado. —¡Desconozco su paradero, señor Parks! —Parks era el apellido de Philippe—. ¡Pero vi que su bitácora había sido arrancada! —¡Maldita sea, Howe! ¿Qué diablos insinúa con esto?! ¿Me está sugiriendo que el capitán ha destrozado su propia bitácora?! —¡Es probable! —¿Probable?! ¡Encuéntrelo, señor Howe! ¡Tráigalo aquí! ¡Nos atacan! ¿Me oye, maldita sea?! ¡Nos atacan!

Orlando, el vigía, subió a la cofa. Archibald se quedó agarrado al mástil de proa. Los otros marineros, que ocupaban las vergas para cada maniobra, se gritaban entre ellos. Aquí y allá se oían voces de aliento; todos se preparaban para ese ruido infernal que se dirigía hacia su posición.

Mientras arriba se disponían a recibir al infierno, abajo los nervios conducían a cubierta. El Tuerto no perdió más tiempo; tenía el pleno convencimiento de que aquel ataque estaba relacionado con el Kraken. Dejó a Bart en el camarote y se puso en marcha. Recorrió los alojamientos hasta llegar más allá de la puerta de hierro. La puerta estaba abierta. En su oscura cavidad había una figura inmóvil; era un hombre con tanta presencia que, a primera vista, impresionaba sobremanera: se trataba de Josué. El Predicador se había topado con el Tuerto.

—¡Alto! —dijo el Predicador.

Pero Aldrich, el Tuerto, salió corriendo.



De pronto, se oyó el griterío unánime de los marineros por todo el barco. El estallido de voces despertó a Alfons, quien se vio atrapado de repente en el más ruidoso pánico. El hijo de Ademaro de Brito se levantó súbitamente, se calzó los zapatos de charol y salió corriendo al pasillo de primera clase. A la izquierda se extendía el resto del corredor luminoso que conectaba con el apagado pasaje de tercera clase; a la derecha, otra puerta de hierro daba acceso a una escalera. Se dirigió hacia ella y la subió a toda prisa. De la superficie llegaban todo tipo de ruidos. Oía cómo los marineros echaban a correr, precipitándose sobre los cabos. Samuel y Eberhard salieron a cubierta y vieron a la

tripulación enloquecida. Howe pasó por delante de ellos sin siquiera advertir su presencia. Piquet observaba el cielo con un catalejo. Estaban ansiosos, asustados, perdidos...



A las 05:45, los hermanos Van der Planke aparecieron en cubierta. Cerca de la barandilla vieron a Alfons volviendo la cabeza constantemente, con expresión asustada. Inmediatamente después pasó ante ellos un reducido tumulto de marineros; cuando volvieron a levantar los ojos, Alfons ya no se encontraba allí. Había desaparecido. En aquellos instantes de incertidumbre, el hijo de Ademaro de Brito se alejó del tumulto. Alcanzó una escotilla mucho antes de que alguien pudiera verlo siquiera entrar. Sin saber exactamente dónde estaba, bajó directo hacia la bodega con paso rápido. Entonces se detuvo. Midió a ojo la distancia que lo separaba de una total oscuridad; no estaba seguro de poder continuar. Ahí abajo no se veía nada. El violento zarandeo del barco lo sacó de dudas: siguió bajando. Resbaló en el último peldaño visible y se levantó sobre unos sacos; notó el trigo prensado bajo su mano. Fijó los ojos en la penumbra. Sintió un fastidioso cosquilleo en los ojos mientras un fuerte olor a vinagre le golpeaba la nariz. Relacionó el olor con la bodega; en efecto, se encontraba allí. Oyó unos pasos diminutos y, de inmediato, la voz interrogativa de la joven Rosalie:

—¿Morrongo? ¿Eres tú?

Alfons sonrió. Rosalie apareció ante él vestida con un largo camisón blanco, bordado en hilo de encaje. La joven estaba situada en el umbral, al final de la escalera, mientras sostenía trémula con dos dedos una vela que ya empezaba a consumirse. Alfons se la quedó mirando desde lo alto. El silencio entre los dos empezó a tornarse incómodo. La quería; la deseaba. Sabía que no se le ofrecería una segunda oportunidad, así que se lanzó a por ella.

Rosalie soltó la vela y huyó hacia la más absoluta oscuridad. Alfons corrió tras ella, pero enseguida la tiniebla del lugar lo frenó. Reconoció al instante a su caballo, *Infierno*, alojado en una cuadra improvisada; le acarició el morro de pasada y continuó hundiéndose en la negrura. De súbito, la bodega recogió un potente zumbido que provenía del cielo. Sonaba como la caída de algo colosal.



El *Rosalie* empezó a padecer por las aguas que se arremolinaban bajo el casco. La tripulación, aterrada, no apartaba los ojos del cielo.

—¡Mirad! ¡Allí! —gritó Orlando en español, señalando hacia lo alto.

—¡¿Allí, dónde?! —preguntó Philippe, que entendía un poco de español—. ¡¿Dónde?! —se exasperó colérico—. ¡¿Hacia dónde tenemos que mirar?!—

Samuel y Eberhard, al escuchar la voz del vigía, dirigieron sus miradas hacia un punto donde se veían claramente varios focos de luz.

—Pero... ¿Qué es eso? —dijo Samuel, estupefacto, contemplando aquel fenómeno luminoso que caía del cielo.

Ernesto regresó corriendo a la campana y volvió a golpearla, acompañando el martilleo incesante con su voz de alarma:

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! ¡Pájaros de hierro! ¡Pájaros de hierro a babor!

Los oficiales alzaron sus catalejos al unísono. La luz que se derramaba del cielo casi los deja ciegos. Eran cinco: cinco aparatos de hierro, totalmente desconocidos para la época. Tenían alas metálicas, un morro alargado rematado en una hélice y una cola en forma de cruz. El caos se apoderó del *Rosalie* cuando todos vieron que los aparatos bajaban envueltos en llamas.

Al verlos acercarse —provocando graves alteraciones en las aguas y, por consiguiente, en el buque—, todos corrieron despavoridos, creyendo que al menos uno de aquellos artefactos se estrellaría contra el barco. El ruido caía en picado como un obús a punto de estallar. Parte de la tripulación se lanzó por la borda, prefiriendo el océano a lo que parecía un desastre inminente.

Abajo, en las tripas del barco, el Predicador detuvo su carrera y miró al techo, asustado. Más adelante, Aldrich hizo lo propio. Hagen y su hijo Adolph permanecían en el camarote, de pie y abrazados. Arriba, Eberhard retrocedía por inercia, aterrorizado, hasta que chocó con el hombro de Samuel, quien se mantenía firme. Los oficiales llenaron sus pulmones de aire y, sin soltarlo, siguieron la trayectoria de los cinco aparatos que caían derribados al mar. El ala del segundo pasó rozando la vela mayor. Entonces pudo distinguirse claramente, bajo la cabina de uno de ellos, un número de serie: «19», y una estrella blanca encerrada en un círculo azul a la altura de la cola. A Howe le vino a la cabeza, inmediatamente, la bandera estadounidense.

El vuelo con el número de serie diecinueve se hundió en picado bajo las aguas del Atlántico. El buque mercante HMS *Rosalie* había sido testigo de la catástrofe.



Pero la cosa no quedó ahí:

—¡Fuego! ¡Fuego en el cielo! —gritó Orlando.

Sin explicación alguna, el firmamento empezó a escupir rocas envueltas en llamas. La mayoría de los que aún permanecían a bordo observaron enmudecidos cómo el mar comenzaba a estallar en el umbral del horizonte. El choque de los proyectiles contra el agua arrancó los primeros gritos. La potencia de las olas por el impacto se elevó un metro por encima de la borda. El pánico se apoderó del *Rosalie*. Todos corrieron, empujados por el espectáculo implacable que caía del cielo. El vigía trató de saltar, pero una roca del tamaño de un carro hizo estallar la cofa. La misma masa humeante cayó sobre la cocina, aplastándola por completo. Hammad frenó en seco. Se volvió despacio, al tiempo que fijaba la vista en la arboladura del trinquete. Observó que el mástil se tambaleaba y amenazaba con desplomarse sobre el palo mayor.

El marinero Archibald señaló los botes mientras corría. El agua anegaba la cubierta. Philippe y Howe subieron al puente de mando; estaban horrorizados. No sabían si acudir a los botes, saltar o esconderse. El viento cambió de rumbo bruscamente y se desencadenó furioso contra el velamen. El mástil crujió en el momento en que Samedi ayudaba a uno de los criados a levantarse. Samuel y Eberhard encontraban restos de la cofa por todas partes. Al pasar, vieron al tonelero agarrado al badajo de la campana como un pobre diablo muerto de miedo. La tormenta de fuego se acercaba impulsada por el viento del este. Llovieron piedras, cayeron rocas y un fuerte remolino de viento sacó a Eberhard del camino.

—¡Eberhard! —gritó Samuel.

El polvo no dejaba ver nada. Samuel se pegó a la borda. Intentó darle la espalda, pero era imposible.

—¡Eberhard! —volvió a gritar.

Entonces, una colosal lluvia de fuego alcanzó la zona de la campana. La vieja pólvora almacenada en esa parte del barco hizo explosión. Las nubes de ceniza fueron remontándose hacia el cielo, y Samuel ya no pudo ver nada más. Todo lo que se hallaba frente a él fue devorado por las llamas:

—Eberhard...

Segundos después, la campana bajó del cielo. Cayó rodando, completamente ennegrecida, hasta los pies de Samuel. Ahora, la cubierta de proa parecía un volcán en erupción. Ensordecía el crepitar de las llamas.

Philippe y Howe asistían impotentes al desastre desde el otro extremo. Todo lo que quedaba de la proa era madera calcinada sobre unos cuantos cadáveres. Pero no había acabado. De pronto, el intendente Philippe señaló el palo mayor, tan vencido por el miedo que no le salía la voz de alarma.

Samuel oyó un crepitar a su espalda. Se giró hacia el palo mayor, que caía vencido sobre su posición como un árbol talado. No tuvo tiempo de pensar. Se tiró al mar antes de que pudiera aplastarlo.

Hammad vio saltar a Samuel. El egipcio empezó a cortar con frenesí los cabos de los botes. Su energía contagió a los otros marineros que quedaban, quienes corrieron enseguida a ayudarlo.

Samedi estaba quieto. El mástil había pasado frente a sus ojos. El tremendo estruendo todavía retumbaba en sus oídos. Su mirada se nubló y luego recorrió aquel infierno. Vio al contramaestre Piquet correr hacia la segunda escotilla. Se incorporó sobre los escombros. Miró al cielo, esperando verlo entre las nubes negras. Lo que vio le dejó boquiabierto. No podía dar crédito a aquel espectáculo espantoso, pues, ahí arriba, asomaban cientos de puntos brillantes, puede que miles, rompiendo en estampida los límites del cielo negro. El calor era insoportable. Cubierta parecía una brasa. Nadie podría salir vivo de aquel mar de fuego. Los gritos ascendían como alaridos. Todo hombre que quedaba había perdido allí la noción del tiempo. Philippe abandonó el puente de mando, se dirigió al pasillo de los oficiales, abrió la puerta y entró. Howe permaneció junto al timón, paralizado. Tenía el rostro descompuesto y las manos le temblaban. Samedi se disponía a bajar por la segunda escotilla cuando el turbión de fuego cayó y arrasó con todo. Ni un solo corazón volvió a latir. La andanada se paseó por la cubierta segando vidas. No quedó allí nada, ni nadie. A todos se los llevó de una vez.



Arriba no se oía un solo ruido. Había un gran silencio entre la cubierta y lo que se encontraba debajo. «El Tuerto» bajó los ojos. Vio al «Predicador» delante, furioso, a una corta carrera de distancia. Corrió, pero el «Predicador» lo alcanzó. Lo cogió por un hombro y tiró de él hacia atrás. La jaula del loro se zarandeó violentamente.

—¡Scuackkkkkkk...!

Josué, «el Predicador», volteó al «Tuerto» y lo puso cara a cara.

—Mírame.

Aldrich dejó caer la cabeza de lado. No quería ver su «obra».

—¡Míreme, maldito cobarde

«El Tuerto» no tuvo más opción que mirarle.

—No se preocupe, maldita sabandija repugnante. Las cicatrices de mi cara no son nada comparadas con las que llevo en el corazón. Soy astillero; estoy acostumbrado a sufrir mucho más que usted. La pérdida de su ojo no es más que una anécdota. Mi lucha no es como la suya: no termina nunca.

—Suélteme. Usted no sabe nada de mí.

«El Predicador» tenía al «Tuerto» cogido por la solapa. Lo estampó contra los mamparos.

—Ahí arriba ha ocurrido un infierno —dijo el «Predicador».

—Usted y yo sabemos quién lo ha hecho. Hasta que lo averigüemos, le sugiero que unamos fuerzas contra esos seres.

—Estoy de acuerdo —respondió Aldrich.

Josué apartó sus manos de Aldrich. Se miraron un instante. Asintieron con la cabeza, despacio. Prosiguieron juntos, pero a distancia el uno del otro. «El Tuerto» no dejó de mirar atrás hasta que «la cosa» se calmó.



La cara de Alfons estaba cubierta de sudor. Seguía oyendo aquella espantosa respiración acelerada, oculta, en alguna parte de la bodega. Llevaba un buen rato así, en medio de la oscuridad, dando vueltas sobre sus pies sin avanzar un centímetro. Decidió que era mejor ir dando pasos atrás hasta encontrar un obstáculo que le impidiera seguir, pues, así, podría salir airoso de la oscuridad bordeándola. Al dar el primer paso sintió un frío gélido en la espalda. Notó, además, que se hundía en la carne. Alfons, volviéndose muy lentamente, encontró unos ojos azules que le miraban. El deslumbrante destello que provocaban hizo que pudiera entrever parte del arma que le apuntaba. Se trataba de un tridente; un arma de Poseidón. En aquel momento, la punta de la horca señalaba su estómago. La finura con la que era sujetado el cetro hacía pensar que estaba en manos de una mujer. La posición, más técnica que ruda; los músculos, menos vigorosos, pero con consistencia y rigor, aclaraban que el tridente estaba siendo sostenido por alguien de mediana estatura. Cuando los ojos centelleantes se acercaron, Alfons sintió claramente la presencia de Rosalie. Pronto se oyó otra extraña respiración. Alfons puso su atención en este segundo individuo. Siguió el curso de su fatiga. De nuevo volvió a ver esos ojos azules inmóviles a su espalda, abiertos como la boca de un pez, mirando hacia donde estaba. «Es mi muerte», pensó.

—El portal está a punto de abrirse —dijo en voz alta este segundo individuo.

«¡Qué infausta sorpresa!», se dijo Alfons. «¡Qué tremenda inmundicia!», pensó. La voz pertenecía claramente a Bishop. Sí, en efecto, ese segundo personaje era el médico de a bordo. Y bien seguro que quien empuñaba el tridente era Rosalie.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Bishop.

Se había establecido entre ambos una extraña comunicación, en una lengua perdida desde un mundo desconocido:

—Dile a los otros que se preparen —respondió Rosalie, con una voz más adulta.

—Arriba no queda nadie. Algunos saltaron antes. Puede que aún se encuentren en la oscuridad de las aguas.

—Nos llevaremos a los de abajo.

—Son pocos, «Padre de Dioses».

—No importa. El viaje a través del abismo será largo. Debemos alimentarnos.

—El capitán no lo ha conseguido, «Rey del Mar». Su cuerpo no aguantó.

Rosalie permaneció en silencio. Luego, clavó una sola punta del tridente en el muslo de Alfons. Alfons gritó de dolor.



Aquel grito que jamás había oído, semejante a un aullido, hizo que Hagen tirara del pomo y saliera para averiguar qué nuevo y espantoso suceso se aproximaba. Adolph asomó ávidamente la cabeza después. Vio a su padre hablando con el hombre del loro. Estaban en mitad del pasillo, frente a otro hombre que le era totalmente desconocido. Adolph buscó la jaula maquinalmente con los ojos, entre las piernas del «Tuerto», pegada a la pared, por detrás del tipo de apariencia fúnebre.

—Tenemos que subir —dijo Hagen.

—Subamos —dijo el «Predicador».

Hagen guardó silencio. Cambió una rápida mirada con el «Predicador». Le había visto en Hamburgo, pero nunca tan cerca hasta entonces. Sabía que trataba de aparentar la expresión de otro hombre. Veía en él que tenía que ocultar algo. Herido en su orgullo, hablaba poco, cuidando en todo momento de no terminar extendiendo un discurso.

—Allá vamos —dijo el «Tuerto».

Los tres se pusieron en marcha para averiguar lo que había pasado. Adolph salió detrás de su padre con ganas de aventura. No iba a quedarse en el camarote por nada del mundo. Muchos eran los misterios que envolvían al *Rosalie*. La lógica llevaba a pensar que se estaba hundiendo. La cubierta debería ser un mar de llamas encolerizadas. Sin embargo, no parecía que la estructura estuviera dañada. Tampoco se advertía balanceo alguno, ni siquiera una leve inclinación. El barco no agonizaba. Ahí abajo reinaba un sepulcral silencio. Lo único que se apreciaba con claridad era que se había parado por la catástrofe.

—Es vital alcanzar los botes. Si no llegamos antes que las llamas, todo estará perdido

—dijo el «Predicador», camino de la plataforma.

El «Tuerto» subió la jaula. Puso el ojo entre los barrotes. La pupila señalaba al «Predicador». Desconfiaba de él pese a su aparente actitud conciliadora. Se mantenía, pues, alejado, sin darle nunca la espalda. Entraron en el pasillo de tercera clase. La luz allí era confusa. El ardiente resplandor del farol se estaba apagando. Siguieron precavidamente hacia una puerta de hierro que comunicaba con una nueva escalera. Los camarotes estaban cerrados con llave. Salieron del pasillo. Subieron por la escalera que llevaba a la plataforma. Desde abajo no se veía nada. La escotilla respiraba niebla. No les llegaba una sola gota de viento. No olía a fuego. No se oía el crujido del entablado bajo la llamarada. Todo era muy extraño. Costaba respirar. El aire era cada vez más pesado. Continuaron subiendo, retrasados por la lentitud que se requería para ascender. Creían que se dirigían al peligro, que pronto estarían caminando entre un campo de silencio y muerte. De vez en cuando miraban por el rabillo del ojo. Casi los cuatro a la vez. Nadie se fiaba de nadie a una altura de quince metros. De pronto, el «Tuerto» resbaló, perdió el equilibrio y sus rodillas golpearon contra el hierro: —¡Ay! —se quejó. Bart sacudió las alas nervioso al ver que la jaula volvía a zarandearse. Rápidamente, Aldrich se agarró al escalón. Sus piernas quedaron colgando sobre la cabeza de Hagen.

—Tenga cuidado —le dijo el «Predicador».

Apenas terminó de hablar, sintió un ligero cosquilleo en la mejilla. Al pasar el dedo anular, vio que la yema estaba cubierta de ceniza.

—¿Qué es? —preguntó Hagen.

—Ceniza —respondió.

—Es ceniza. No te frotes los ojos con las manos —le dijo Hagen a Adolph.

Aparecieron los cuatro sobre la plataforma. Era un día de sombras y tinieblas. El paisaje era una desolación silenciosa. No se veía un alma. Delante se extendía el gris bajo una lluvia de ceniza. Avanzaron a lo largo de la cubierta dejando huellas en el hollín. De vez en cuando crujía el entablado bajo los pies. Observaban el panorama conteniendo la respiración. Sobrecogía el más mínimo indicio de silueta. Pero allí no había nada; ni velamen, ni puente de mando, ni siquiera ruinas. Nada; como borrado de la existencia. A menos de una milla distinguieron una figura que estaba sentada, de espaldas. La imagen, difuminada, parecía estar asomada al mar. Se acercaron y vieron que se trataba de Rosalie. La muchacha se encontraba totalmente desubicada, contemplando el aciago horizonte.

—¡Muchacha! ¡Niña! ¡¿Qué ha pasado?! —preguntó el «Tuerto» a medida que se aproximaban.

Rosalie estaba en estado de *shock*. Apoyada sobre sus manos, contemplaba el vacío, muy emocionada. —Se han ido —repetía entre lágrimas.

Los cuatro se vieron detenidos por el socavón hendido en el lado de estribor. El bocado caía en picado sobre los compartimientos inundados de niebla y ceniza. Nadie podía explicar aquel insólito fenómeno. Tras contemplarlo un par de minutos más, seguían sin hallar la lógica. Más allá de Rosalie, la cubierta había sido arrancada como de un zarpazo.

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué has visto?! —

—Tengan cuidado. No se fíen de ella —dijo el «Predicador».
—¡Se han ido! —gruñó Rosalie, metiendo la cabeza entre los codos.
—Han abandonado el barco y nos han dejado aquí para matarnos de hambre —reflexionó el «Tuerto», creyendo que la muchacha se refería a la tripulación del *Rosalie*.
—Por eso no se ven los botes —apuntilló Hagen.

El «Tuerto» se puso místico. Conocía la traición del mar. Sabía mucho más que cualquier otro marino. Por eso lo habían elegido para que, además de completar la misión, respondiera en las peores circunstancias.

—¡Morrongo! —gritó Rosalie de felicidad.

Morrongo reapareció completamente feliz en medio de aquel horror gris. Se frotó el cuerpo contra el codo y la mano de Rosalie.

—¿Puede oírme alguien?! ¿Hay alguien aquí?! —llamó Aldrich, el «Tuerto».

Todas las miradas convergieron a babor, en un solitario hombre que se aproximaba. Adolph estaba tranquilo, con aires de grandeza. Sus ojos apuntaron al extraño hombre. Reconocía su huesudo rostro; ahora su largo cabello negro, suelto, cayéndole suavemente sobre los hombros; vio las manos finas del «Creador».

—Bishop —pronunció el «Tuerto», casi sin despegar los labios.

Bishop caminaba con paso torpe, movía la cabeza de derecha a izquierda; parecía perdido, sentía que vivía en el infierno. Se arrugó las mangas. Le oyeron respirar alargando el soplido. A media distancia se detuvo. Se quedó mirando encandilado unas sombras que se dibujaban en la superficie, más allá de sus pies. «¿Dónde estoy?», se preguntó en silencio. El «Predicador» salió a su encuentro. Todos pensaron que lo mejor era refugiarse en la parte del barco que el fuego y la sombra no habían podido arrancar. Regresaron a los camarotes.



Una hora después, Bishop, al lado de Rosalie, en el lujoso camarote de Alfons, contó la siguiente historia:—Lo llaman el Triángulo del Diablo. Sobresale alrededor de las Bahamas, en altas murallas. Forma un triángulo en el corazón de las islas. Dicen haber visto al diablo entrar y salir de su anillo. Nadie pasa por su centro. Los marineros tratan de evitar la zona. Eso fue lo que pasó. Lo que arruinó nuestras vidas.

—¡Miserable traidor! —le gritó Rosalie—. ¡Hubiera preferido morir a que nos abandonara!

—De todos los barcos que desaparecen —prosiguió Bishop—, y que acostumbran a tocar, este parece que les gustó.

Rosalie se tiró al cuello de Bishop con las uñas curvadas. Tuvieron que separarla. El «Predicador» la cogió por la cintura y luego la sacó de allí.

—Continúe —dijo el «Tuerto».

—Había escasez de alimento —explicó Bishop—. La gente desconfiaba de la epidemia. Creían que estaba en todas partes. El capitán pensó que era buen negocio proveer a la ciudad. Se fiaban de nosotros. Así que echamos las redes una y otra vez, una y otra vez,

hasta que subió algo sin querer. Echamos las redes a la rastra y, al retirarlas, vimos que estaban destrozadas. El causante aún se encontraba allí. Se había quedado atrapado. Pensamos que era un hombre. Pero enseguida vimos que... Vimos... Era sobrenatural.

—Explíquese —dijo el «Tuerto» con actitud gélida.

—No pasaba de los cinco pies; soportaba un peso a su espalda, parecido a un caparazón, pero sin una forma tan ovoide. En la noche podía pasar por un ser vivo. Físicamente presentaba múltiples deformidades. Tenía la piel húmeda, cubierta por ornamentos del mar, como conchas, redes, algas y collares de caracolas. Lo último que recuerdo fue que le miré directamente a los ojos; unos grandes ojos azules, como el mar, cuando se abrieron.

—¡Mereces la ira de Tritón! —gritó Rosalie desde el pasillo de tercera clase.

La voz de Rosalie se tornó de repente hueca. El «Predicador» le había tapado la boca. Desde allí se oía toda la conversación que mantenían en el camarote de Alfons.

Tras Aldrich, Hagen le hizo a Adolph un gesto de asombrosa incredulidad con las manos para que no creyera del todo la historia. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué es esa cosa? ¿De dónde viene? —preguntó Aldrich.

—Es un atlante —repuso Bishop.

—¿Esas cosas, que están por todo el barco, también son atlantes?

—Desde luego.

—¿Cuántos hay?

—No lo sé; muchos.

—¿Qué es lo que quieren?

—Comer. En su mundo escasea el alimento.

—¿Por qué hombres?

—No lo sé. Pero mientras estaba bajo su control, veía imágenes de un arrecife dentado en la forma de un triángulo.

—¿Cómo es estar bajo su control? —intervino Hagen.

—Es como acabar de despertar de un sueño. Te acuerdas de lo que has hecho, pero solo de forma entrecortada.

—¿Ha visto al Kraken? —preguntó el «Tuerto», serio.

—¿Cómo?

—En sus sueños. ¿Ha visto algún calamar o pulpo gigante?

—No.

—Piénselo bien, señor Bishop. ¿No lo ha visto o no lo recuerda?

—No. Estoy seguro.

—¿Hay calamares gigantes? —preguntó Adolph con expresión pasmada.

—No, hijo. El señor Bishop padece una fuerte conmoción. Se ha dado un golpe en la cabeza —le dijo Hagen. —¿Volverán? —preguntó el «Tuerto».

—No lo sé —respondió Bishop, siendo sincero.

El «Tuerto» fijó el ojo en Bishop. No volvió a preguntarle. Esos «atlantes» no le importaban. Estaba allí para cazar al Kraken y entregárselo a los «cabalistas».

—Tenemos que salir de aquí —dijo Hagen, convencido.

—Una cosa más —agregó Bishop—. En la bodega hay un hombre herido.

—¿Quién?

—El arrendatario de este camarote, Alfons de Brito.

Aldrich y Hagen se miraron vagamente. Ninguno de los dos iba a mover un dedo por salvarlo.



Nada se movía alrededor de ellos. Ni un balanceo, ni siquiera el golpeo de una ola. Todo era muerte, silencio. Incomprensiblemente, el *Rosalie* no avanzaba hacia ninguna parte. Chocaba una y otra vez contra una pared invisible del tamaño de un huracán. Era como un límite que no le dejaba continuar. Bishop y el «Predicador» salieron del camarote de Alfons, se incorporaron al pasillo y enfilaron rumbo hacia la bodega. Aligerando el paso, llegaron a la escalera. La subieron nuevamente. Recorrieron la cubierta buscando la escotilla. Nada había cambiado. Un hiriente desánimo punzó los corazones de Bishop y Josué. Se sentían condenados en una vasta desolación gris. La situación les afectaba en todos los aspectos. «¿Qué estaba sucediendo en el *Rosalie*?».

El «Predicador» tomó la palabra: —Han abandonado el barco, estoy seguro. Las olas se abalanzaron sobre el fuego y lo apagaron. Después se fueron. Han abandonado el barco. Maldito capitán —era su teoría.

Bishop no dijo nada. Se mostraba frío en su trato con Josué. Conocía al polizón del barco. Su presencia le resultaba incómoda porque semejante hecho podría acarrear enemistad con el junker. Instantes después apareció en el camino la corona del cráter. Permanecieron un rato en silencio sobre la plataforma, observando la sala de máquinas en un ambiente de absoluta calma. Desde el filo, proyectado desde gran altura, vieron un panorama totalmente cubierto de ceniza. A sus pies, caprichosamente recortados, aparecían cada máquina, cada fogón enterrado en aquel cementerio de muerte.

En esa parte misteriosa del barco, los compartimentos de babor se habían quedado sin techo. Pero lo realmente extraño era que no se veía nada calcinado. Las sombras del incendio se dibujaban en el contorno; sin embargo, el incidente estaba allí, tan impoluto que parecía que toda esa parte ni siquiera había sido construida.



Noventa y ocho pies, no más. Es lo que quedaba por recorrer. El *Rosalie* había pasado de ser un buque mercante a convertirse en una barca gigante a la deriva. En ese momento, Josué se mareó. Se fue corriendo a devolver. Halló por casualidad la borda. Sujetó la barra de hierro con las dos manos y lo echó todo al mar. Al término de la misma acción, un quejido arrebató su atención. Contempló el horizonte. No se veía nada. Solo el mar, inmenso, sobrenatural. Esperó nuevamente a oír aquel sonido humano. Cuando el ruido regresó, asomó la cabeza, buscándolo. La sorpresa fue mayúscula. El «Predicador» abrió los ojos y gritó:

—¡Hombre al agua!

Samuel recobró el sentido al oír la potente voz. Había perdido toda esperanza. Llevaba tiempo a la deriva sobre un trozo de mástil flotante, con el cuerpo a una temperatura ínfima. Su cara reflejaba un dolor en verdad espantoso. Tosía como un condenado. Lagrimeaba como si aún respirara fuego. En el último instante, cuando los otros estaban siendo engullidos cruelmente por un remolino marino gigante, él se había quedado enganchado por accidente a la madera. De pronto, notó el peso de un cabo sobre su espalda. Valiéndose de sus últimas energías, se aferró a la estacha. Con los ojos a medio cerrar pudo entrever que el mar se alejaba de sus pies. Comprendió que estaba siendo izado por la fuerza de otro hombre.

Samuel se elevaba a medida que se alejaba del mar. Gracias a la ayuda de Bishop pudieron subirlo pronto. Cuando el «Predicador» observó a Samuel, se quedó pálido del susto. Aquel hombre que tenía delante había pasado por un infierno; aún olía a fuego.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el «Predicador».

Samuel asintió.

—Cuénteme, qué ha ocurrido.

Samuel trató de levantar la cabeza. No aguantó en pie ni un segundo más. Perdió allí mismo el conocimiento.

—Vaya a buscar a Alfons —dijo el «Predicador», mientras colocaba a Samuel contra la borda.

—Necesitaré su ayuda —replicó Bishop.

—Este hombre respira. No lo dejaré solo.

Bishop asintió y enseguida se alejó.



La encontró a veinte metros. Había una escalera que bajaba. «Esto debe ser la escotilla», pensó Bishop. Descendió a grandes pasos, con el único ruido que producían sus botas. Llegó a los sacos. Penetró en la abertura que estos dejaban. Caminó sobre la blanda ceniza hasta que encontró un rastro de sangre. Este le guio hasta la parte que estaba cubierta, en la que Alfons yacía sangrando sobre el entablado. La herida tenía aspecto peligroso. Había tratado de envolverla en un trozo de tela que ahora reposaba sanguinolenta sobre el muslo.

—¡Alfons! ¡Míreme!

Alfons miró a Bishop. Toda su cara expresaba un horrible agotamiento febril. Caían lágrimas de sus ojos. Se asustó. Quiso moverse e intentó inclinarse hacia adelante. Bishop lo contuvo por el brazo. Pudo escuchar la agonizante respiración de Alfons. Tomó la manga de su propia chaqueta *spencer*. Tiró con tanta fuerza que la arrancó. La utilizó para contener la hemorragia. En medio del nudo, consultó su reloj: las dos de la madrugada. Calló. La claridad que dominaba la bodega era inexplicable.



Al mismo tiempo, el «Predicador» arrastraba a Samuel hacia la segunda escotilla. Una vez alcanzada la boca cuadrangular, dejó caer a Samuel, cuidando de que la cabeza quedara ligeramente apoyada sobre el entablado. Después inició el descenso. Se echó el cuerpo encima y comenzó a bajar la escalera con pasos marcados.



Tras un supremo esfuerzo, Bishop al fin alcanzó el pomo. Abrió la puerta despacio. En aquel camarote de primera clase no se hospedaba nadie. Estaba ante una estancia completamente nueva, destacable por su finísima decoración de lujo. Bishop dejó a

Alfons tendido sobre el lecho. Le recostó la cabeza en la almohada. «A este diablo hay que darle, al menos, un poco de agua», pensó.

—Ahora vuelvo —dijo, alejándose. Había que coser la herida.



En aquel preciso instante surgió un nuevo y extraño fenómeno: la temperatura bajó súbitamente. Los termómetros señalaban tres grados bajo cero. El frío se sentía en los huesos. La helada se propagó hasta el punto de que la plataforma se congeló. Era como si el océano estuviera en los prolegómenos de una glaciación.

Hagen salió a ver qué pasaba vestido con guantes, sombrero y abrigo. El frío hacía temblar sus labios. Se dirigió a la escalera. Los pasos se tornaron sordos. A menudo resbalaba sobre la plancha metálica. Subió a cubierta. Pisó la superficie helada. Miró absorto la glaciación. Se sintió empequeñecido en mitad de aquel vacío armonioso. Había dejado de llover ceniza. Alzó los ojos, sin poder precisar el cielo. Se dio cuenta de que tenía restos de hielo en el cabello y la barba. Entonces volvió a la escotilla. Bajó la escalera apresuradamente, convencido de que la joven y hermosa esclava africana estaba muerta. Regresó al pasillo de tercera clase. Todos los faroles se habían apagado. Continuó con grandes zancadas hacia su camarote. Abrió la puerta. La cerró. Se sentó junto a Adolph. Tocó sus manos. Estaban heladas.



En el camarote de al lado, el «Tuerto» se hallaba sentado en una vistosa silla retirada de la cama. El cansancio le derrumbó los brazos. Soltó una mano sin querer sobre la jaula. Bajó los ojos. Vio una sombra de tristeza en Bart. Percibía claramente su sentimiento, dominado por el frío. Le entristeció verlo de aquella forma. De súbito, lanzó una rápida mirada a Josué.

El «Predicador» vigilaba al «Tuerto», manteniendo el perfil. Este se encontraba también sentado, junto a la cama. Se había subido el cuello de su impermeable. Volvió la cabeza hacia Samuel, que dormía profundamente con el cráneo hundido en la almohada. Le tomó el pulso.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el «Tuerto».

—Si no despierta, morirá.

—Debe contarnos lo que ha visto —dijo el «Tuerto».

—¿Realmente importa?

—¿Qué quiere decir?

—El *Rosalie* va a la deriva. No hay capitán, ni tripulación... Los botes no llegarán muy lejos —dijo el «Predicador».

—Quién sabe, a lo mejor los han rescatado ya —replicó el «Tuerto».

—Este mar no es como los otros.

—Usted no sabe nada del mar —dijo el «Tuerto» con los dientes apretados.

—¿Acaso cree que soy estúpido? ¿Me toma por estúpido, señor «Predicador»? A la que me descuide, me apuñalará por la espalda.

—Ese asunto ya está tratado, señor Aldrich.

—Le di una paliza.

—¡Paliza! ¡Scuaaack!

—Quíteselo de la cabeza. Yo no actúo así.

—Quítemelo usted.

—¿Qué ganaría?

—Venganza.

—¿Y después? Sea razonable, señor Aldrich. Estamos atrapados. Esas criaturas pueden volver pronto. Nos necesitaremos.

La conversación quedó interrumpida; en ese momento, en el pasillo, se oyeron unos golpes. Alguien estaba aporreando la puerta desde dentro.

—Creí que se había calmado —dijo el «Tuerto», irónico.

—Iré a ver.

El «Predicador» salió. Pronto, los golpes aumentaron. Pasó por delante del camarote que guardaba a Alfons. Cruzó la puerta de hierro. Abandonó el pasillo de primera clase. Penetró en el de tercera. Vio a Hagen al fondo, inclinado hacia abajo, hablando con la primera puerta:

—No diga eso. La hemos encerrado por su bien —le oyó decir a Hagen.

El «Predicador» fue decidido hacia la puerta a ver qué pasaba. Hagen se apartó. Con una expresión fría, permitió que el «Predicador» retirara la silla que atrancaba la puerta. Antes de ir en busca de Alfons, habían encerrado a Rosalie en el primer camarote de tercera clase, entrando por la escotilla mayor. La muchacha presentaba un estado de ánimo inestable, con subidas y bajadas constantes de tensión. Hablaba deprisa, sin mirar fijamente, utilizaba inflexiones en voz alta y su mandíbula temblaba. Por el contrario, Bishop se mostraba de nuevo dueño de sí mismo. Parecía liberado de la influencia de los atlantes. Se sentía completamente normal. El «Predicador» alargó el brazo. Dejó caer suavemente los dedos sobre el pomo. Abrió la puerta despacio. Entró en el camarote. Era fácil tropezarse. Apenas se veía nada. La cama no se distinguía con claridad. Amanecía un relieve confuso tras la vela blanca. Rosalie fue retrocediendo muy despacio a medida que se iba asomando el perfil de Josué.

—La dejaré salir si se calma —dijo el «Predicador» con voz profunda.

Rosalie se dejó ver apenas un instante. Llevaba las sábanas de la cama sobre los hombros, colocadas a modo de capa. Tenía la frente empapada de sudor.

—Aquí no estoy a salvo —dijo la muchacha con sentimiento humano.

—¿A salvo de quién?

—Usted no puede ver.

—¿Ver qué?

—Respira hielo. Estamos en su mundo —dijo Rosalie.

El «Predicador» movió los ojos a un lado y otro mientras buscaba respuestas en su mente. Cierto era que había visto a las criaturas. Incluso las había perseguido. Pero en este punto, ahora, con toda la fuerza de los acontecimientos, ya no sabía qué creer o pensar.

—Le traeré algo para comer —respondió maquinalmente, recordando haber visto una despensa en alguna parte del barco.

—¡No me deje aquí! ¡Me encontrará! —gritó, retirando la sábana de sus hombros.

El «Predicador» cerró la puerta. Inmediatamente, colocó el respaldo de la silla bajo el picaporte. Miró a Hagen, esforzándose en intentar parecer calmado. En esto estaba cuando regresaron los golpes.

—La una —dijo Bishop, mirando su reloj. Estaba preocupado.



A esa hora, Bishop continuaba encerrado en el camarote de al lado. Se concentró en la aguja que había ido a buscar. Después, cogió finamente con dos dedos el sedal de cerdo, con el que se podía coser una herida debido a su consistencia. Bishop se arrodilló a la altura de la cabecera. Tenía el rostro de Alfons a un soplo. Bajo sus ojos inquietos, lo examinó con mucho interés. Le palpó los pómulos salientes. Notó que Alfons se resistía; ahora temblaba y emitía quejidos extraños. Tocó su frente: Alfons tenía fiebre. El calor y la luz llegaban de la chimenea. Bishop había encendido un fuego. Alimentaba las llamas con los muebles. No había encontrado ron; había desaparecido con los camarotes de los oficiales. «Lástima que no pueda emborracharlo», pensó. Le quitó el vendaje. Comenzó a coserle sin que fuera posible silenciar los gritos. Cuando hubo terminado, vendó la herida y después miró el reloj: las doce.

—Ya hemos terminado —dijo.



«Zig-zag, zig-zag». Samuel abrió los ojos de repente. Aún resonaba en su cabeza el sonido de la navaja arañando el afilador. Se incorporó súbitamente. Observó dónde estaba. Vio a Josué sentado de lado en una silla próxima, medio dormido. Desde aquella dirección, amplió su visión. Movié los ojos a la izquierda. El «Tuerto», inclinado sobre la silla, resoplaba tras un suave ronquido. Siguiendo su inspección, bajó los ojos hacia el ángulo del rincón. Bart le clavaba la mirada. La forma con la que el loro le observaba provocaba escalofríos. Se produjo un intenso sonido.—¡Scuaaack! Bart despertó al «Tuerto» y, a su vez, al «Predicador».



Afuera, el viento empezaba a tornarse violento. Campaba poderoso a sus anchas, entrando en cada compartimento, barriendo la ceniza y saliendo de nuevo victorioso contra el aura grisácea. Abajo, todas las miradas se dirigieron hacia la puerta. El viento se colaba por todas partes y lo hacía a gran velocidad, soplando en todos y cada uno de los camarotes. Parecía que algo se aproximaba a medida que se sentía la oscuridad más cerca. Adolph había escuchado esa voz sibilina que se arrastraba desde el abismo. Una débil luz azul le gobernó los ojos. Podía sentirlo. Se veía en él una clara actitud de deseo. Resonaba en su alma la profunda voz del mar. Aquella era la llamada desgarradora de Tritón.

—¡Adolph! —gritó Hagen.

Adolph abandonó el camarote sin permiso de su padre. Se plantó en el pasillo de tercera clase. Inmediatamente puso la oreja en dirección a la escalera. Escuchó al viento con atención. Arrastraba algo pesado. Sonaba la campana del barco pidiendo auxilio; parecía haber resucitado. Hagen salió del camarote. Cogió a Adolph por el brazo. Lo metió nuevamente dentro. Cerró la puerta de un portazo.

Aquellas criaturas ya habían abordado el barco y se encaminaban, sigilosas, hacia la escotilla mayor. Se movían en manada, a gran velocidad, avanzando con la niebla. Eran tantas como una plaga. Pisaban como en terreno firme. Su cuerpo estaba preparado para la guerra. Subían y bajaban desniveles sin hacer gran esfuerzo. Podían distinguirse por el tamaño de sus jorobas; algunos poseían hasta dos. Las protegían con un caparazón similar al del galápago. Iban dejando huellas por todas partes. La pisada era de tres dedos. Se mostraban agresivos. Se dirigían en masa hacia la captura de los humanos. Poseían armas muy primitivas, todas ellas fabricadas en el mar. Eran hijos del abismo profundo: atlantes. El primero que pisó la escotilla emitió un chillido, casi humano, que no se conocía en el mundo de los continentes separados. Los tres miraron confundidos hacia arriba. Se oían pies, voces que eran correspondidas por otras con la misma vivacidad.

Samuel saltó de la cama. Se levantó y corrió enseguida, desperezándose, hacia la puerta. Pegó la oreja al tablero. Su cartílago se estremeció por la carrera de los atlantes. El «Tuerto» y el «Predicador» se miraron. El silencio más solemne reinaba en el camarote número cuatro. Sonaron unos pasos totalmente desconocidos para ellos. Por increíble que parezca, los atlantes parecían haber ocupado el pasillo de primera clase.

La siguiente puerta, la número cinco, se abrió por inercia. Después de atravesar el umbral, los atlantes se encontraron con un camarote completamente a oscuras. Miraron hacia la chimenea; todavía humeaba. Proyectaron su sombra hacia la cama. Alfons estaba debajo. Hubiera podido tocar los pies de los atlantes con solo estirar la mano. Captó otra voz que venía acompañada de un chillido. Había más allí. Bishop no podía distinguirlos claramente tras la cortina. Los «atlantes» se movían entre la niebla, en un aura de bruma arrolladora que iba gobernando palmo a palmo.

Hagen y Adolph oían a los atlantes merodear por el pasillo y las cercanías de su camarote. Se hallaban absortos, inmovilizados, presos de un terror imposible de contener. Los atlantes estaban registrando minuciosamente el barco. Eran excesivamente ruidosos; lo removían todo con una ansiedad devastadora. Se oyó una silla volar por los aires. Rosalie se separó de la puerta esperando a que los atlantes entraran en cualquier momento. Vio cómo giraba el pomo al compás de las agujas del reloj.

—¡Ya están aquí!

Samuel escuchó una especie de extraño burbujeo a su espalda. Volviéndose con rapidez, se dio cuenta de que los atlantes habían abierto un agujero en la superficie. El «Tuerto», que estaba un paso por detrás, continuó la mirada de Samuel. Vio que se clavaba sobre los pies calzados de Josué. En la separación que quedaba entre los dos había una anfractuosidad. Allí mismo, bajo los ojos de Samuel, el suelo hizo ademán de venirse abajo. Sintieron cómo la corriente de agua proveniente de una tubería corría bajo los pies.

—¡Masón! ¡Cretino! —chilló Bart.

El «Tuerto» corrió directamente hacia la jaula. La sacó del rincón, corriendo riesgo de hundirse. Samuel abrió la puerta con energía. Huyó de un salto tremendo. La piedra se deshizo entre los pies del «Predicador». Al «Tuerto» le dio tiempo a abandonar el camarote. Los gritos de Josué se hundieron en el abismo. Los atlantes se lo habían llevado.



Bishop tuvo una sensación de dolor en la pierna. Se llevó la mano al muslo. Palpó delicadamente lo que ,al parecer, era un dardo procedente de una cerbatana. Se lo arrancó con claros gestos de dolor. Sintió que la punta estaba impregnada por una especie de líquido viscoso. No se había dado cuenta de que lo tenían acorralado. «Los hijos del mar», voraces, se lanzaron sobre él, lo arrancaron de su escondite y se lo llevaron envuelto en la cortina.

Alfons lo había oído todo. Tenía a seis atlantes alrededor de la cama. Maniobraban muy deprisa de un lado a otro. Cualquier acción, por pequeña que fuese, supondría un peligro irreversible. No podía hacer otra cosa que esperar. Intentó no pensar en nada; tenía esperanzas de poder escapar. Pero la verdad era que aquella subespecie humana lo venía observando desde hacía rato. Repentinamente, una de esas criaturas le pegó una patada a la cama con tanta fuerza que la base se incrustó en la boca de la chimenea, de modo que la espalda arqueada de Alfons quedó al descubierto. Las cerbatanas apuntaron a Alfons al mismo tiempo. Este lanzó una mirada torva al atlante que se aproximaba. Pudo apreciar con claridad de qué se trataba. «Sí: son seres humanos de agua», pensó. Todos se parecían. Sus rostros eran una especie de máscaras malévolas, con unos ojos azules brillantes como estrellas. Tenían branquias en el cuello y espinas sobre la cabeza. Poseían un tocado capilar con forma de corona.



Se abrió la puerta. La bruma los envolvió silenciosamente. Los «atlantes» mezclaban gritos de desgarró con sonidos muy lejanos que dormían en las profundidades de las islas Carolinas. Adolph sintió en el pecho la mano vigorosa y crispada de Hagen. Se le cortó la respiración. Sus ojos, aún llenos de luz azul, confirmaban que las criaturas habían comenzado a infiltrarse. Estaba todo oscuro. Hagen no podía siquiera percibir las sombras indeterminadas que venían hacia él.

—¡Por mil demonios! —clamó en voz alta.

Se lanzó frenéticamente, pero al primer paso fue arrollado por un muro de atlantes.

—¡No! ¡No! —gritaba mientras los atlantes se lo llevaban.

Adolph observó las protuberantes sombras que se elevaban frente a él. Uno de ellos se adelantó. Solo entonces comprendió que se lo iban a llevar. Cuando las manos de este atlante, surcadas de venas, hicieron unos movimientos sinuosos, como si se prepararan para cogerlo con gran cuidado, sonó el Cuerno de la Atlántida.

Todos los hijos del mar se vieron obligados a regresar. Abandonaron el barco en tromba, renunciando a los humanos que quedaban.



Samuel y el «Tuerto» salieron juntos al pasillo de primera clase. Su huida del camarote había sido rápida. Samuel iba delante. Le dio tiempo a ver a las criaturas corriendo hacia la plataforma. Emplearon la escalera que comunicaba con la cubierta, arremetiendo hombro contra hombro. En el último momento, advirtió que el más rezagado de los atlantes llevaba a Rosalie sobre un hombro saliente. Samuel la vio; sabía lo que Eberhard había sentido por esa joven. Experimentó un sentimiento doloroso, de pavor y nostalgia a la vez. Tenía que rescatarla, no solo por ella, también

por él, por Eberhard. Dio velozmente media vuelta. Apartó al «Tuerto» de un empujón y fue a rescatar a la muchacha.

—¡Loco! —le gritó el «Tuerto».

El «Tuerto» volvió la cabeza hacia donde estaba la puerta de hierro que comunicaba con el pasillo de tercera clase y, ante sí, distinguió al felino Morrongo.

Samuel prosiguió su persecución hacia la cubierta. Volvió a la escalera central. La devoró con pies y manos. Se plantó de nuevo sobre la plataforma. Hacía un viento de mil demonios. Había salido de aquella semioscuridad para adentrarse en otra mucho más profunda. Delante, hacia el sur, en una inmensa superficie blanca, se divisaba una caótica marabunta de criaturas que se preparaban para regresar al mar. Los membranosos pies de los atlantes lamían la rampa. El frío mordía bajo cero. Samuel corría riesgo de congelarse, pero tenía la mente puesta en alcanzar a Rosalie. Observó cómo poco a poco se iba despejando el horizonte. Buscó sobre la marcha al atlante que la había secuestrado. Sus pulmones estaban saturados; el aire viajaba cargado de hielo. Se le veía muy cansado. Se hallaba concentrado en esa búsqueda cuando, de repente, entró en la atmósfera brumosa. Siguió apresurando el paso. Se acercó a una barrera de caparazones donde comenzaba la línea de partida. A la vez, oía el angustioso sonido de los atlantes entregados al mar; aquel chapoteo repulsivo que se producía cada vez que una de estas criaturas entraba, rompiendo el oleaje. El miedo a ser descubierto frenó su carrera. Ahora no se movía. Sumergido en un silencio escalofriante, dirigió los ojos al espinazo, sin llegar a la curvatura del armazón. A diez pasos, vislumbró lo que parecía ser un cuerpo colgando de un musculoso brazo venoso. «Eso es», «Ahí está», pensó Samuel. Decididamente, inició la marcha. Los atlantes fueron agrupándose sobre la plataforma. Estaban todos de espaldas, divididos en cuatro líneas paralelas, por delante de Samuel. Este tenía el corazón en un puño. Ante él se extendía una poderosa muralla de caparazones. Continuó sin pensar, arrastrado por el deseo de salvar a la joven que amaba Eberhard. Rosalie se encontraba allí mismo, a cuatro pasos de él, sobrecogida por el miedo. No podía fallar. Debía rescatarla como fuera. Vio al atlante puesto en pie, armado con la cerbatana, contemplando el mar en posición de guardia mientras esperaba su turno. Había conseguido situarse tras él, sin ser visto ni oído. El fuerte viento arrastraba ahora copos de hielo. Su pobre vello frontal se levantaba hinchado. Vio en pie a muchos otros de estos seres marinos. Aprovechó la voz sórdida de la corriente para avanzar un paso más. Rosalie colgaba bajo el brazo. El atlante iba levantando el hombro para apretarla. La cerbatana le temblaba en la otra mano; no la tenía bien sujeta. Samuel esperó en silencio a que se le ocurriera algo. Donde terminaba la plataforma del barco, oía ruidos que premonizaban una preocupación inminente. En efecto, de súbito, la huida se aceleró, acercándose peligrosamente a Rosalie.

El casco entero tembló. Los últimos atlantes se lanzaron al mar, uno tras otro. La plataforma se fue despoblando de criaturas a medida que iba recuperando la verticalidad. Samuel se hallaba en un escenario en el que tenía inevitablemente que actuar. Su corazón golpeaba tan furioso como el viento. La línea entera de caparazones avanzó hacia el fondo. La cadena que tenía delante comenzó a desaparecer desde su izquierda. «¡No había tiempo para nada más!». El atlante percibió que tenía a alguien detrás. Se volvió hacia el hombre que había venido a su encuentro. Al ver a Samuel, trató de esgrimir su cerbatana. Samuel se la arrebató antes de que pudiera levantarla en su contra. La criatura puso cara de sorpresa. No le quedaba más tiempo; no sabía si atacar a Samuel o, por el contrario, lanzarse al mar con su presa. Mientras lo pensaba,

sintió cómo se le clavaban los dardos en el pecho. Se tambaleó hasta caer sobre la plataforma. Rosalie salió disparada de su brazo, rodando por una inclinación desigual. Estaba a salvo.

Una vez que los atlantes estuvieron fuera del *Rosalie*, se produjo una explosión de luminosidad blanca ante los ojos de Samuel. Sin tiempo para reflexionar sobre los hechos, miró al atlante que había abatido. Para su incrédula sorpresa, el cuerpo por sí solo aceleró el proceso de putrefacción hasta borrarle de la existencia. La cerbatana tocó el suelo.

—Es un portal —dijo Rosalie, temblando.

—¿Cómo?

—Los atlantes veneran a Tritón. Su trompeta abre las puertas del tiempo.

—¿Y qué significado tiene?

—La luz te transporta a cualquier época.

—¿A cualquiera? —preguntó Samuel.

Seguía pensando en Frieda, en reparar el daño que había causado su huida a la familia. Luego desistió. Se habían producido muchas pérdidas. —No entiendo nada —dijo, y acto seguido recogió la cerbatana—; pero me quedo con esto —apuntilló.

De pronto se oyeron las tripas del barco. Aquí y allá se sentía la depresión del mar. El agua entró por los agujeros que habían causado los atlantes. Recorrió progresivamente los compartimientos desde popa. Destrozó paredes, puertas, cristales...



Alfons se vio con las manos sumergidas en agua salada. Buscó rápidamente salir de debajo de la cama. Salió arrastrándose. Se puso en pie con las energías renovadas. Comprobó que las criaturas ya se habían ido. Pero ahora tenía otro problema más candente que nunca: el *Rosalie* había empezado a hundirse. El «Tuerto» se hallaba a cuarenta pasos de Alfons, escuchando el ruidoso impacto de los muebles que se iban venciendo con la inclinación del barco. Tras un instante de silencio, el «Tuerto» reconoció que aquello era el sonido de un naufragio. El agua que entraba por los agujeros de los atlantes iba inundando los compartimientos. El *Rosalie* agonizaba a medida que se inclinaba hacia el fondo. Notó el temblor del casco. Sus pies se humedecieron, encerrados en las botas sumergidas en agua.

La presión iba poco a poco reventando la puerta de hierro, hasta que la derribó con su empuje. Se arrancó de cuajo. La potente corriente arrastró al «Tuerto» hasta el pasillo de tercera clase. Gritó el nombre del Kraken hundido en las frías aguas. Chapoteó, pataleó inútilmente. Soltó la jaula. Esta golpeó contra una puerta y se abrió.

Adolph escuchó el sonido metálico de la jaula. Interrumpió la carrera. Se dio la vuelta deprisa. Vio a Bart extendiendo las alas por encima de la agonizante expresión del «Tuerto». Morrongo le pasó por debajo de las piernas. Adolph bajó la cabeza, estiró el cuello. El gato había desaparecido detrás. Levantó la mirada. La monstruosa crecida se aproximaba inundando el pasillo. Volvió a mirar al frente. Estaba a cinco pasos de la escalera que llevaba a la cubierta. Corrió atormentado, rompiendo el reflujo. Se lanzó con todo el impulso sobre el último peldaño.



Samuel y Rosalie venían huyendo de las aguas que se cerraban sobre la proa.

—¡Debemos mantenernos en el barco todo el tiempo que podamos! —repitió Samuel.

Alcanzaron la escotilla mayor. Apenas se detuvieron, salió el loro volando. Le vieron dirigirse hacia el cielo brumoso. Poco después apareció Adolph. Samuel observó en él una expresión aterradora. Le ayudó a subir, manteniéndose firme sobre la inestable plataforma.

—¡Eh! —oyeron.

Samuel se asomó a la escotilla. Abajo vio al «Tuerto» y a Alfons, ambos sujetos a la escalera. Hizo ademán de poner un pie y ayudar, pero al ver que se trataba de Alfons, se lo pensó.

—¡Aquí! ¡Ayúdenos! —pidió Alfons.

Una gigantesca sombra azul estaba tomando impulso sobre el casco. El *Rosalie* zozobraba. El agua ascendía, bullendo para llevárselo al abismo.

Aldrich estaba paralizado, atenazado por la rabia, sin poder hacer nada. El agua le llegaba al cuello. Todo cuanto le había dicho el «masón» le parecía un engaño. «Solo hay esto: el infierno», pensaba, lleno de sombras, mientras sentía cómo Alfons se distanciaba. Samuel volcó la mirada de nuevo sobre la escotilla. Vio subir a Alfons. El «Tuerto» no se movía. Esperaba cariacontecido a que llegara la muerte.



El nivel del mar trepaba por las rodillas. Se sentía el hormigueo bajo la piel. El *Rosalie* seguía tenso en su caída. Entonces se produjo un hecho desmesuradamente catastrófico: el *Rosalie* comenzó a virar a estribor, deslizándose estrepitosamente hacia el fondo del mar. Se formó un impresionante remolino en la popa. Por ahí apareció el Kraken. Se elevó, formidable, ante los ojos de todos. Su prodigioso cuerpo cayó como un martillazo, lo que provocó que popa y proa se separaran con una violencia terrible.

—¡El Kraken!

El Kraken había partido el buque por la mitad. Las llamadas de socorro corrieron sobre las aguas. El *Rosalie* estaba desparramándose en el Triángulo de las Bermudas. Soportaba gritos y llantos mientras sus partes se hundían con mayor rapidez.

Samuel, Rosalie y Adolph se sostenían a flote sobre la parte de popa, mientras que el «Tuerto» asomaba sobre la proa, a mucha distancia de ellos. Alfons se retorció en el agua, en lo que había sido el cuerpo central del *Rosalie*, rodeado por los restos que circundaban a su alrededor:

—¡Socorro! —gritaba, agitando brazos y piernas bajo el agua.

El Kraken se sumergió. La fuerza de su maniobra provocó que ambas estructuras se elevaran casi diez metros sobre el nivel del mar. Samuel, Adolph y Rosalie permanecían agarrados a la barandilla con los pies colgando. Había que aguantar allí, pero era del todo imposible sobrevivir al hundimiento, por lo que Samuel decidió iniciar la escalada en pleno desastre. Su fuerza le valió para pasar por encima de la barandilla. Se situó de pie. Ante él se abrió un enorme panorama de naufragio. El agua negra subía a medida que bajaban las partes del barco. Ayudó a Rosalie a cruzar la barandilla de popa. Volvió

a estirar el brazo para coger al chiquillo. Estribor se iba a pique. Aldrich se encontraba tras la barandilla de proa. El ojo sano veía una inmensa rampa que se dirigía al corazón del mar. La vista mataba al instante. Sabía que no tenía escapatoria. Sintió una tremenda agitación por su flanco diestro. Miró en dirección a la luna. Ahí estaba el causante de semejante destrozo: —El Kraken —musitó con repulsión.

El «Tuerto» siguió sus colosales tentáculos. Contempló al Kraken, en pie, mientras el mar lo arrastraba al abismo. Sintió cómo el gigantesco calamar se abrazaba a la proa. Un segundo después ya no se vio sobre el mar. Estaba en el fondo, luchando por escapar.

Samuel contempló absorto la escena, olvidándose de todo. No hubo tiempo para nada más. La popa también se hundió bajo las aguas del Atlántico. Entonces emergió de las profundidades una grandiosa explosión de luz. Su empuje se llevó al Kraken con una rabia pavorosa. El «Tuerto» se hundió entre remolinos de tinta negra.

Ψ

Por un momento, el mar halló la calma. Sus aguas estaban cubiertas de restos del naufragio. Los cuatro supervivientes flotaban en un remolino de masa negra. Adolph se ahogaba en un llanto desesperado. Samuel nadó hasta él para tranquilizarle. Buscó una tabla; la halló entre papeles amarillentos. Se acercó y la llevó con cuidado hacia Adolph. Después lo cogió con sus manos humedecidas y lo subió a la tabla. Tomó aire, fuerte, y miró a su alrededor. Vio a Rosalie subirse a lo que parecía ser la puerta de un lujoso armario.—Socorro —oyó. Samuel levantó los ojos. Vio que Alfons se había pegado a un trozo de madera. Seguía estando lejos. Rompía en un sollozo, abandonado a su suerte. Miró a un lado: Rosalie estaba desesperada, tratando de mantener la tabla a flote. Se acercó nadando y le tomó la mano.

—He perdido la caña —dijo Samuel. Rosalie sonrió. Tenía mucho frío.

—Se llama Muai —dijo Rosalie entre temblores.

—A mi hermano le hubiera encantado tenerla. Es una pena que no hayas podido conocerle.

—Me hubiera encantado —dijo Rosalie.

—Todavía no es el fin —dijo Samuel.

—Será pronto —el tono de su voz despertó de repente—. El portal sigue abierto.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Samuel.

—Estamos en otro tiempo.

—¿Dónde?

—Socorro —se oyó, agonizante.

Samuel y Rosalie dirigieron sus ojos hacia Alfons. Una nueva y escalofriante criatura había emergido ante él. Era como una serpiente humana de aproximadamente dos metros; tenía la piel escamosa, oscura como la noche, y poseía una corona de oro sobre su vasta cabeza achatada. Antes de los humanos estaba Él; había sido el primero; los atlantes lo veneraban:

—Tritón —dijo Samuel, reconociéndolo al instante.

Tritón levantó la cabeza. Reconoció a Samuel y Rosalie. Acto seguido miró a Alfons, que se había quedado petrificado de miedo. Este sintió el abrazo del demonio. La criatura se lo llevó abrazado, de regreso a la Atlántida.

—¡Megalodón! —gritó Adolph.

El «rey tiburón» ascendió como un obús. La colosal forma de sus mandíbulas abiertas asomó bajo el hormiguero remanente en el que se hallaban los tres. El salto del tiburón los dejó sin tiempo. Su escalofriante boca se los tragó.

Dentro de la boca del Megalodón, el mar se levantó furioso. Sus olas descendieron monstruosas sobre las cabezas de Samuel, Adolph y Rosalie. En el momento en que descendían por la garganta, se abrió ante ellos una luz blanca, la cual hacía refulgir un blanco coral muy intenso. El Megalodón trató de engullirlos, pero a su estómago lo único que llegaron fueron restos del naufragio

27 de agosto
de 1980



Capítulo 11: LLAMADA DEL FUTURO

El cielo de las Bahamas amaneció encapotado. Al cabo de unos pocos minutos, se derrumbó sobre la costa de Nasáu. La lluvia cogió al «masón» en el puerto. Llevaba más de media hora de pie, esperando con el paraguas en la mano. Era un 27 de agosto de 1980.

Al fin se acercó un capitán de la Royal Navy británica. Había cruzado todo el muelle para encontrarse con el «masón». El tipo era alto, seco, de unos cincuenta años. Vestía de impecable uniforme. Llamó la atención que le hiciera el saludo militar. El «masón», serio, con la mirada fija en el mar, no se lo devolvió.

—Lo encontraron cerca de la costa por la noche. Lo hemos arrastrado hasta el muelle. Puede que sea el barco que andan buscando.

—¿Algún superviviente? —preguntó el masón.

—Ninguno.

El «capitán» le invitó a seguirle. El «masón» continuó los pasos del «capitán». Le siguió a través del muelle. Un gran barco iba asomando a lo lejos, tras la cortina de lluvia. El «capitán» caminaba deprisa. El viento caía del sur. Seguían la marcha hacia el confín del muelle. Allí serían recibidos por otros marineros de la Royal Navy. Cuando llegaron, el «masón» se separó del «capitán» para contemplar el barco. Lo inspeccionó con gesto solemne. Delante tenía al sargento con otros dos soldados que le esperaban para guiarle a través del *Rosalie*. Emprendieron de nuevo la marcha. Cruzaron el puente de embarque y entraron en el buque mercante que llevaba más de un siglo desaparecido. Lo que vieron les dejó perplejos. El *Rosalie* estaba intacto, con sus velas desplegadas y su cargamento al completo. No faltaba ni una sola caja. No se veía un solo desperfecto. Daba la impresión de que la tripulación había abandonado el barco. Anduvieron unos pasos. Se alejaron de los otros. Completaron un pequeño recorrido. Subieron al alcázar. Resultaba imposible explicar lo que había sucedido.

—Parece que su tripulación ha huido —dijo el sargento. —Acompañeme, quiero mostrarle algo.

El «masón» no dijo nada. Salió a inspeccionar su propiedad. Había un gran número de ropa amontonada sobre la plataforma.

—¿Qué le parece? ¿Se suicidaron?

Comprendió entonces que el «Tuerto» había fracasado. Ahora, sin el objetivo cumplido, entregado a aquella ficción del triángulo, solamente podía mostrarse frío y esperar a que saliese el próximo cazador al que le gustara «el juego».

—¡Aquí! ¡Aquí! —exclamó una voz.

Todos corrieron en dirección a la voz.

—Aquí tiene —le dijo un soldado al «masón», mientras le entregaba al único superviviente del *Rosalie*.

Este dejó el paraguas en manos del joven soldado y lo tomó en brazos frunciendo el ceño. Al «masón» le disgustaban estos animales por el hecho de que no eran obedientes.

—Miau —soltó Morrongo, adaptándose a las manos del «masón».

—Es una suerte que haya aparecido su gato —dijo el soldado sonriendo.

El «masón» arqueó las cejas por la rotunda afirmación del soldado.

—¿Ordena alguna cosa más, Almirante Howe? —preguntó el «capitán».

—Quémenlo todo —ordenó el «masón».

—A la orden.

En el instante en que se disponía a abandonar el barco, Howe experimentó una extraña sensación de frescura en su paladar. Al levantar la mirada, vio a Bart sobre la cofa.

—Una cosa más —dijo Howe, el «masón»—. Antes, quiero que cojan a ese loro —ordenó, señalando al segundo superviviente del *HMS Rosalie*.

—¡Masón! ¡Cretino! ¡Paga tus deudas! —gritaba Bart desde lo alto.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó el «capitán». ¡Saldrá volando en cuanto nos acerquemos!

—No se preocupe, capitán. No puede escapar. Está atrapado.

El almirante de la Royal Navy y masón, Sir Winston Howe, nieto del contraataca Howe, salió del *Rosalie* y por el muelle se dirigió al Rolls-Royce que le estaba esperando. Antes de entrar en el vehículo guardó silencio, reflexionando lo mucho que le había costado localizar el barco.

Winston Howe pertenecía a un grupo de estudio de las ciencias ocultas cuya finalidad era recuperar objetos mitológicos. Gracias a la «máquina del tiempo», hallada en 1946 en el sótano de una empobrecida casa ubicada en High Street, Bromley, Londres, «los cabalistas» habían podido retroceder en el tiempo y contactar con los que iban a ser protagonistas de trágicos sucesos. Su estilo, eso sí, su manera de proceder, era el de comprar a quien no pudiera alterar futuros acontecimientos históricos. En este caso, Aldrich, apodado el «Tuerto». Tanto para el uno como para el otro, el Kraken se les hacía vital. El «Tuerto» quería venganza. En cambio, Winston lo necesitaba para una caza mayor, pues aquel calamar gigante estaba ligado a Tritón. «Habrà que viajar al futuro para al fin conocerle», pensó. Entonces cayó en la cuenta de que el joven soldado no le había devuelto el paraguas. Pero, «¿qué importancia tiene un estúpido paraguas? Me compraré otro», pensó.

Winston Howe se subió al Rolls-Royce. Cerró la puerta. Ordenó al chófer que arrancara. Miró por la ventanilla. Se alejó del puerto contemplando por última vez el *HMS Rosalie*. Morrongo dormitaba plácidamente en el asiento trasero.



—Aquí tiene —le dijo el joven soldado a un extraño de aspecto antiguo.

Su sonrisa asomó en una barba canosa y poblada. Se veía claramente extranjero. Tendría más de sesenta años, pero todavía conservaba su figura apuesta y atrayente. Sus ojos azules le brillaron mientras acontecía el intercambio. Sacó un fajo de libras. Lo puso en manos del joven soldado quien, inmediatamente, le dio el paraguas de Winston Howe a cambio.

Se saludaron con la cabeza y se separaron como si nunca se hubieran encontrado.

EPÍLOGO

Parecieron tres pequeños puntos en el horizonte arenoso. Las vistas eran terriblemente desoladoras. Allá donde miraran, solo veían arena blanca remontándose en todas direcciones hacia el infinito. Samuel, Adolph y Rosalie estaban perdidos en el desierto. «¿Cómo habían llegado allí?». El misterio de ese inexplicable suceso se hallaba todavía en sus pesados ropajes, aún empapados de agua salada; lo que significaba que, ciertamente, habían pasado por todo el hundimiento. Miraron a su alrededor. No hacía calor en ese inmenso desierto. Ni una sola ráfaga de viento. No era de día, ni tampoco de noche. El cielo absorbía todos los colores. Parecía el fin del mundo.

Samuel frunció primero el ceño y después levantó las cejas. Había algo que se distorsionaba en la línea que sesgaba el lejano horizonte. En pocos minutos se hizo visible. Se trataba de un hombre que llegaba enfundado en una gabardina polvorienta. Pudieron apreciar que llevaba sombrero. Se presentía joven. Su manera de andar, arrastrando los pies de un modo rápido, con los hombros hacia adelante, a la manera de los Van der Planke, sonaba muy familiar.

Samuel presintió que le conocía. Se acercó, él solo, con mucha precaución. Ese extraño viajante iba armado. Reconoció el cañón que asomaba a su espalda: un modelo Coley calibre 16 Lefauchaux, el mismo que tenía en casa. Le vio el rostro. Se parecía muchísimo a él: los mismos ojos caídos, idéntica expresión triste, la nariz aguileña, las manos grandes repletas de surcos...

—Hay que tener valor para viajar por estos lares sin ir armado, cargado con un chiquillo y una mujercita —le dijo el viajante con tono socarrón.

Se paró ante Samuel. El viajante tenía pinta de ser un cazador de recompensas. Se quitó el sombrero *cowboy*. Tenía los cabellos acartonados por el sudor. Era joven, de la edad de Eberhard.

—Soy Samuel —dijo, tendiéndole la mano para presentarse. Suspiraba profundamente. La emoción hacía que tuviera los ojos hinchados.

—Conrado Van der Planke —respondió el viajante, estrechándola.

Samuel quería gritarle lo feliz que estaba. El hombre que tenía delante era tal y como lo había imaginado: un padre joven, maduro y vigoroso; aventurero, de grandes ojos azules y melena larga salvaje como el viento. En ausencia de este hombre se había quedado por muchos años el viejo loco «Mata-Cerdos».

—Si se dan prisa, podrán alcanzar las montañas —se llevó la mano atrás—. Tenga. Quédesela —le ofreció a Samuel una pistola, modelo Luger, de la Segunda Guerra Mundial—. No la rechace. La necesitarán cuando llegue la noche.

Conrado sacudió amistosamente el hombro de Samuel. Después, siguió su camino.

—¿¡Dónde estamos, padre?! —le preguntó Samuel, sintiéndose su voz en el desierto. — ¡En el fin del mundo! —respondió Conrado sin detenerse.

Se movía algo a distancia, muy lejos, oculto tras el resplandor del desierto. Aquella movilización levantaba el polvo. Se atisbaban hombres y mujeres caminando descalzos por el terreno árido. El paso era rápido, libre; parecían nativos. Samuel, Adolph y

Rosalie se mostraban cautos. Se juntaron, esperando a que llegaran. La intriga duró un rato, lo que tardó la tribu en plantarse. Cuando los tuvieron delante, vieron que no se trataba de nativos, sino de colonos que gozaban de buen físico. Se veían espléndidos de salud. Se habían adaptado a las terribles condiciones de la zona. Eran de todas las razas, miembros de una numerosa comunidad. Vestían con extrañas pieles escamadas de diferentes colores. Su mirada era dura. Empuñaban lanzas y cuchillos. La mayoría de las mujeres portaban escudos. No les temblaba la mano. Se nota que iban de guerra en guerra. Había un jefe por delante de todos. Iba montado en un caballo negro. Se trataba de un hombre caucásico de sesenta y tres años, muy fuerte, casi tan alto como Samuel. Llevaba una larga barba canosa. Los ojos le brillaban de manera paternal.

—Hemos esperado mucho. Pensábamos que vendríais antes —habló el jefe de la tribu.

Samuel lo reconoció enseguida. Cayó de rodillas, abrió los brazos, como si tratara de abrazarse a un Cristo. Rompió a llorar, pero de felicidad. Había encontrado a Eberhard. El anciano Eberhard se bajó del caballo, «Infierno», lo llamó. Después abrazó a Samuel con ternura. Vio que Adolph estaba buscando a su padre entre los colonos.

—Solo quedo yo, chico. Lo siento —dijo.

—¿Dónde estamos? ¿En qué tiempo? —intervino Rosalie.

—En el Triángulo de las Bermudas —dijo Eberhard.

Samuel se puso en pie ante su hermano Eberhard.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, mirando a los arrugados ojos de su hermano pequeño.

—El dios mensajero de las profundidades marinas, Tritón, abrió una puerta aquí, entre las Bermudas, Puerto Rico y Florida, para que sus gigantes echaran a volar. Todo barco o avión que ha pasado por esta zona ha quedado expuesto a las puertas del tiempo. Los humanos del siglo veinte lo llamaban agujeros negros. Nosotros...

—Un momento —interrumpió Samuel—. ¿Qué es un avión?

—En tu futuro, los hombres volarán —dijo Eberhard.

—¿Eso es lo que nos ha pasado? ¿Un agujero negro? —volvió a preguntar Samuel, mirando a toda la tribu.

—Miles de años antes de que Jesucristo naciera, el mundo estaba gobernado por los reinos de la Atlántida. Cuando sucedió la catástrofe, los descendientes de Poseidón asumieron el castigo del terremoto por su soberbia y regresaron a las profundidades. Pero Tritón, celoso de su padre, el dios Poseidón, dio una oportunidad a los últimos atlantes. Llevó a los atlantes a su palacio dorado, desde donde los guió. Se convirtieron en bestias. Las llamaban «sirenas», pero eran atlantes —contó Eberhard.

—Asaltaron el barco. Se llevaron a muchos —explicó Samuel.

—Se llevaron a mi padre —dijo Adolph entre sollozos.

—Necesitan carne humana. Es de lo único que se alimentaban. Antes no había tantos humanos, y los pocos que quedaron no se acercaban a las costas por miedo a ser devorados por las sirenas —suspiró antes de continuar—. Tritón les abrió la puerta para que pudieran cazar y regresar.

—Dices que estamos en el Triángulo, pero aquí no hay mar —dijo Rosalie.

—El mar ya no existe. El sol está cada vez más cerca. La Tierra, como se la conoce, morirá.

—¿Qué año? —preguntó Rosalie en un susurro.

—Dejamos de contar el tiempo a partir del año tres mil.

Samuel se sentó, sopesándolo todo. La cabeza le daba vueltas.

—Cada vez que la puerta se abría, os trasladabais a otro tiempo —prosiguió Eberhard.
—La causa de que yo desapareciera en 1840 fue una lluvia de meteoritos que, a la misma hora, en el mismo día, pero millones de años atrás, cayó en ese mismo punto donde el Triángulo situó al *Rosalie*. Al igual que vosotros, tuve suerte de que la luz se encendiera. No sé qué fue de los demás. Pero todos estos que tengo a mi cargo desaparecieron aquí, en el Triángulo de las Bermudas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Samuel.

—Ahora sabemos que Tritón es un extraterrestre y que sus gigantes voladores son naves espaciales. Viajaremos en el tiempo y lo detendremos antes de que abra la puerta.

—¿Se puede viajar en el tiempo sin una puerta? —preguntó Rosalie a Eberhard.

Eberhard miró a Rosalie dejando escapar un profundo sentimiento de nostalgia. Ella le miró como si no le reconociera. El Triángulo había roto sus caminos para siempre. Eberhard se dio la vuelta. Cuando volvió a mirar a Rosalie, sostenía un paraguas: el paraguas de Winston Howe.

—Esta es la prueba —dijo Eberhard concluyendo—. Un hombre del pasado vendrá a buscar respuestas y se reencontrará con su paraguas. Y yo estaré preparado.

Así concluye el viaje del *HMS Rosalie*. Lo que ocurrió después; cómo Samuel, Adolph y Rosalie salieron del fin del mundo, es otra historia.

FIN

LA SOMBRA DEL HMS ROSALIE

UNA LEYENDA PERDIDA EN EL TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS



EL CONDOR PASA



